
LA MALDICIÓN
DEL
Highlander
LEXI THURMAN

Capítulo 1

El autobús de la empresa Caledonian Tours avanzaba por la carretera estrecha con un traqueteo rítmico que a Edith le recordaba los latidos de un corazón con arritmia.

Al frente, la guía —una mujer de entusiasmo inagotable— animaba el trayecto entonando una canción de viaje por el micrófono: una melodía pegadiza y repetitiva que la mayoría de los jubilados coreaba con un entusiasmo que a Edith le resultaba casi doloroso. Se hundió un poco más en su asiento, apretando el móvil contra el pecho como si fuera un escudo.

A través del cristal, las Tierras Altas se extendían en colinas verdes bajo un cielo que, a pesar de encontrarse a mediados de mayo, estaba encapotado. Aun así, era un paisaje precioso que ella no estaba disfrutando, ya que su cabeza se encontraba en otro lado; concretamente, en la última foto que Oliver había subido a sus redes sociales.

En la imagen se le veía sonriente, disfrutando de un resort en Punta Cana junto a su nueva novia. Era el mismo resort que Edith había pagado de su bolsillo, junto con el resto del viaje, para celebrar sus dos años de novios. Pero Oliver no solo la había dejado por otra; también se la había llevado a las vacaciones que él nunca llegó a pagar, usando el dinero y la ilusión de Edith para costear su nueva vida.

—Cariño —le llamó su abuela desde el asiento de al lado, provocando que Edith ladease la cabeza para mirarla—. No estás cantando.

Edith suspiró.

—No tengo ganas de cantar, abuela. Ni siquiera debería haber venido.

Margaret frunció el ceño.

—Claro que has hecho bien viniendo.

—No sé yo... —Edith miró su móvil con amargura—. Ayer publiqué un reel con música zen titulado «Cinco pasos para soltar lo que ya no te nutre» y ahora mismo estoy a dos minutos de crearme una cuenta falsa solo para comentar en la foto que Oliver ha subido con su nueva novia en la playa y ponerle que se está quedando calvo.

Margaret sonrió.

—Los jóvenes estáis demasiado enganchados a Internet. Te va a venir bien pasar una semana entera con un grupo de jubilados. Olvídate del móvil.

—No puedo —dijo Edith—. Te recuerdo que soy una psicóloga que está empezando y acabo de abrir mi propia consulta. Ahora mismo Instagram es mi escaparate. Como divulgadora de bienestar emocional, la gente me está conociendo y, gracias a eso, estoy teniendo pacientes. Pero mis seguidores esperan que sea un referente de equilibrio y paz interior, no una tonta a la que han utilizado y que sigue deseando que su ex vuelva con ella—. Hizo una pausa y suspiró con frustración—. Si no subo contenido sobre cómo estoy «gestionando mi duelo de forma consciente», mi algoritmo se hunde. Y ahora mismo, lo único que estoy gestionando de verdad es un impulso violento de tirarle una de mis zapatillas a la guía para que deje de cantar por el micrófono.

—Pues yo estoy muy contenta de que hayas venido —canturreó Margaret con despreocupación, ignorando las palabras de su nieta—. Llevo años deseando regresar a las Tierras Altas.

—¿Regresar? —le preguntó Edith con sorpresa—. Pensé que era la primera vez que venías.

Edith recordó a su abuelo. Había sufrido un accidente de coche antes de que ella naciese que le dejó secuelas graves, dificultándole cualquier viaje. Margaret siempre se había quedado a su lado, cuidándolo con una devoción absoluta hasta que él falleció el año anterior.

Su abuela esbozó una sonrisa tierna, con la mente perdida en algún recuerdo.

—Hace muchísimos años que no vengo, pero se puede decir que me crié en estas tierras.

—¿Eres escocesa? —Edith la miró como si no la conociera de nada—. ¿Por qué no lo sabía?

—Nací en las Tierras Altas. Pero conocí a tu abuelo y, bueno, hay amores por los que una está dispuesta a cambiar de mundo.

—Ah, genial… —murmuró Erin, dejándose caer contra el asiento —. Otra cosa más que añadir a mi crisis de identidad: resulta que soy medio escocesa.

—Lo eres —afirmó Margaret, clavando su mirada en ella con una intensidad que a Edith le puso los pelos de punta—. Y las Tierras Altas nunca olvidan a los suyos, por mucho tiempo que pase. Una parte tuya pertenece a este lugar, mi ricitos de miel.

—Abuela, no me llames así. —Erin miró a su alrededor, avergonzada. Su abuela la llamaba así por su cabello rubio y rizado, un apodo que mantenía desde que era pequeña—. No lo creo —añadió, negando con la cabeza—. Ya sabes cómo soy: amo Londres, el ruido, los cafés con leche de avena y el Wi-Fi que nunca falla. Soy una criatura de asfalto y aire acondicionado. Mi sitio en el mundo es donde haya corrector de ojeras y cobertura 5G.

Margaret sonrió de forma enigmática mientras rebuscaba en su bolso. Tras un momento, sacó una pequeña cadena de plata de la que colgaba un medallón circular de plata envejecida. Tenía grabado un nudo celta entrelazado con una flor de cardo y, en el centro, una pequeña piedra de color verde bosque.

—Es una joya familiar. Lleva muchos años con nosotras —dijo, mostrándosela a Edith con una mezcla de orgullo y tristeza—. Te voy a confesar un secreto: mi intención era enterrarla durante este viaje en estas tierras. Quería devolverla al lugar al que pertenece para cerrar mi propio círculo.

—¿Enterrarla? —Edith arqueó las cejas, sorprendida—. Abuela, parece de plata buena. Podrías venderla o...

—No se puede vender lo que no tiene precio —la interrumpió Margaret, abriendo el cierre del collar—. Pero he cambiado de opinión. Creo que tú la necesitas más que la tierra. A ti te hace falta recordar quién eres y de dónde vienes, aunque todavía no lo sepas.

Margaret le abrochó el colgante con manos firmes. Como Edith llevaba una sudadera cerrada, la abuela tuvo que apartar con cuidado el cuello de la prenda para pasar la cadena. Los dedos de su abuela rozaron su nuca y el metal se deslizó sobre su piel antes de quedar oculto bajo la tela, pero fue cuando hizo *clic* cuando sintió un calor repentino y eléctrico que le recorrió toda la columna.

—Guárdalo bien, Edith. Este medallón protege a las mujeres de nuestra familia cuando están perdidas.

Edith miró a su abuela con fijeza. Margaret solo había tenido un hijo, el padre de Edith, y, como ella tenía dos hermanos varones, era la única receptora posible para aquella joya. Lo que no terminaba de entender era por qué su abuela había preferido, en un principio, enterrar un legado tan importante en lugar de entregárselo a ella directamente.

—Si es una reliquia familiar, ¿por qué querías deshacerte de ella? —preguntó Edith, tocando el metal sobre la tela de su sudadera.

—A veces los recuerdos pesan demasiado, cariño —respondió Margaret con una melancolía que Edith no supo descifrar—. Y, sinceramente, pensaba que nunca te haría falta. Siempre has parecido tan segura de ti misma, tan dueña de tu vida, tan feliz con todo ello. Pero me he dado cuenta de que, en realidad, estás tan perdida como lo hemos estado todos en algún momento. Esta reliquia te ayudará a encontrarte.

Edith se encogió de hombros, restándole importancia. Su abuela a veces era un poco enigmática, pero la quería demasiado como para llevarle la contraria. Además, Margaret era su refugio; su propia madre, aunque era una buena mujer y a su manera la quería, era una persona fría y distante**.** En cambio, con su abuela, Edith siempre había sentido que podía ser ella misma.

Edith fue a decir algo más, pero sus palabras se perdieron en el aire cuando el autobús soltó un último siseo de frenos que hizo vibrar hasta el suelo del pasillo.

—¡Hemos llegado, familia! —gritó la guía con un entusiasmo que Edith pensó que debería estar prohibido a esas horas de la mañana y a cualquiera—. ¡Bienvenidos a las piedras de Drethak Tor!

Tenéis quince minutos para estirar las piernas, hacer fotos y conectar con la energía de los ancestros. ¡Pero no os despistéis, que el que se quede atrás tendrá que volver a pie a Inverness, donde nos vamos a quedar los próximos días!

Edith esperó a que la marea de jubilados con chubasqueros de colores chillones bajara del autobús, saliendo la última. En la cuneta, su abuela y sus dos inseparables amigas la estaban esperando.

—¡Sácanos una foto, Edith! —le pidió Johanna, colocando ya su mejor sonrisa de turista.

—Pero vamos a subir un poco la colina y acercarnos a las piedras —Claire señaló el promontorio con impaciencia—, que desde aquí no se ve nada.

—Yo no tengo la rodilla para andar subiendo colinas como una cabra montesa —protestó Johanna—. Desde aquí la foto queda perfecta, se ve el cielo y todo.

—Por lo menos, vamos a alejarnos un poco del autobús, que parece que nos vamos a hacer la foto con el tubo de escape —dijo su abuela.

Edith las observaba con ternura. Aquellas tres siempre estaban discutiendo por chorradas, pero se llevaban de maravilla. Las tres eran viudas y se habían conocido en una asociación de jubilados hacía cuatro años. Y, desde el primer momento, se habían vuelto inseparables.

Edith, aunque tenía buenas amigas en Londres, sentía que su círculo no era tan sólido. Últimamente apenas se veían; cada una estaba demasiado inmersa en su propia carrera y en sus crisis personales. Quedar todas juntas se había convertido en una odisea. En cambio, su abuela y sus incondicionales amigas le demostraban que nunca era tarde para encontrar la verdadera amistad, esa que no entiende de excusas.

—Mi abuela tiene razón, para que la foto sea bonita es mejor que nos alejemos un poco —intervino Edith—. No es necesario subir hasta las piedras.

—¿Y dónde sugieres que nos pongamos? —se quejó Johanna, que era la menos dispuesta a dar un paso de más—. Mira eso —señaló a los compañeros del autobús, que subían uno detrás de otro

la colina y parecían un estuche de subrayadores—, ya están todos ahí apelotonados, sacándose fotos y ocupando todo el espacio.

—Y cuanto más tardemos en movernos, peor será —advirtió Claire, que ya empezaba a caminar con pasitos cortos pero decididos.

—Mirad, justo acaban de dejar libre esa zona. Si nos damos prisa, podéis colocaros allí. Se ven las piedras de fondo y el encuadre es perfecto —les indicó Edith, echando a andar con pasos decididos.

—¿Tu nieta se da cuenta de que no tenemos veinte años como ella? —jadeó Johanna, haciendo un esfuerzo por no quedarse atrás mientras sujetaba el bolso con fuerza.

—Tengo veinticuatro —masculló Edith por lo bajo, aunque lo suficientemente alto como para que la oyeran. No se había dado la vuelta, pero su oído era muy bueno. Tampoco era como si la anciana hubiese bajado la voz.

—Lo mismo es —replicó Johanna, que siempre tenía que tener la última palabra.

—Colocaos ahí —dijo Edith cuando llegó al lugar que quería.

—¿Seguro que aquí está bien? ¿No deberíamos subir un poco más? —preguntó Claire, entornando los ojos mientras se ajustaba el pañuelo del cuello—. Yo quiero que se vean las piedras bien grandes detrás de nosotras. Que luego, cuando les enseño las fotos a las del club de costura, se ponen a sacarle punta a todo. Son unas envidiosas; si no se ve el pedrusco bien claro, son capaces de decir que nos hemos hecho la foto en un jardín cualquiera o que es un montaje de esos que hacen ahora con los ordenadores. Necesito que se vea que estoy en suelo escocés, para que se mueran de envidia de una vez.

—No se viaja para dar envidia a las demás, sino para disfrutar del viaje —dijo Johanna, aunque acto seguido se hizo hueco a codazos entre sus dos amigas para ocupar el centro exacto de la imagen y ensayó su mejor sonrisa.

—No te preocupes, Claire. Las piedras se van a ver perfectamente —la tranquilizó Edith, encuadrando la escena con el

móvil y tratando de que los jubilados del fondo no arruinaran la foto —. Venga, ¡sonreíd!

Las tres mujeres se quedaron inmóviles, con las miradas clavadas en la cámara.

—¡Listo! —exclamó Edith tras capturar la imagen—. Ha quedado de exposición. Salís las tres estupendas.

—A ver, deja que vea... —Claire se acercó tropezando un poco con el terreno irregular, y Edith temió que se rompiera la crisma—. ¡Ay, pues es verdad! Qué bien se ven los pedruscos —dijo, arrebatándole el móvil a Edith para observar la foto—. Mira, Johanna, ahí se nota perfectamente que son las de verdad y no un decorado de esos.

Johanna se inclinó hacia Claire para ver la foto.

—¿No he salido un poco rara? —preguntó con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido.

—Has salido muy guapa —le dijo Edith.

Aunque Johanna no parecía convencida.

—¿Quieres que te saquemos una foto a ti? —le preguntó su abuela.

Edith negó con la cabeza.

Los dos días que habían estado en Edimburgo había aprendido que ni su abuela ni sus amigas sabían sacar fotos. Si quería una foto bonita, o ya solo bien encuadrada, era mejor que se la sacase ella misma con un trípode.

—Pero tienes que llevarte algún recuerdo —insistió Claire, devolviéndole el teléfono—. Sin fotos es como si no hubieses estado.

—Prefiero que los recuerdos no incluyan mi cabeza cortada por el encuadre —dijo Edith—. Ayer mi abuela me sacó una donde solo se me veían las rodillas y un trozo de gárgola, y en la que me hiciste tú frente al castillo de Edimburgo salgo con los ojos cerrados y una paloma desenfocada cruzándome la cara.

—Es que estas dos son un desastre —se rio Johanna, dándole un codazo amistoso a Claire—. Déjame a mí ahora, Edith. Prometo que esta saldrá bien.

—¿Tú? Ni hablar —Edith puso el móvil fuera de su alcance—. Tú me sacaste una foto en la cima de Calton Hill donde salgo tapada

por tu propio dedo índice. Parecía que me estabas señalando en lugar de retratarme.

Las tres ancianas se echaron a reír a la vez.

—La tecnología no es lo nuestro —reconoció su abuela—. Podemos pedirle a la guía que te la saque.

—No importa. Además, creo que voy a subir hasta las rocas para grabar un *reel*.

—¡¿Un qué?! —repitió Johanna, arrugando la nariz.

—Un vídeo de esos modernos —respondió Claire, agitando las manos como si espantara moscas—. De esos que duran un suspiro y en los que la gente sale señalando al aire mientras aparecen letras de colores.

—Exacto —rio Edith—, algo parecido a eso.

—¿Y para qué quieres grabarte señalando al aire en mitad de Escocia? —insistió su abuela—. Con lo bonita que es una foto de toda la vida, aunque salga un poco de dedo en la esquina.

—No es solo una foto, abuela. Voy a grabarme en esas rocas para hablarle a mis seguidores sobre la sanación. Quiero contarles cómo la historia de Escocia y este aire puro están siendo el catalizador de mi proceso. Oliver ya es pasado; este paisaje me está ayudando a transmutar el dolor en resiliencia.

No era cierto. A ella le seguía doliendo como una herida abierta e infectada. Pero ya se había cansado de victimizarse.

Las tres ancianas se quedaron un segundo en silencio, parpadeando.

—¿Transmutar? —repitió Johanna—. Cómo sois de raros los jóvenes de hoy en día. Cuando me dejó mi primer novio, Brandon, me tomé tres copas y me puse un vestido nuevo. Eso sí que es santo para la resiliencia esa.

—Es psicología, Johanna —señaló Claire con aire sabiondo—. Lo que quiere decir la niña es que está usando el viaje para olvidar al soso de Oliver. ¡Pues claro que sí, cariño! Tú graba lo que quieras, que con ese pelo al viento vas a parecer una guerrera de las de antes.

Edith les sonrió.

—No tardo —dijo, empezando a subir un poco la colina, pero su abuela la sujetó del brazo, impidiéndoselo.

—Oliver no se merece que llores ni un instante más por él —le dijo con expresión seria.

—Ya lo sé, abuela. Por eso voy a grabar este *reel*. Para que mis seguidoras vean que sigo adelante.

Mientras hablaba, Edith sintió un latido abrasador contra su pecho. El medallón emitía un calor impropio del metal, una vibración que parecía filtrarse a través de la tela de su sudadera. Se llevó la mano al cuello, desconcertada.

—Noto algo... —comenzó, pero no pudo continuar porque su abuela la interrumpió.

—Si quieres sacar la foto en las piedras, tienes que darte prisa —la apremió, señalando a la guía, que estaba empezando a mandar a los ancianos al autobús.

—Es un *reel*, abuela.

—Escúchame bien. —Margaret la retuvo un segundo más, bajando la voz—. No olvides que, estés donde estés, siempre debes ser fiel a tu instinto. No intentes entenderlo todo con la lógica; a veces, solo hay que hacer caso al corazón.

Edith no comprendió ni una palabra. Su abuela solía ser así de enigmática cuando se ponía intensa, pero no tenía tiempo para descifrar acertijos. Si quería grabar el *reel*, tenía que correr.

Dudaba que la guía cumpliera su amenaza de dejarla allí tirada si llegaba tarde al autobús, pero no le apetecía aguantar una bronca ni las miradas de reproche de cuarenta ancianos británicos si llegaba un minuto tarde. Aquel grupo se tomaba la puntualidad como una religión.

—¡Voy ahora mismo! —gritó mientras echaba a correr hacia el círculo de piedras de Drethak Tor.

No estaban lejos, pero la pendiente era traicionera y el aire puro de las Highlands le quemaba en los pulmones. Llegó a la cima jadeando, con el corazón martilleando contra las costillas y el medallón vibrando con una intensidad eléctrica bajo la sudadera. Se apoyó contra la piedra central, una mole grisácea y rugosa que

parecía vibrar con un zumbido sordo que le subía por las yemas de los dedos.

«Enfócate, Edith. Habita el presente», se ordenó a sí misma.

Consiguiendo relajarse, activó la cámara frontal del móvil. Se colocó un mechón de pelo rubio que el viento le azotaba contra la cara, forzó una sonrisa de paz interior y pulsó el botón de grabar.

—Hola a todos —comenzó a decir, intentando proyectar serenidad a pesar del ahogo—. Hoy, desde el corazón de las Highlands, quiero hablaros de soltar lastre. A veces, para recibir lo nuevo, hay que dejar que el pasado se convierta en... en...

Las palabras se le evaporaron. De repente, el paisaje verde y salvaje empezó a ondular como si fuera el reflejo en un estanque golpeado por una piedra. El azul del cielo se volvió un violeta eléctrico y el suelo bajo sus pies dejó de sentirse sólido. El zumbido de las rocas subió de volumen hasta convertirse en un grito ensordecedor que solo ella podía oír.

—¿Qué...? —murmuró, mientras el mundo empezaba a girar sobre su eje.

Un mareo súbito la golpeó, una náusea espacial que le hizo perder la noción de dónde estaba el cielo y dónde la tierra. El móvil se le resbaló de las manos, perdiéndose entre el brezo, pero Edith no pudo ni intentar recogerlo. Sus oídos se llenaron de un ruido de agua brava y viento huracanado y, en mitad de ese caos, escuchó unas palabras. No eran de la guía ni de los ancianos; era una voz profunda, áspera.

«Logh na h-ùine... Till dhachaigh».

Al principio, los sonidos le resultaron ajenos, un dialecto gutural que supuso que sería gaélico antiguo, pero totalmente incomprensible para ella, que no hablaba ese idioma. Sin embargo, a los dos segundos, los sonidos empezaron a vibrar en su pecho hasta que el significado se desplegó en su cabeza como si siempre hubiera estado allí, borrando la barrera del idioma.

«La brecha del tiempo... Vuelve a casa».

¿Que diablos significaba eso?

No pudo pensar mucho en ello porque el medallón emitió un destello cegador. El calor pasó de ser una molestia a ser un fuego

blanco que la envolvió por completo. Las piedras de Drethak Tor se estiraron hasta el infinito, el autobús desapareció y, por un instante eterno, Edith sintió que su cuerpo se deshacía en mil partículas de luz antes de ser succionada por un vacío absoluto.

Pero, mientras el siglo XXI se desvanecía a su alrededor, su mente solo fue capaz de formular un último pensamiento de puro pánico:

«Tengo que recuperar mi móvil».

Capítulo 2

Higlands , 1212

A Alaric nunca le gustaron las bodas.

No porque despreciara la unión entre dos almas, ni porque temiera el compromiso —esas eran preocupaciones de hombres más jóvenes o más necios—, sino porque las bodas, en su experiencia, siempre venían acompañadas de obligaciones, alianzas incómodas y decisiones que rara vez nacían del corazón.

Y la suya no sería diferente. Lo sabía por experiencia.

Pero Alaric toleraba menos aún la impuntualidad.

El patio de armas estaba preparado desde el alba. No para una celebración, sino para una recepción digna de su futura esposa. Pero ella no había aparecido.

—Empiezo a pensar que no vendrá —comentó una voz a su lado, con descarada ligereza.

Tiernan, su segundo y mejor amigo, permanecía junto a él, recostado contra uno de los muros de piedra.

—Vendrá —aseguró Alaric, sin apartar la vista del gran portón abierto.

—Claro —respondió Tiernan—. O eso, o ha decidido que prefiere una vida larga y tranquila lejos de ti.

Alaric giró la cabeza hacia él con el ceño fruncido.

—¿Te parece gracioso?

Tiernan sonrió.

—Un poco.

Alaric resopló y volvió a mirar el portón.

—Llega tarde.

—Sí, eso suele pasar cuando una mujer duda antes de casarse. —Tiernan se separó del muro de piedra y dio un paso hacia Alaric

para darle una palmadita amistosa sobre el hombro—. Es buena señal, amigo. Significa que es inteligente.

Alaric apartó la mano de su segundo de un manotazo.

—El rey Juan no habría permitido un retraso así sin enviar palabra. A menos que... —Alaric apretó la mandíbula— haya decidido retirar su promesa.

Tiernan lo observó con atención, sin rastro de burla.

—¿Crees que el rey de Inglaterra rompería un acuerdo contigo?

—Es un inglés —bufó Alaric, con un deje de desprecio—. No son de fiar. Y, además, su acuerdo no ha sido conmigo, ha sido con el rey Guillermo.

—Guillermo está viejo y enfermo —dijo Tiernan—. Quiere asegurarse de que su hijo, que tan solo tiene catorce años, pueda coronarse como rey a su muerte sin tener a Inglaterra en contra. A saber qué le ha prometido Juan.

—No tengo la menor idea. Mi prometida es la hija de un barón que se supone que ha fallecido en un accidente de caballos, dejándola sola en el mundo. Es evidente que Juan quiere quitársela de en medio. Y probablemente espera que fallezca por medio de la maldición que me acecha.

Tiernan soltó un bufido.

—No existe maldición alguna. Las casualidades existen y tú, amigo, has sido fruto de ellas.

—Díselo a mis dos hijos, que ambos se han quedado sin sus madres —replicó Alaric con voz gélida—. La única razón por la que he aceptado casarme con esta inglesa ha sido porque el rey Guillermo me prometió la exención de tributos para nuestro clan durante los próximos diez años y el derecho de pasto sobre las tierras del valle del Spey. Nuestra gente necesita comer, Tiernan, y, si para eso debo cargar con una inglesa, lo haré. Pero esta vez no cometeré el error de tener hijos con ella.

Tiernan puso los ojos en blanco.

—En realidad, parece que da lo mismo —añadió—, porque no parece que vaya a venir.

Alaric soltó un bufido que resonó en el patio de armas.

—Ella y los hombres que la custodian cruzaron nuestras fronteras ayer al mediodía —gruñó, apretando el pomo de su espada —. ¿Qué demonios les está retrasando tanto? El camino desde el paso es claro y el tiempo ha sido clemente.

—Quizá se ha escapado y la están buscando por los brezales — aventuró Tiernan con una media sonrisa—. Yo lo haría si me dijeran que mi destino es compartir lecho contigo, Alaric.

—No eres gracioso —farfulló, dándose la vuelta.

—No era mi intención serlo —replicó su amigo, aunque no borró la chispa de burla de sus ojos mientras se apresuraba a seguir sus pasos.

Alaric no respondió. Atravesó el patio con zancadas largas y pesadas, ignorando el saludo de dos de sus hombres que afilaban hachas junto al pozo. Sus botas de cuero golpeaban el suelo de piedra con una urgencia que delataba su impaciencia. Se dirigió directamente hacia los establos, una estructura de madera y piedra que olía a heno seco, estiércol y animal.

—¿Adónde vas? —preguntó Tiernan, alcanzándolo justo cuando entraban en la penumbra del establo—. No puedes marcharte ahora. Si aparecen mientras estás fuera, parecerá que huyes de tu propia boda.

—No huyo de nada —rugió Alaric, entrando en el pesebre de su gran semental blanco—. Voy a buscarlos. No toleraré que un grupo de ingleses holgazanee en mis tierras mientras yo aguardo como un ciervo acorralado.

El caballo relinchó, sintiendo la agitación de su amo. Alaric lo preparó sin esperar a los mozos de cuadra. Sus manos se movían con la precisión de quien prefiere la compañía de las bestias a la de las personas.

—¿Es chanza? —preguntó Tiernan con un resoplido—. ¿De verdad vamos a ir en busca de una prometida a la fuga?

—Quédate en el castillo si tanto te divierte la espera —le dijo Alaric sin mirarlo—. Yo voy a ver qué demonios les está retrasando tanto.

Tiernan prefería quedarse en el clan, pero no iba a dejar solo a su amigo. Porque, a pesar de las bromas, a él también le parecía

extraña la tardanza.

—Iré contigo —decidió Tiernan, caminando hacia su propio caballo—. Pero, si la encontramos escondida en un matorral, no esperes que sea yo quien la convenza de que eres un hombre dócil.

—Si espera un hombre dócil que le consienta todos los caprichos, debería haberse quedado en Inglaterra —respondió Alaric, azuzando las riendas de su caballo.

—A lo mejor ella está de acuerdo contigo y está intentando regresar.

—Ella no está huyendo de mí.

O, por lo menos, eso esperaba. Porque se tenía que casar con ella. Y, aunque no tenía intención de yacer con la inglesa, esperaba que fuese la madre que sus hijos necesitaban. Y una mujer que huyese de sus obligaciones no poseía la templanza necesaria para criar a sus hijos.

Habían cabalgado durante horas, dejando atrás la seguridad de los muros de piedra para adentrarse en los desfiladeros más cerrados de sus tierras.

Alaric empezaba a considerar que la joven inglesa quizá sí había huido. Imaginaba a los soldados que la custodiaban buscándola desesperadamente entre los brezales, temerosos de presentarse ante él con las manos vacías y confesar que habían perdido a su prometida. Alaric no era conocido por su buen carácter, y era algo de lo que se sentía profundamente orgulloso. Y bien sabía por experiencia que los ingleses solían ser unos cobardes.

—Si ha escapado, Tiernan, no pararé hasta encontrarla —prometió Alaric, apretando las riendas—. No toleraré que una chiquilla me convierta en el hazmerreír de los clanes vecinos.

—Bromeaba, amigo. No hay razón para que haya huido.

—¿Y entonces dónde están? —preguntó Alaric con impaciencia.

Tiernan no llegó a responder porque, al doblar el recodo del camino, donde los riscos se cerraban sobre el paso, Alaric tiró de las riendas con tal fuerza que su semental se encabritó, relinchando ante el rastro de sangre que teñía el brezo.

El caos se extendía ante ellos como una herida abierta.

—Por los huesos de mis antepasados... —murmuró Tiernan, mientras sus ojos recorrían el desastre.

Dos carros ingleses, pesados y ornamentados, yacían volcados con los ejes partidos por la mitad. Los baúles de madera noble habían sido reventados a hachazos, desparramando sedas, linos finos y pertenencias que ahora se pudrían entre el barro y la sangre. Alrededor, media docena de guardias ingleses yacían esparcidos como muñecos de trapo, con las gargantas tajadas.

Alaric desmontó de un salto, con la mandíbula tan tensa que los músculos de su cuello parecían cuerdas a punto de romperse. Caminó entre los cadáveres hasta detenerse ante una figura menuda que yacía junto a la rueda de un carro bajo un charco de sangre. Por un instante creyó que se trataba de su prometida; sin embargo, al observar la lana basta de su vestimenta y, sobre todo, sus manos —toscas, curtidas por el servicio y con las uñas ennegrecidas por el trabajo diario—, comprendió que se trataba de una sirvienta.

—No es ella —masculló Alaric, enderezándose con una mezcla de alivio y renovada furia.

—Es una criada —asintió Tiernan, que permanecía en guardia sobre su montura, oteando los riscos—. ¿Cómo han podido atacarlos en nuestras tierras?

Alaric notó cómo la ira le dominaba, una furia sorda que le quemaba las entrañas. Habían pasado tiempos difíciles, años de inviernos crueles donde el hambre apretaba tanto como el acero enemigo, y donde mantener la seguridad de los muros de su fortaleza había sido su misión más sagrada.

Bajo su mando, los MacFarlane habían dejado de ser una estirpe dispersa para consolidarse como un clan de renombre en las Highlands; respetados por su fuerza y temidos por su implacable justicia. Había luchado sangre a sangre para que su apellido significara algo más que mera supervivencia.

Pero ver aquel rastro de cadáveres ingleses pudriéndose en su propio camino era un escupitajo a todo su esfuerzo. Si no podía proteger una comitiva enviada directamente a sus puertas, su autoridad se desmoronaría más rápido que la piedra caliza.

—Eso es algo que pienso descubrir, te lo aseguro —prometió Alaric con una furia sorda—. Reforzaremos las fronteras hasta que no pase ni un ratón sin mi permiso. Pero ahora debemos encontrar a mi prometida, viva o muerta.

Tiernan se bajó del semental.

—No se han llevado la ropa, pero no hay rastro de los sacos de monedas que sin duda traerían con ellos. Tampoco el baúl de sal que Juan prometió que traería tu prometida como obsequio de su parte.

La sal era un bien muy preciado.

—Tampoco están los caballos —observó Alaric, escrutando las huellas en el barro—. Son ladrones que sabían exactamente qué botín buscaban. A estas alturas, todas las Highlands conocen mi compromiso. Han podido ser los MacLaren.

Su mandíbula se tensó al pronunciar el nombre. Los MacFarlane y los MacLaren llevaban décadas regando la tierra con la sangre del contrario, en una guerra que parecía no tener fin. Pero atentar contra la prometida de un laird era una bajeza que incluso ellos solían evitar.

—El viejo MacLaren está enfermo —dijo Tiernan—. Su hijo quiere terminar con la guerra, ¿qué sentido tendría esta brutalidad?

—Finlay MacLaren es un lobo con piel de cordero. No me fío de sus intenciones, pero tampoco creo que hayan sido ellos.

—Sea quien sea, han dejado un rastro. —Tiernan señaló las huellas de herraduras que se alejaban del camino principal, adentrándose en el brezo.

Alaric asintió en silencio y montó de nuevo en su semental. Siguieron el rastro con cautela, con las espadas desenvainadas. Las huellas eran claras y los llevaban directamente hacia la cima, donde el viento soplaba con más fuerza y se alzaba un viejo círculo de piedras que los lugareños llamaban Drethak Tor.

Había escuchado historias de druidas que, siglos atrás, usaban aquel círculo para sacrificar ganado o leer el futuro en las estrellas, pero Alaric nunca había prestado atención a tales necedades. Para él, aquellas piedras no eran más que rocas muertas, un refugio para las ovejas durante las tormentas.

Sin embargo, al cruzar el umbral del círculo, un escalofrío que nada tenía que ver con el viento de mayo le recorrió la nuca.

—¿Por qué subir hasta aquí? —masculló Tiernan, oteando el horizonte con sospecha—. No hay salida, es campo abierto. Los atacantes se habrían metido ellos mismos en una ratonera si hubieran subido por esta ladera.

Alaric no respondió. Sus ojos estaban fijos en el centro del círculo, donde la hierba se doblaba bajo una figura solitaria. No había rastro de bandidos.

Solo una mujer.

Vestía unas ropas que Alaric jamás había visto: una prenda gris con una capucha caída, ancha y de una tela que parecía demasiado lisa para ser lana, y unas calzas ajustadas de un color negro azabache que marcaban sus piernas de una manera que resultaba escandalosa. Alaric no pudo evitar fijarse en su cabello: rubio, largo y rizado, que caía sobre sus delicados hombros, manchado de barro.

Estaba de espaldas a ellos, de rodillas, rebuscando frenéticamente entre las raíces y las piedras. Sollozaba, golpeando el suelo con las palmas de las manos en un gesto de pura desesperación.

—¿Qué lleva puesto? —preguntó Tiernan.

Alaric apretó la mandíbula y espoleó a su caballo. Los cascos resonaron contra la tierra dura, pero la mujer no pareció escucharlos hasta que la sombra del semental cayó sobre ella.

—¿Quién sois? —espetó.

La mujer se giró y, al ver al hombre, emitió un fuerte grito de terror.

—¿Qué os sucede? —preguntó Alaric, bajando del semental.

Ella se puso de pie a duras penas, observando al hombre.

—Me has pegado un susto de muerte —dijo—. ¿De dónde has salido?

Alaric la observó confuso.

—He seguido las huellas de unos bandidos. Pero vos no sois una bandida.

—¿Una bandida? ¿Pero qué chorradas dices? —replicó ella con un bufido. A Alaric le quedó claro que los modales de la joven

resaltaban por su ausencia—. ¿Qué haces disfrazado? No me digas que hay alguna feria medieval cerca.

Él sacudió la cabeza. No entendía una palabra de lo que la joven decía.

—¿Quién eres y qué haces en mis tierras? —exigió con autoridad—. No eres una habitante de mi clan.

Ella frunció el ceño.

—La paciencia que tengo que tener… —masculló, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Estoy aquí en una excursión, pero me he mareado y, cuando he vuelto en sí, el autobús se ha marchado sin mí. Voy a matar a mi abuela y a sus amigas por no esperarme. Y, encima, no encuentro el móvil, y no puedo llamar a nadie. ¿Sabes si hay algún Uber por esta zona?

—¿Uber? —repitió Tiernan, colocándose al lado de Alaric. No bajó del caballo, pero miraba boquiabierto—. ¿Pertenece a algún clan?

—No hay ningún guerrero que se llame Uber —declaró Alaric, mirando a su segundo—. Ni siquiera es un nombre escocés. —Sus ojos verdes volvieron a fijarse en la joven—. No entiendo ni una palabra de lo que decís. ¿Habéis sufrido un golpe que os ha hecho perder la cabeza?

La joven hirvió de ira.

—¿Pero cómo te atreves? —dijo, pero luego respiró hondo, cerrando los ojos como si hiciera un esfuerzo sobrehumano por calmarse—. No. Soy una persona que no se altera. Soy *coach*, manejo el estrés. No voy a permitir que un desconocido logre desestabilizarme —susurró, hablando para sí misma. Después de unos segundos, abrió los ojos—. ¿Dónde has aparcado el coche?

—¿El coche? —repitió Alaric—. ¿Pero qué decís?

La joven miró al otro hombre, el que seguía sentado en su caballo y parecía más normal.

—Tu amigo está decidido a hacerme perder la paciencia. ¿Tú puedes ayudarme?

—Milady, yo…

—¿Que yo os estoy haciendo perder la paciencia? —rugió Alaric —. ¡Decidme vuestro nombre de una vez! No voy a volver a

repetirlo.

—¡Pero si no me has preguntado cómo me llamo hasta ahora! ¡Por el amor de Dios! —exclamó ella, alzando las manos al cielo—. ¿Por qué todos los imbéciles me tocan a mí? ¿Es un patrón de conducta que atraigo o qué?

—¡No me faltéis al respeto! —gruñó Alaric, inclinándose para quedar a pocos centímetros de su rostro—. Sois una forastera en mis tierras, vestida como un bufón.

La joven se miró de arriba abajo.

—Voy vestida como van todos los excursionistas. ¿Qué pretendes, que me pongan un vestido largo para caminar por el campo?

—Las mujeres llevan vestidos.

—Eso es justo lo que me faltaba por escuchar hoy —resopló ella —. Las mujeres vestimos como nos apetece.

Alaric sintió que la vena de su sien palpitaba con una fuerza peligrosa. Había lidiado con invasores ingleses, con inviernos de hambruna y con traiciones de clanes vecinos, pero nunca nadie —y mucho menos una mujer que apenas le llegaba al hombro— le había respondido con semejante insolencia.

—No en mis tierras. En mis tierras, las mujeres se visten con decencia.

La joven suspiró como si estuviese intentando controlarse.

—¿Estas tierras son tuyas? —preguntó ella.

—Así es. Soy el laird Alaric MacFarlane.

—Yo soy Edith —respondió ella.

La expresión de Alaric cambió al escuchar aquel nombre.

—¿Sois Edith de Lacy? —preguntó confuso.

—Edith Lacy —le corrigió ella—. ¿Cómo sabes mi nombre? ¿Mi abuela me está buscando?

—¿Su abuela venía con vos? —le preguntó Tiernan.

—Sí. Junto…

—Están todos muertos —dijo Alaric sin ninguna sensibilidad, logrando que Tiernan le lanzase una mirada de reproche mientras bajaba del caballo.

La joven trastabilló y se hubiese caído si Alaric no le hubiese sujetado el brazo.

—¿Cómo... cómo van a estar todos muertos? —balbuceó, con un hilo de voz—. ¿Ha ocurrido un accidente?

—Los han matado unos bandidos.

—No... no puede ser... Ellas...

—Milady, no había ninguna mujer mayor entre los muertos —dijo Tiernan con cautela—. Solo soldados y una sirvienta.

Los ojos brillantes, de lágrimas a punto de derramarse, de la joven, se arrugaron levemente.

—¿Soldados, sirvienta? —preguntó, confusa.

—Los hombres que os estaban custodiando hasta la fortaleza han sido asesinados —repitió Alaric—. ¿Vos no estabais con ellos?

Edith notó en ese momento que la mano de Alaric seguía cerrándose sobre su brazo con una fuerza que empezaba a cortarle la circulación. Se soltó de su agarre con un movimiento brusco, retrocediendo un paso sobre la hierba húmeda.

—Ya entiendo... Me estáis gastando una broma —dijo, intentando forzar una sonrisa nerviosa mientras miraba alternativamente a los dos hombres—. No tiene la menor gracia. En serio. ¿Quién os envía? ¿Mi exprometido?

Alaric arqueó una ceja.

—¿Vuestro exprometido? —preguntó con voz profunda—. ¿Acaso ya estabais bajo palabra de matrimonio?

—Me lo pidió, pero me dejó por otra dos días después —respondió ella, desviando la mirada con fastidio—. Ni siquiera me dio un anillo, el muy tacaño —bufó, llevándose las manos a las caderas —. Y, además, ¿a ti qué te importa?

Alaric dio un paso hacia ella, acortando el espacio de forma intimidante. Su mano apretó el pomo de la espada.

—¡Me importa porque soy vuestro prometido por ley de sangre y acero! —rugió él, haciendo que hasta Tiernan se tensara—. Habláis de otros hombres como si vuestra palabra no valiera nada, pero el rey Juan os ha entregado a mi clan. No hay exprometidos que valgan ahora. ¡Vuestra vida y vuestro honor me pertenecen!

Edith miró al hombre como si le hubiesen salido tres cabezas.

—Esta broma se os está yendo de las manos —suspiró, mirando a Tiernan con desesperación—. Dile a tu amigo que deje la actuación. Ya se ha reído suficiente de mí. Espera —chasqueó los dedos en el aire, como si se hubiera dado cuenta de algo—, ¿este es uno de esas bromas para YouTube o TikTok, no? ¿Es eso? ¿Hay alguien escondido grabándonos? —Empezó a alejarse de ellos, registrando entre las piedras y los matorrales con gestos bruscos—. ¡Sal de tu escondite, seas quien seas! —gritó hacia las piedras—. Como subas a Instagram esta broma, te denuncio a ti y a Oliver. ¡Esto es acoso, que lo sepáis!

Alaric intercambió una mirada de puro desconcierto con Tiernan.

—¿Pero qué diablos le sucede? —preguntó Alaric en un gruñido.

Él se había casado dos veces, pero esa mujer no tenía nada que ver con sus anteriores esposas. Cierto era que, en ambos casos, se trataba de mujeres de las Highlands. Siempre había creído que las inglesas eran diferentes: más asustadizas, más frágiles, flores delicadas que se marchitaban al primer grito.

Pero esa joven no era ninguna flor. Era un vendaval de palabras extrañas y gestos desafiantes que no mostraba ni un ápice del respeto que se le debía a un laird.

—Puede que haya sufrido un golpe en el asalto. Tal vez ha logrado escapar, pero está aturdida —dijo Tiernan, buscando una explicación al extraño comportamiento de la joven.

Alaric caminó hacia ella. Se detuvo a escasos centímetros, obligándola a levantar la vista.

—Basta ya de juegos, milady —dijo, perdiendo la paciencia—. Ha llegado el momento de ir al castillo.

Edith se dio la vuelta hacia él. Lo miró con una sonrisa tirante, de esas que usaba con los pacientes más difíciles en consulta.

—Bien, voy a seguirte el juego, *laird* —repitió su título con un deje de ironía que hizo que Alaric cerrase las manos en puños—. ¿Cómo pretendes que vayamos a ese castillo? ¿En un coche de caballos? ¿En una carroza de época?

—En mi caballo, por supuesto —respondió Alaric, señalando al enorme semental que bufaba a su espalda.

Edith dio un paso atrás, escaneando al animal como si fuera una amenaza biológica.

—Ah, eso sí que no. Yo no sé cabalgar. Ni loca me subo ahí arriba sin un casco y un seguro de responsabilidad civil.

—¿No sabéis cabalgar? —preguntó Alaric, genuinamente confundido. Para él, era como si alguien dijera que no sabía caminar —. Sois una noble inglesa, vuestro linaje se sustenta sobre la silla de montar.

Edith resopló y dio un paso adelante mientras le señalaba con el dedo índice.

—Escúchame bien, Braveheart: la mayor parte de los ingleses actuales no sabemos cabalgar. Ni que fuésemos a caballo a todas partes. Para eso inventamos el transporte público y los coches. Si quieres que te siga, pídeme un Uber o búscame una bicicleta, pero a ese bicho no me subo.

Alaric intercambió una mirada con Tiernan. Se le estaba terminando la paciencia con aquella inglesa insolente.

—No sé qué es un coche, pero solo tenéis dos opciones: o subís por vuestro propio pie, o lo hacéis como un fardo de lana. —Alaric avanzó hacia ella.

—Cuidadito con amenazarme —advirtió Edith, dando un paso atrás con altivez—. Esto es coacción y detención ilegal. No pienso poner un pie en ese animal con alguien que tiene problemas de gestión de la ira y...

Edith no pudo terminar la frase. Porque, al retroceder, su bota resbaló en una piedra cubierta de musgo traicionero. Sus brazos se agitaron en el aire buscando un equilibrio que ya no existía.

—¡Cuidado! —gritó Tiernan.

Pero fue tarde. Edith cayó hacia atrás con un golpe seco. Su cabeza impactó contra la raíz de un roble.

—¿Estáis bien? —preguntó Alaric, arrodillándose a su lado.

—Sí —dijo ella—. Un poco mareada —respondió, intentando levantarse, aunque no podía.

—No hagáis esfuerzo. Os habéis pegado un golpe fuerte.

Edith sintió cómo unos fuertes brazos la levantaban.

—Tranquila, no parece nada grave. La curandera os curará.

—Prefiero un médico. Llévame a un hospital —pidió ella—. Que me seden si me tienen que dar puntos.

—Tu prometida ha resultado bastante divertida —dijo Tiernan.

—No es gracioso —bufó Alaric mientras llevaba a la joven hacia el semental.

—Por lo menos, habla gaélico. Ha debido de aprenderlo para complacerte.

—Yo no hablo gaélico —dijo la joven mientras luchaba por no perder la conciencia.

Alaric la miró.

—Lo habláis, milady. Es el único idioma que habéis hablado desde que os he encontrado. Ni una sola palabra de la lengua inglesa ha salido de vuestra boca.

Edith quiso replicar, quiso decir que eso era imposible. Ella solo hablaba inglés y un poquito de francés.

Pero fue incapaz de abrir la boca porque la oscuridad se apoderó de ella.

Capítulo 3

El dolor fue lo primero que Edith sintió. Un quejido brotó de sus labios cuando sintió una punzada aguda detrás de los ojos, digna de una resaca épica. Algo de lo que Edith no se quejaría, si recordara haberse divertido.

Intentó llevarse la mano a la sien, pero sus brazos pesaban como plomo y el simple movimiento hizo que las sábanas —si es que aquello podía llamarse sábana— rascaran su piel con la aspereza de la lija.

Abrió los ojos.

La luz la cegó al instante. No era la luminosidad suave y difusa que entraba por las persianas de su apartamento en Londres, sino una puñalada de sol directa, sin filtros, que atravesaba el aire estancado de la habitación. Parpadeó frenéticamente, intentando enfocar la vista.

El techo no era blanco. Era una masa oscura de vigas de roble macizo, toscamente talladas y ennegrecidas.

Entonces recordó que se había ido de excursión a Escocia con su abuela. Habían estado en Edimburgo dos días y el resto de la semana la pasarían en las Highlands. Iban a alojarse en un hotel en Inverness. Pero Edith no se acordaba de haber llegado al hotel. Todo en su cabeza estaba confuso, como si sus recuerdos hubieran sido pasados por una trituradora de papel.

Frente a ella, en el muro opuesto, vio una chimenea de piedra inmensa donde el fuego rugía con una vitalidad salvaje. Era bastante extraño encontrar chimeneas en los hoteles. De hecho, era la primera vez que veía una.

¿Tal vez era un hotel rural?

—Milady, ¿cómo os encontráis? —Una voz femenina, suave pero con un deje de aspereza, la obligó a girar la cabeza.

Edith parpadeó, incorporándose lentamente en la cama. Apoyó la espalda contra el cabecero mientras se fijaba en la mujer que se encontraba sentada en una silla a unos pasos de ella. Por sus facciones aniñadas, Edith dedujo que era algunos años más joven que ella. ¿Y por qué llevaba un vestido color marrón que parecía sacado de una tienda de disfraces de la Edad Media?

—¿Qué haces en mi habitación? —le preguntó.

La joven mordió su labio inferior y después bajó la mirada hasta los pies, luciendo avergonzada.

—Disculpadme, milady. La curandera ha tenido que ir a atender un parto y me ha pedido que me quede con vos hasta que os despertéis. Habéis dormido toda la noche, debéis estar sedienta y hambrienta.

Edith no tenía hambre, pero sí notaba la boca seca.

—La verdad es que un poco de agua me vendrá bien.

Edith tiró de las sábanas y, al hacerlo, se dio cuenta de que llevaba puesto un camisón blanco. Ella nunca se ponía camisón. Además, ese parecía antiguo.

La joven asintió y caminó con rapidez hacia una pequeña mesa de madera tosca. No buscó un vaso de cristal ni una botella de plástico; en su lugar, tomó una jarra de barro pesado y vertió el líquido en un cuenco de madera tallada.

Se acercó a la cama y, con una reverencia que hizo que Edith abriera los ojos sorprendida, le tendió el cuenco con ambas manos.

—Bebed, milady. Es agua fresca del manantial.

Edith aceptó el recipiente, sorprendida por el peso y el tacto rugoso de la madera en sus palmas. No había pajitas ni bordes finos; tuvo que sujetar el cuenco con las dos manos, como si fuera una pequeña vasija, y acercarlo a sus labios. El agua estaba helada y sabía ligeramente a tierra y a madera, un sabor mineral mucho más intenso que el del agua filtrada a la que estaba acostumbrada.

Bebió con avidez, sintiendo cómo el frío le bajaba por la garganta, pero no podía apartar la vista de sus propios brazos. Las mangas del camisón eran anchas y terminaban en unos puños deshilachados. La tela de lino era tan gruesa que se sentía casi como una lona contra su piel.

—¿He tenido un accidente? —preguntó.

Hidratada, Edith logró llevarse la mano a la sien, que seguía doliéndole. Sus dedos no rozaron una gasa estéril ni un esparadrapo hipoalergénico. Lo que sintió fue una textura húmeda, espesa y pegajosa que le cubría el lateral de la cabeza.

—Sí, milady, os habéis dado un golpe en la cabeza, pero no ha hecho falta coseros —explicó la joven, acercándose con el cuenco de agua.

Al tacto, Edith notó que llevaba una especie de emplasto frío pegado al cuero cabelludo, sujeto por una tira de lino que le rodeaba la frente como una diadema improvisada.

—¿Qué es esto que tengo pegado? —preguntó, retirando los dedos con una mueca de asco al ver que estaban manchados de un residuo verde oscuro.

—Es un ungüento de consuelda y telarañas. La curandera dice que no hay nada mejor para cerrar la herida sin necesidad de coserla. También le ha añadido un poco de grasa de oca y miel para que no se pegara a vuestro cabello cuando se seque.

Edith no se podía creer lo que estaba escuchando.

—i¿Una curandera?!

Ella no tenía nada en contra de la medicina natural —de hecho, a veces recomendaba infusiones de valeriana a sus pacientes más ansiosos—, pero desde luego prefería la medicina moderna. Sobre todo los analgésicos; en ese momento vendería su alma por un ibuprofeno de 600 miligramos.

—Sí, milady. Marsaili es la mejor curandera del clan. El laird ha ordenado que os atienda ella personalmente.

«El laird».

Al pronunciar aquel título, el vacío en la memoria de Edith se resquebrajó. Como si un rayo cruzara su mente, las imágenes del círculo de piedras volvieron de golpe, nítidas y violentas. Recordó que se había mareado, que el autobús había desaparecido y aquellos dos hombres que habían aparecido minutos después. Y cómo se había golpeado y él la había llevado en brazos como si fuese una niña pequeña. En unos brazos musculosos y fuertes.

—¡No me lo puedo creer! —logró decir al fin, con la respiración entrecortada—. ¿Tú también estás compinchada con ellos? ¿Esto es una especie de secta o un retiro de rol extremo?

La joven parpadeó, totalmente desorientada por las palabras de Edith.

—No os entiendo, milady. ¿Secta? ¿Rol? Habláis con palabras extrañas.

Edith la observó con fijeza, tratando de descifrar si la chica era una actriz profesional o si realmente estaba tan perdida como parecía.

—¿Quién eres tú exactamente?

—Soy Mairi, milady —respondió la joven con una pequeña inclinación de cabeza—. El laird ha ordenado que sea vuestra doncella. —Esbozó una sonrisa tímida—. Me siento honrada de serviros. Es un placer para mí atender a la futura señora de este castillo, la prometida de nuestro laird.

¿Pero qué estaba diciendo ahora la chalada esa?

Edith resopló y se pasó una mano por la cara, frotándose los ojos con cansancio. Aquello ya se estaba pasando de castaño oscuro.

—He llegado a mi límite —masculló—. Devuélveme la ropa que llevaba puesta.

Edith estiró la mano hacia ella, pero no solo Mairi no le devolvió la ropa, sino que dio un paso atrás, apretando el cuenco de madera contra su pecho. Tragó saliva con dificultad, mirando a Edith como si temiera que fuera a morderla.

—El laird la mandó quemar, no era apropiada.

A pesar de que Mairi susurró aquellas palabras, Edith las escuchó con claridad.

—¡¿Que él hizo qué?! —preguntó, o más bien, gritó—. ¡¿Me estás diciendo que ese salvaje ha quemado mi ropa?!

—Milady, os ruego que os calméis. Os noto alterada.

—¡¿Alterada, yo?! ¡Yo no estoy alterada! —chilló, aunque tuvo que morderse el labio al darse cuenta de que, ciertamente, estaba perdiendo los estribos.

Respiró hondo, tratando de aplicar una técnica de relajación que enseñaba a sus pacientes, pero aquello era demasiado. ¿Tal vez estaba en coma? ¿Tal vez había sufrido un accidente en el autobús y su cerebro estaba fabricando una realidad alternativa mientras yacía en una cama de hospital en Inverness?

No. Si ella estuviese en coma, tendría otro tipo de sueños, no esos tan extraños.

Definitivamente, aquello era una broma. Una de muy mal gusto que se estaba alargando demasiado, y Edith le iba a poner fin en ese momento.

—¿Dónde está el laird? —demandó.

—Entrenando en el campo de entrenamiento del Norte, como todas las mañanas.

—Llévame hasta él —pidió a la vez que se levantaba.

Pero, en cuanto se puso de pie, el mundo se tambaleó a su alrededor. La pobre Edith se tuvo que agarrar al poste de la cama para no caer de bruces al suelo.

—Milady. —Mairi fue a acercarse a ella, pero Edith la detuvo alzando la mano—. ¿Estáis bien?

—Mejor que nunca. Ahora, llévame con tu laird.

Mairi suspiró.

—No podéis salir de la alcoba. Tenéis que recuperaros.

—Estoy recuperada —respondió, pero otro mareo la obligó a sentarse de nuevo en el borde de la cama. Edith bajó la mirada hasta sus pies descalzos cuando sintió el frío de la piedra bajo sus pies—. Tengo los pies helados —murmuró.

Aunque tan solo era una queja, Mairi se lo tomó como una orden directa de su señora.

Mairi dejó el cuenco de madera sobre una mesa coja y fue hasta un pesado arcón de roble situado al fondo de la estancia. Tras forcejear con la tapa, extrajo unas calzas de lana cruda, de un color hueso amarillento y tacto áspero. No dejó que Edith se las pusiera, sino que lo hizo ella misma, estirándolas hasta que el tejido picante le cubrió las rodillas. Después, le calzó unos zapatos de cuero vuelto, tan finos que parecían poco más que unos calcetines reforzados. No tenían suela de goma, ni soporte para el arco del pie, ni esa

amortiguación a la que Edith estaba acostumbrada en sus zapatillas de marca. Se sentían extraños, atados con simples cordones de piel que se hundían en sus tobillos.

Edith se puso en pie y dio un par de pasos de prueba. Eran incómodos y cada irregularidad de la piedra se filtraba a través del cuero, pero al menos ya no sentía que el suelo intentaba congelarle la sangre.

—Que sepas que, si esto es algún tipo de experiencia inmersiva de vida medieval, os pondría cinco estrellas —Edith miró sus pies y suspiró—. Pero os voy a poner una mala reseña por obligarme a participar. Y soy Local Guide nivel 7 —añadió con orgullo—. No os conviene cabrearme.

Mairi arrugó el ceño.

—¿Local… qué?

Edith alzó una ceja, exasperada.

—Guía local. Reseñas. Estrellas. ¿Es que acaso no tenéis internet? —Miró alrededor otra vez, más despacio—. Vale… claramente no. —Se llevó una mano a la frente—. Genial. Secuestrada en una especie de *escape room* medieval sin WiFi. Esto baja a una estrella directamente.

Sin esperar a que Mairi le respondiera, porque era evidente que no iba a ayudarla, echó a andar hacia la puerta. Pero, antes de que pudiera abrirla, Mairi se colocó delante de ella.

—No podéis salir así, milady. Vais en camisón.

Mairi lo dijo de tal manera que sonó como si fuera desnuda. Edith observó el camisón durante unos pocos segundos. Era grueso y le llegaba hasta los tobillos. No era su prenda favorita en el mundo, pero la mayor parte de ropa que tenía en su armario le cubría mucho menos.

—Claro que puedo.

—Al laird no le va a gustar que salgáis así.

—Pues que no haya quemado mi ropa —espetó, rodeándola.

Abrió la puerta y salió de la habitación. Edith contempló el pasillo de piedra fría, iluminado por antorchas que olían a grasa y humo. Bajó las escaleras de piedra con cuidado, sintiendo la humedad en las paredes, hasta llegar a la planta inferior. Al final del

corredor, cruzó un arco de piedra cuya pesada puerta de roble estaba abierta de par en par.

Al cruzar el umbral, el patio de armas la golpeó con un estruendo de vida salvaje.

«Vale, esto está increíblemente bien montado», pensó Edith, deteniéndose un momento para asimilar el caos.

Había hombres ataviados con un *kilt* con los mismos colores que llevaban los hombres del día anterior, gritando órdenes. El rítmico martilleo de un herrero que hacía saltar chispas de color naranja vivo y el olor penetrante a cuero húmedo y estofado de caza. No se veía ni un solo cable, ni una cámara, ni un extintor. Los figurantes no solo iban vestidos de época; estaban sucios, sudados y se movían con una naturalidad que asustaba.

No entendía por qué le habían llevado allí. ¿Por qué la obligaban a vivir una experiencia que no había pedido? No comprendía nada. Pero esperaba que el actor que representaba al laird del clan esa mañana sí le diese una explicación coherente.

Se adentró por el patio de armas, maravillada con todo lo que había a su alrededor. No se dio cuenta de si se chocó con una mujer que llevaba un cesto de manzanas. El impacto fue seco. El cesto voló y una docena de manzanas rodaron por el barro del patio.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó la mujer, arrodillándose frenéticamente para recoger la fruta—. ¡Fíjate por dónde caminas!

—Lo siento —se disculpó, arrodillándose en el suelo para ayudar a la mujer.

—¿Vas en camisón?

—Estoy buscando el campo de entrenamiento del Norte.

—¿En camisón? —volvió a preguntar la mujer, sorprendida.

—Sí, en camisón —dijo Edith, que no entendía por qué era tan importante. Si allí estaban todos disfrazados.

—No es decoroso. —La mujer frunció los labios con desaprobación—. ¿Eres una sirvienta nueva?

Ella debía de estar refiriéndose a las actrices.

—No soy ninguna sirvienta.

—¿Y quién eres? No recuerdo haberte visto antes.

Edith negó con la cabeza. No tenía tiempo que perder en esas chorradas. No sabía si era una actriz o una clienta metida en el rol, pero ella no tenía tiempo para eso.

Siguió andando, saliendo del patio de armas. Notaba todas las miradas en ella, pero no le importaba. Cuanto antes localizase al *laird* dichoso ese, antes lograría poner fin a toda aquella locura.

Comenzó a caminar por un camino de piedras, muy rudimentario. Estaba claro que no lo habían asfaltado adrede, aunque tampoco es como si viese ningún automóvil cerca.

—Va vestida con un camisón —dijo un adolescente que estaba junto a dos amigos.

Edith los miró.

—Es un camisón medieval. ¿Acaso creéis que es de mi estilo? —les preguntó, y los adolescentes le miraron con los ojos muy abiertos —. No estoy estropeando ninguna experiencia medieval que vuestros padres hayan pagado.

—No os entendemos, milady —dijo otro de los adolescentes.

Edith suspiró.

—¿No deberías estar en el instituto? —les preguntó. Aunque ahora que lo pensaba debía ser sábado—. Da igual —dijo, haciendo un ademán con la mano—. ¿Dónde está el campo de entrenamiento Norte?

—No creo que sea buena idea que vayáis allí, milady —le advirtió el tercero, que parecía el más tímido.

Edith puso los ojos en blanco. Todos le llamaban milady y entendía que era parte de la experiencia que estaban viviendo, pero que lo hiciesen esos jóvenes le molestó.

—Solo tengo veinticuatro años, no soy mucho mayor que vosotros.

Los jóvenes se miraron entre ellos.

—Milady —dijo el más bajito de los tres.

Pero ella no le permitió seguir hablando.

—¿No os han enseñado vuestros padres algo de educación? —le cortó. Edith apoyaba la crianza respetuosa, por supuesto, pero no soportaba la falta de modales—. Os he hecho una pregunta y sigo esperando la respuesta.

Los adolescentes carraspearon, visiblemente incómodos, hasta que el más alto señaló hacia el horizonte.

—Seguid el sendero de tierra hasta el final. Tendréis que subir la colina de los espinos y, una vez arriba, bajar por la otra ladera hasta el valle. Allí es donde están los hombres con el acero.

—¿Subirla para luego bajarla? —Edith arqueó una ceja—. Eso es completamente absurdo. ¿Por qué no puedo simplemente bordearla por el llano?

—Porque no hay camino, milady. Si intentáis rodearla, os meteréis de lleno en el pantano y las tierras bajas os tragarán antes de que podáis pedir auxilio.

Edith miró la colina y luego sus pies.

—Estupendo. Cardio extremo y barro. Definitivamente, voy a escribir una reseña muy detallada sobre este sitio cuando encuentre mi móvil.

—¿Qué ha dicho que va a hacer? —preguntó el adolescente más bajito a los otros dos.

Pero Edith ya no les hizo más caso. Se había dado la vuelta y continuaba con su camino, intentando cargarse de positivismo. Al final, aquello iba a ser una experiencia extraña, pero que podía contar a sus seguidores.

Edith siempre les animaba a salir de su zona de confort y a abrazar la incomodidad. Pero la realidad era que ella no es que predicase mucho con el ejemplo. Edith era una chica de costumbres, a la que le gustaba levantarse a la misma hora, desayunar lo mismo todos los días y frecuentar las mismas zonas. ¿Para qué probar un restaurante nuevo y arriesgarse a comer mal cuando podía ir a su favorito y disfrutar de una buena comida asegurada?

Aun así, a pesar de estar siendo forzada a estar allí, Edith sacaría algo positivo de aquella experiencia. Aunque, por supuesto, no tenía intención alguna de quedarse más tiempo; se largaría ahora mismo.

Al fin y al cabo, tenía cosas que hacer. Y necesitaba su móvil.

Subió la colina a paso ligero, diciéndose a sí misma que aquel ejercicio le vendría de perlas. A fin de cuentas, desde que lo dejó con Oliver se había descuidado un poco y el autocuidado era

innegociable. Al coronar la pequeña ladera, resoplando por el esfuerzo, se topó de frente con un rebaño de ovejas que bloqueaba el paso.

Edith tragó saliva. No le gustaban las ovejas. Absolutamente nada. Donde el resto del mundo veía adorables nubecitas de lana sedosa, ella veía bestias prehistóricas con ojos rectangulares de psicópata y una higiene personal nula. Para Edith, aquello no era un rebaño; era una manifestación ruidosa y maloliente de todos sus traumas infantiles juntos.

—Visualiza la paz, Edith. Inhala, exhala... —se susurró, retrocediendo un paso—. Son seres sintientes. Solo necesitan espacio personal. Como yo.

Una de las ovejas más grandes fijó su mirada vacía en ella y soltó un balido profundo, casi amenazante, mientras daba un paso adelante.

—¡Eh! ¡Alto ahí! —chilló Edith, agitando las manos en el aire—. ¡Respeta mi metro cuadrado! ¡No validas mis emociones! ¡Voy a ser devorada por un jersey con patas! ¡Socorro! —gritó.

—¿Qué os sucede? —preguntó una voz de hombre.

Edith miró de reojo, porque ni de broma iba a girarse del todo y perder de vista a la oveja líder, y vio a un hombre mayor que debía de ser el pastor. El hombre iba envuelto en un plaid de lana basta y oscura, tan desgastado que se confundía con el color del barro, y se apoyaba en un cayado de madera nudosa. Tenía una barba gris enmarañada.

—¡Tu ganado! ¡Eso me pasa! —gritó Edith, señalando con el dedo tembloroso a la oveja líder—. ¡Diles que retrocedan! ¡Están invadiendo mi espacio vital y muestran una conducta claramente agresiva!

El pastor parpadeó lentamente, mirando primero a sus ovejas y luego a la mujer que gritaba palabras que no existían en su vocabulario.

—Ellas no deben retroceder —dijo el hombre con seriedad—. Es su lugar de pasto.

Edith respiró hondo, tratando de aplicar sus técnicas de mediación de conflictos.

—No tengo problema en que pasten, de verdad. Apuesto por la libertad de movimiento de todas las especies —respondió, intentando sonar razonable—. Pero que no se acerquen a mí. Necesito que establezcamos un límite claro y seguro.

El pastor se apoyó en su cayado y la miró como si fuera la criatura más extraña que hubiera pisado las Highlands.

—Entonces no os acerquéis vos a ellas —sentenció el hombre con un pragmatismo absoluto—. Ellas estaban aquí antes que vos.

Edith se cruzó de brazos.

—Pero yo necesito pasar. Y no me dejan.

—Ellas no os impiden pasar. Bordeadlas.

—¿Quiere que las bordee?

—Eso he dicho.

Por el amor de Dios, ese hombre era un cabezón. Aunque no era un anciano, sí era bastante mayor que ella, y Edith no estaba para perder el tiempo discutiendo con él. Al fin y al cabo, por mucho que lo intentaba, había gente con la que no se podía hablar.

—Está bien. —Edith levantó las manos en señal de rendición—. Voy a aplicar la técnica del desvío cognitivo. Yo las ignoro a ellas, y ellas me ignoran a mí. Energía neutra, Edith. Energía neutra.

Edith comenzó a rodear el rebaño por la cresta de la colina, caminando de puntillas sobre la hierba corta y la tierra seca. Se movía de lado, manteniendo una distancia de seguridad que ella consideraba terapéutica, mientras el pastor la observaba como si fuera un bicho raro.

—Eso es... respetando los espacios... Flujo de energía positivo... —susurraba para sí misma, evitando mirar a los ojos rectangulares de las ovejas.

Justo cuando estaba a punto de superar la oveja que ella consideraba la líder, el animal estiró el cuello y soltó un balido ensordecedor, un ¡BEEEE! que retumbó en todo el valle.

—¡Aaaaaah! ¡No me comas! —chilló Edith, perdiendo toda la energía neutra de golpe.

Se dio la vuelta y empezó a bajar la ladera a toda velocidad. Sus piernas se movían más rápido de lo que su equilibrio permitía, dando botes sobre el terreno irregular.

—¡Socorro! ¡Acoso animal! ¡Llamad al 112! —gritaba mientras descendía en una carrera suicida.

El impulso la llevó más allá de la base de la colina, irrumpiendo directamente en una zona llana y pisoteada. De repente, el silencio del campo fue roto por el clang-clang ensordecedor del acero contra el acero. Edith, incapaz de frenar, se plantó en mitad del campo de entrenamiento, donde una docena de hombres practicaban un combate a muerte simulado.

—¡Cuidado! —bramó una voz de mando.

El grito fue seguido por un silbido metálico. Una espada de acero de dos manos, pesada y afilada, salió volando tras un bloqueo mal ejecutado y pasó a escasos centímetros de la oreja de Edith, clavándose en el suelo a su lado con un zumbido vibrante. El susto fue el freno definitivo. Edith tropezó con sus propios pies y cayó de culo, sentada en mitad del círculo de guerreros sudorosos y armados que la contemplaban estupefactos.

Durante unos instantes que para Edith fueron eternos, el silencio fue absoluto.

—¿Son espadas de verdad? —preguntó, con el corazón en la boca y el trasero dolorido.

Con toda la dignidad que pudo, se levantó del suelo.

—Por supuesto que son de verdad, muchacha.

Edith levantó la vista para mirar al hombre que le había respondido.

El laird se encontraba frente a ella, respirando con fuerza, con el torso cubierto solo por una camisa de lino empapada en sudor que se pegaba a su piel como una segunda piel, y el kilt envolviendo su cintura con una rudeza imponente.

El día anterior, el pánico y la confusión no le habían dejado ver más allá de su tamaño imponente, pero ahora, bajo la luz del sol y a tan poca distancia, Edith se quedó petrificada. Aquel bárbaro con problemas de gestión de la ira estaba, objetivamente, buenísimo. Tenía una belleza cruda y peligrosa: un rostro curtido por el viento pero de una simetría perfecta, ojos verdes y profundos que parecían leerle el alma, y un cuerpo que, incluso bajo la camisa empapada, revelaba una musculatura escandalosamente bien definida. El *kilt*,

además, no dejaba nada a la imaginación, mostrando unas piernas curtidas que parecían esculpidas en roca.

Y era pelirrojo. A Edith nunca le habían gustado los pelirrojos, pero aquel hombre era la excepción que confirmaba la regla.

—Miradme a los ojos —ordenó él, provocando que ella se ruborizase.

—Es donde te estoy mirando —replicó Edith, aunque era una mentira; bueno, no del todo: ahora sí que lo hacía, aunque tenía que estirar el cuello, y ella no era especialmente bajita, pero aquel hombre era enorme.

—¡¿Sois consciente del peligro que acabáis de correr?! Podíais haber muerto. —Él lucía furioso—. ¿Cómo osáis meteros en medio del campo de batalla cuando estamos entrenando?

—Por muy realista que quieras hacer esta experiencia, no tiene ningún sentido que se usen espadas de verdad. Además, deben pesar un montón.

—¿Seguís confusa? —preguntó él, dando un paso hacia ella—. Habéis salido de la cama en camisón... —Se detuvo en seco, fijando la vista en su rostro como si acabara de ver un espectro—. ¿Y qué tenéis en la cara?

Edith se llevó la mano a la mejilla por instinto. Al apartarla, vio sus dedos manchados de un color verde pastoso y oscuro.

—¡Oh, no me fastidies! —gritó Edith, horrorizada—. Es el ungüento que me ha puesto esa curandera vuestra. Mairi me ha dicho que es para las heridas, pero esto es arcaico —se quejó con un resoplido—. Se me ha debido de correr por toda la cara. ¿Sabes lo difícil que es quitar las manchas de pigmento natural sin un buen agua micelar?

El laird no respondió. Soltó un bufido de impaciencia y, antes de que Edith pudiera reaccionar, la rodeó con un brazo de hierro y la cargó sobre su hombro como un saco de patatas.

—¡Oye! ¡Suéltame ahora mismo! —gritó Edith, golpeando su espalda con los puños—. ¡Esto es una agresión! ¡Exijo hablar con el responsable de recursos humanos! ¡Bájame, bárbaro de gimnasio!

Pero el laird no le hizo el más mínimo caso. Anduvo a paso rápido hasta llegar al patio de armas, y ella estaba tan cansada que

dejó de pelear. Notó cómo él entraba en la fortaleza y subía las escaleras de dos en dos, llevándola a ella como si no pesase más que una pluma.

Al llegar a la habitación, el laird abrió la puerta de un puntapié y la dejó sobre la cama con una suavidad que no parecía propia de un bruto como él.

—No salgáis de esta habitación hasta que no estéis recuperada —le ordenó.

Edith apoyó las manos sobre el colchón.

—Esto no tiene ningún sentido. Me estás secuestrando.

—¿Secuestrando? —repitió él, indignado—. Vuestro rey y el mío han decidido este matrimonio. A mí me gusta tan poco como a vos, pero ambos debemos obedecer.

—En serio… —comenzó, pero esta vez él hizo un ademán con la mano, impidiéndole hablar.

—Dos de mis guerreros van a vigilar vuestra puerta. Os quedaréis aquí dentro.

Edith lo miró en silencio. Aquello no tenía ningún sentido, pero una idea aterradora empezaba a abrirse paso en su mente: no podía ser una actuación. Nadie podría llevar una broma tan lejos. Era absurdo, estaba pasadísima de tuerca, pero las texturas, los olores y la falta total de tecnología empezaban a pesar más que su lógica.

Edith recordó las extrañas palabras que había escuchado en el círculo de piedras: «la brecha del tiempo». Se tocó el cuello por encima del camisón y notó el metal frío. Mierda, seguía ahí.

—¿En qué año estamos? —preguntó ella, con la voz apenas en un susurro.

El laird la miró aún más confuso, como si estuviera ante una criatura que acabara de caer del cielo.

—¿No sabéis en qué año estamos?

—Estoy empezando a tener dudas. Aunque es una absoluta locura.

Él se cruzó de brazos, bloqueando la puerta con su imponente figura.

—Estamos en el año de Nuestro Señor de mil doscientos doce.

—Mil doscientos doce —repitió Edith, sintiendo cómo todo el color desaparecía de su rostro.

No, no podía ser. No podía haber viajado en el tiempo. Aquello no tenía ningún sentido. Era fantasía. Esas cosas solo pasaban en las películas.

«No olvides que, estés donde estés, siempre debes ser fiel a tu instinto. No intentes entenderlo todo con la lógica; a veces, solo hay que hacer caso al corazón».

Las palabras que su abuela le había dicho hacía unas horas regresaron a su mente. ¿Podía ser...? ¿Podía ser cierto?

Pero el corazón de Edith latía en ese momento con una rapidez tan violenta que era incapaz de guiarla.

Entonces, antes de que pudiese articular palabra, una niña entró en la habitación por la puerta que había dejado el laird entornada. Era preciosa, con el pelo pelirrojo recogido en dos trenzas y un sencillo vestido de color verde que le llegaba hasta las rodillas.

—Maisie, no deberías estar aquí —dijo el laird con una dulzura que nunca antes había escuchado en él.

—Papá —lo saludó ella—. Me he escapado —reconoció con una sonrisa traviesa.

—¿Es tu hija? —preguntó Edith.

El laird no respondió. La niña avanzó con pasos lentos por la habitación. Se acercó a la cama y ladeó la cabeza hacia ella.

—¿Vas a ser mi nueva mamá? —le preguntó.

En ese preciso instante, el medallón que Edith llevaba al cuello reaccionó. Lanzó una chispa súbita, un destello de luz cálida y vibrante que iluminó la estancia por un segundo. Edith parpadeó, asombrada, pero, al mirar al laird y a la pequeña, entendió que aquello solo lo había visto ella. No era un fallo de su vista ni una alucinación por el golpe. Era una señal.

Lo que hizo que el último muro de su lógica se derrumbara. Aquella no era su época. No había cables, ni luces, ni una salida de emergencia que la devolviera al 2026. Estaba a siglos de casa, en un mundo de barro, acero y pactos de sangre.

Y entonces, al mirar los ojos expectantes de la niña, lo entendió: más allá de la historia, más allá del tiempo y del miedo, aquella pequeña la necesitaba.

En ese momento, Edith Lacy se dio cuenta de que ya no era una turista perdida. Ahora era una pieza clave en un juego que apenas empezaba a entender.

Capítulo 4

—Quería quedarme con ella —protestó Maisie mientras caminaba por el pasillo junto a su padre.

—Lady Edith necesita descansar —respondió él, acortando el paso para que la niña pudiera seguirlo.

—Ella me gusta —insistió Maisie, inclinando la cabeza hacia atrás para mirarlo—. ¿A ti te gusta?

Alaric se tensó. La pequeña solo tenía cuatro primaveras y siempre lanzaba las preguntas más directas en los momentos más inoportunos. Amaba a su hija, pero apenas sabía cómo tratar con ella. Con Baird, su hijo de siete años, era más fácil. Alaric sabía cómo criar a un niño, ¿pero una niña? Eso se escapaba de su raciocinio.

Contaba con la ayuda de su hermana Davina, pero ella ya tenía veinticinco años y el tiempo apretaba para que contrajera matrimonio. Davina estaba sacrificando su propio futuro por ayudarle a sacar adelante el castillo y a los pequeños, una deuda que Alaric sentía que pesaba cada vez más sobre sus hombros.

Por eso esperaba que Lady Edith se recuperase lo antes posible. Necesitaba que ella se hiciera cargo de todo: la fortaleza, de los niños y de ese vacío que Davina intentaba llenar sin éxito. En su mente de guerrero, las cosas debían ocupar su lugar natural, y el lugar de una señora era gobernar el interior del castillo para que él pudiera ocuparse de defender sus fronteras.

—Ella va a ser mi esposa y tu mamá —dijo como respuesta al ver que Maisie lo miraba con esos ojos grandes castaños que había heredado de su madre.

¿Le gustaba? No lo sabía. Lo cierto era que Lady Edith no era una inglesa al uso, ni siquiera una mujer corriente. Sus gestos, su

forma de hablar —tan directa y carente de la sumisión esperada— y esas actitudes extrañas lo desconcertaban profundamente.

Alaric prefería creer que todo aquello era fruto del ataque que había sufrido y del golpe en la cabeza; un rastro de locura pasajera que el reposo y los cuidados adecuados terminarían por sanar.

—¡Quiero una mamá! —Maisie dio un pequeño saltito de alegría.

—Maisie, ¿dónde estabas?

Davina apareció al final del pasillo, con los brazos cruzados y el rostro fruncido por la preocupación.

Llevaba el cabello pelirrojo recogido de forma apresurada y las mangas de su vestido remangadas, señal de que había estado supervisando las tareas de la cocina antes de notar la ausencia de la pequeña.

Al ver a Alaric junto a la niña, Davina suavizó un poco el gesto, aunque la tensión no abandonó sus ojos verdes.

—¡Tía! —Maisie corrió hacia ella—. He conocido a mi nueva mamá. —Se aferró a sus caderas, rodeándolas con los brazos.

—¿Ah, sí? —Davina acarició suavemente la cabeza de la niña y luego miró a su hermano—. Estaba en la cocina conmigo, pero se ha vuelto a escapar. Lo siento.

—No debes disculparte, Davina —dijo Alaric—. Tienes demasiadas obligaciones.

—Ya sabes que no me importa.

—Lo sé. Pero no es tu obligación, será la de Lady Edith.

—¿Está recuperada? —preguntó Davina, bajando la voz para que el eco no llegara a la alcoba—. He escuchado que ha montado un buen revuelo esta mañana. Los sirvientes no dejan de murmurar sobre sus ropas y sus gritos.

Alaric suspiró y se dispuso a responder con la crudeza que el asunto requería, pero se detuvo al ver a su pequeña hija mirándolo fijamente, con los ojos muy abiertos y atenta a cada una de sus palabras. No quería sembrar más dudas en el corazón de la niña.

—Solo necesita descanso. El golpe ha sido fuerte y su mente aún vaga por senderos confusos.

Hizo una seña a un par de guardias que aguardaban al final del corredor. Los hombres, curtidos y de rostros inexpresivos, se acercaron de inmediato, chocando sus botas contra la piedra.

—Aseguraos de que Lady Edith no salga de la habitación.

Los hombres asintieron.

—¿La vas a mantener prisionera? —le preguntó Davina.

Su hermana era tres años menor que él, pero siempre había sido muy responsable. Davina apenas tenía siete años cuando la madre de ambos falleció, y Alaric tenía la sensación de que su hermana había tenido que cargar con deberes que no le correspondían desde demasiado temprana edad.

—No. Ella es mi prometida, no es una prisionera. Pero hasta que se recupere es mejor que esté vigilada por su propio bien.

Davina no parecía muy segura, pero asintió.

—¿Puedo ir a jugar con Baird? —preguntó Maisie.

Alaric giró la cabeza para ver a la pequeña. Estaba de puntillas, apoyando sus manos en el alféizar de piedra de una de las estrechas ventanas que daban al exterior. Él también miró hacia abajo, donde la luz grisácea de la mañana bañaba de luz el patio de armas.

En la explanada, varios niños del clan, entre ellos su hijo, se perseguían y chocaban ruidosamente sus espadas de madera. Baird se movía con una seriedad impropia de sus siete años, concentrado en cada estocada. Alaric sonrió orgulloso; su hijo sería un gran guerrero.

—Las niñas no juegan con espadas —declaró con severidad, apartando la vista de la ventana.

Maisie hizo un mohín de disgusto y bajó los hombros, decepcionada por la negativa de su padre.

—Ven conmigo, pequeña —intervino Davina, ofreciéndole la mano con una sonrisa compasiva—. Vamos a por un poco de pan con miel.

Maisie aceptó la mano de su tía.

—¿Podemos darle también un trozo de pan a Baird? —preguntó la niña mientras se alejaba junto a su tía por el pasillo.

Alaric la observó marchar. La niña era compasiva, una virtud que había heredado directamente de su madre. No estaba seguro de

si aquello debía preocuparle en un mundo que devoraba a los blandos, incluso si eran mujeres, pero no tuvo tiempo para profundizar en sus pensamientos, porque, en cuanto sus botas golpearon el primer peldaño de la escalera de piedra, Tiernan lo interceptó.

—Tenemos problemas.

Alaric se pasó una mano por la cara, exhalando un suspiro cargado de cansancio.

—¿Ya te han llegado los rumores sobre el espectáculo que ha dado mi prometida esta mañana? —preguntó, esperando otra burla.

Tiernan esbozó una sonrisa de medio lado, negando con la cabeza.

—Acabo de regresar del bosque. He pasado la mañana inspeccionando el lugar de la emboscada, tal como ordenaste. Ni siquiera me he detenido en los establos; le he lanzado las riendas a un mozo y he entrado directo a la fortaleza. —Hizo una pausa, recuperando el aliento.

—Mejor así —asintió Alaric—. Entonces, ¿cuál es el problema que tanto te urge?

—Hablemos en la sala de armas. Aquí las paredes tienen demasiadas orejas.

Ambos cruzaron el Gran Salón, donde el olor a humo y juncos secos flotaba en el aire, hasta llegar a una pesada puerta de roble reforzada con herrajes de hierro. Alaric la empujó.

—Así que Lady Edith se ha paseado en camisón a la vista de todo el clan —dijo Tiernan al entrar, con una chispa de diversión en la mirada y una sonrisa torcida.

—¡Maldición! —gruñó Alaric, cerrando la puerta tras de sí—. Has dicho que acabas de cruzar el umbral del castillo.

Tiernan soltó una carcajada ronca que retumbó en la sala.

—Y así ha sido, laird. Pero ese rumor vuela más rápido que una flecha de las Highlands. Antes de que mis pies tocaran el suelo, ya me lo habían contado tres sirvientes y el mozo de cuadras.

—Todos deben pensar que está loca.

—¿Y no lo está? —preguntó Tiernan a la vez que se apoyaba contra la fría pared.

—No, no lo está. Solo está aturdida.

Tenía que ser así. Aunque estuviese loca, se tendría que casar con ella; claro que luego podía enviarla a un convento. Eso solucionaría muchos de sus problemas. Nadie podría desposarse de nuevo mientras Edith estuviese viva, pero tampoco tendría que lidiar con ella. Claro que entonces no podría ser la madre que sus hijos tanto necesitaban.

—La verdad es que un poco de locura no te va a venir mal —sugirió Tiernan.

Alaric puso los ojos en blanco.

—¿Qué es eso tan urgente?

—He ido con Adair y Finlo al bosque —comenzó Tiernan, nombrando a dos de sus guerreros—. Cuando hemos llegado, todo seguía igual, menos los baúles. No había rastro de ellos.

Alaric soltó un bramido.

Él tendría que haber regresado a sus obligaciones en cuanto dejó a Edith a buen recaudo en el castillo, pero la preocupación por aquella extraña mujer se lo había impedido. Se había quedado allí, inquieto, hasta que la curandera salió de la habitación. Solo cuando ella le aseguró que la joven no tenía nada grave, que solo era el agotamiento y el golpe, Alaric pudo respirar. Pero para entonces, ya era noche cerrada. Y regresar al lugar de la emboscada no tenía sentido.

Tiernan había ido al alba, pero era evidente que se les habían adelantado.

—¿Había huellas nuevas?

—No. No estoy seguro de que fuesen los mismos.

—¿Qué estás intentando decirme? ¿Que los bandidos entran y salen de mis tierras a su antojo?

Tiernan suspiró.

—Controlamos las fronteras, laird. He hablado con los guerreros que patrullan las tierras y aseguran que, aparte del séquito que acompañaba a tu prometida, nadie más ha entrado.

—Entonces tenemos a los bandidos dentro de nuestras tierras —concluyó Alaric, con una voz que presagiaba tormenta.

Tiernan negó con la cabeza, midiendo sus palabras.

—Dentro de los muros de la fortaleza, no. Y estoy bastante seguro de que en el pueblo tampoco se atreverían a ocultarse. Pero nuestros arrendatarios, los que trabajan los campos más alejados... Bueno, por esos no pongo la mano en el fuego.

Alaric tampoco lo haría. Llevaba siendo laird solo dos años. Su progenitor no había sido un mal hombre, pero el mando le había quedado grande en demasiadas ocasiones. Para mantener el favor del rey y que dentro de los muros de la fortaleza todo pareciera próspero, había asfixiado a impuestos a los hombres que trabajaban la tierra.

Él no cometería ese error. Había bajado los impuestos; él mismo había sacrificado su soltería para asegurarse de que ningún miembro de su clan sufriese. Pero sabía que había hombres que aún guardaban rencor.

Pero eso era algo que no iba a permitir.

—No podemos dejar que esto siga sucediendo —dijo Alaric—. Hay que encontrar a los responsables y echarlos del clan.

—Lo haremos —concordó Tiernan—. Pero ayudaría que hicieses un anuncio.

—¿Un anuncio? —preguntó Alaric, confuso.

—El rey nos ha exento de tributos, lo que te permite no cobrarlos a los más pobres. Y con el derecho de pasto en el valle de Spey lograremos la prosperidad que tu padre nunca alcanzó. Pero, para que todo eso se mantenga, tienes que cumplir tu parte: casarte con Lady Edith de Lacey.

—Lo sé, pero el sacerdote no ha llegado aún a nuestras tierras y ella debe recuperarse.

—No estoy diciendo que te cases ahora mismo. Lo que digo es que los miembros del clan aún no saben nada sobre la boda ni sobre la dote que Lady Edith trae. Ibas a hacer el anuncio en cuanto ella llegase, pero las cosas se torcieron en el camino.

Alaric guardó silencio, escuchando el crepitar de las antorchas.

—Ese anuncio calmará las aguas, Alaric —insistió Tiernan—. En cuanto el clan sepa que la unión con los De Lacey nos traerá oro y tierras, estoy bastante seguro de que los bandidos se marcharán por su propio pie al verse superados. Y, lo más importante: aquellos

hombres que estaban pensando en rebelarse contra tu mando no se atreverán a mover un dedo.

Alaric suspiró. Su segundo tenía razón.

—Lo haré, pero le daré un par de días para que se recupere.

Tiernan esbozó una sonrisa.

—Reconócelo, Alaric —dijo, dándole una palmadita amistosa en el hombro—. Tienes miedo de que el rey Juan la haya enviado para desestabilizar el clan.

—No tengo miedo a nada —gruñó Alaric, dando la espalda a Tiernan y saliendo de la sala.

Pero lo cierto era que no las tenía todas consigo.

Esa mujer era peligrosa. Y no lo era solo por sus actos impredecibles o por esa lengua afilada que no entendía de rangos, sino por algo mucho más difícil de combatir: su belleza. Una belleza que lograba desarmarlo más rápido que cualquier espada. Él había querido matar a todos los hombres por mirarla cuando ella se había paseado en camisón.

Por Dios, al final esa mujer iba a resultar ser una bruja que lo estaba embrujando.

Si el rey Juan buscaba sembrar el caos en su mente, no podría haber elegido un arma mejor.

Capítulo 5

—Si no salgo de estas cuatro paredes, voy a enloquecer —dijo Edith, sentada en el borde de la cama.

Había pasado tres días, con sus largas noches, encerrada allí. Días que le habían dado tiempo para pensar en su nueva situación. La gente no viajaba en el tiempo, pero ella lo había hecho. Y necesitaba regresar a ese círculo de piedras para encontrar la manera de volver a su época.

¿Cómo iba a sobrevivir en una época donde no había internet?

Aunque internet no serviría de nada, ya que no había electricidad; por el amor de Dios, si hasta había tenido que hacer las necesidades en un cubo de madera. Iba a tener suerte si no fallecía de una infección por falta de higiene básica.

—Podéis… puedes —se corrigió Marsaili, la curandera, recordando que Edith le había pedido una y otra vez que la tratase con cordialidad—. Salir de la alcoba. Estás curada y el laird lo ha permitido.

—No me puedo creer que necesite el permiso de ese bruto —bufó Edith.

Marsaili alzó los hombros.

—Es el laird. Todos necesitamos su permiso.

Edith suspiró.

—Es absurdo —insistió, frotándose las sienes—. Soy una mujer adulta, perfectamente capaz de tomar mis propias decisiones sin que un hombre en falda me dé el visto bueno.

—No lleva falda —replicó Mairi, la sirvienta, que se encontraba también en la alcoba doblando unas mantas con una parsimonia desesperante—. Es un *kilt*, con los colores del clan. Es un orgullo para cualquier hombre poder llevarlos.

Edith la miró y guardó silencio. La joven sirvienta tenía apenas diecinueve años y era, para su gusto, demasiado servicial. Le había cogido algo de cariño durante esos tres días de encierro, pero le quedó claro que no iba a poder contar con ella para que la ayudase a escapar. Mairi era una especie de fanática del laird; lo miraba como si fuera un dios bajado de las montañas y no el bruto que era.

—Ya no necesitas mis cuidados —decidió Marsaili—. Mas cualquier cosa que necesites, solo tienes que pedírmelo.

Edith la observó con detenimiento. Marsaili tenía su misma edad, pero, a diferencia de ella, ya tenía un futuro más que encarrilado y una posición inamovible en el mundo. Su madre había sido la curandera del clan y, aunque había fallecido hacía un año, le había transmitido todos sus secretos.

Todos en el clan la respetaban.

Claro que en esta época era mucho más fácil destacar; no había tanta competencia ni másteres de postgrado. Marsaili era la única curandera de la fortaleza.

—La verdad es que me gustaría aprender tu oficio —dijo Edith, levantándose de la cama.

Marsaili la miró como si le hubiesen salido dos cabezas.

—¿Por qué quieres eso? No es trabajo para una noble.

Edith siempre se olvidaba de que todos allí pensaban que ella era la hija de un barón inglés. La habían confundido con la verdadera prometida del laird y, de momento, había preferido no sacarles de su error.

—Me gustaría saber lo más básico. Empezando por recoger plantas —dijo, tratando de sonar casual—. Supongo que sueles ir al bosque a buscarlas, ¿verdad?

Marsaili asintió, pero su expresión se volvió cautelosa.

—Sí, mas dudo que el laird te permita cruzar los muros de la fortaleza todavía.

—Acabáis de recuperaros —intervino Mairi. Por más que Edith había insistido, la joven sirvienta se negaba a tratarla con la confianza que ella le pedía—. No podéis salir al bosque bajo ningún concepto.

Edith volvió a suspirar, ocultando su frustración. Necesitaba regresar al círculo de piedras; era la única manera de terminar con aquella pesadilla y encontrar el camino a casa. Disimuladamente, se tocó el medallón por debajo de la ropa, buscando el contacto frío del metal como si fuera un amuleto de cordura.

—Para ser inglesa, hablas muy bien el gaélico —comentó Marsaili, cambiando de tema con una intención evidente.

Edith abrió los ojos como platos. Hasta ese instante, sumergida en sus planes de fuga, no se había parado a pensarlo. Ahora que Marsaili lo mencionaba, se dio cuenta de que le estaban hablando en un idioma que no era el suyo y, sorprendentemente, era capaz de entenderlo y responder con absoluta fluidez.

Era un enigma total. Jamás había estudiado una sola palabra de gaélico. Era una pieza más en aquel rompecabezas de locura que la rodeaba.

—Supongo que tengo facilidad para las lenguas —logró improvisar, aunque por dentro su mente científica gritaba, buscando una explicación lógica.

¿Tal vez era aprendizaje acelerado por trauma? Aunque aquello no tenía ningún sentido.

—Me alegro de ello —dijo Mairi, dando un paso hacia Edith—. Porque yo no sé ni una palabra en inglés.

—Puedo enseñarte si quieres —se ofreció Edith.

Mairi la miró como si le hubiese dicho que quería enseñarle a sacar los ojos de las personas.

—No es necesario, milady. No es mi intención ir a Inglaterra jamás.

—A mí no me importaría ir —Marsaili se encogió de hombros—. Mi madre pasó unos años allí y aprendió mucho sobre curación con plantas.

Edith no dijo nada. Porque ¿qué iba a decir? No tenía la menor idea de cómo era Inglaterra en aquella época. A ella nunca le había interesado demasiado la historia, y ahora se culpaba a sí misma por ello.

—Voy a ir a cocina a pedir que te preparen un baño —dijo Mairi

Edith asintió. Necesitaba bañarse.

La joven sirvienta salió, pero la curandera se quedó un poco más, terminando de recoger sus utensilios.

—Gracias por cuidarme, sé que he sido una enferma muy mala —le dijo Edith.

Marsaili esbozó una sonrisa amable.

—Tiene que ser extraño para ti dejar todo lo que conoces para venir a vivir a unas tierras desconocidas para ti.

No lo sabía ella bien.

—No es fácil, no.

—Si puedo ayudarte a que sea más sencillo, no dudes en pedirme ayuda —le ofreció Marsaili antes de marcharse.

Edith llegó a pensar, aunque fuera por un segundo, que aquel viaje en el tiempo no era la peor de las tragedias. Al fin y al cabo, había encontrado personas amables como Marsaili y Mairi; con un poco de resiliencia y sus herramientas de adaptación, quizá podría sobrellevar la situación mientras encontraba el camino de vuelta.

Pero esa burbuja de optimismo estalló en cuanto la puerta de la alcoba se abrió de par en par.

Dos sirvientes aparecieron, cargando una enorme tina de madera reforzada con pesados aros de hierro. La dejaron caer con un estruendo en mitad de la habitación, y, tras ellos, una procesión de criados comenzó a entrar sin pedir permiso, vertiendo cubos de agua humeante que desprendía un olor intenso a hierbas silvestres y leña quemada.

Edith se quedó petrificada, observando el desfile.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Le están preparando el baño —dijo Mairi, que había entrado en la habitación y, con tanta gente dentro, ella ni se había dado cuenta.

No lo había pensado. Evidentemente, no había agua corriente.

—Claro —dijo Edith, porque algo tenía que decir.

Los hombres se marcharon de la habitación, pero tres sirvientas más Mairi se quedaron allí.

—Dejadme ayudaros a desvestiros —se ofreció Mairi, dando un par de pasos hacia ella.

¿Cómo? Vamos, lo que le faltaba ya... Que la manipularan como una muñeca.

—Gracias, Mairi, pero puedo hacerlo yo sola —declinó Edith con una sonrisa incómoda.

Mairi asintió con una paciencia que empezaba a poner nerviosa a Edith, pero ni ella ni las otras criadas se movieron un milímetro. Se quedaron allí plantadas, como estatuas, esperando una orden.

—¿Vais a quedaros aquí mirando mientras me baño? —preguntó Edith, incrédula.

—Vamos a bañarla, milady. Es nuestro deber.

Ah, no. Eso sí que no.

—Puedo bañarme sola. Marsaili ha dicho que estoy curada y mis articulaciones funcionan perfectamente.

—Lo sabemos, milady. Pero una dama de vuestro rango no debe bañarse a sí misma —Mairi lucía confundida—. ¿Acaso no es así en Inglaterra?

Edith suspiró. En la Inglaterra de su siglo, las mujeres se bañaban solas, a no ser que fuesen muy mayores o tuviesen una lesión medular, y ninguna de las dos cosas era su caso.

—Es una... una nueva tendencia —improvisó, tratando de sonar convincente—. En Londres ahora se lleva el Mindfulness Hidro-Autónomo. Es el último grito en la corte: si alguien te frota la espalda, se bloquean tus chacras y se altera el flujo de tu energía vital. Es una cuestión de... equilibrio emocional. Lavarse una misma es empoderador. Muy terapéutico.

Las mujeres la miraron como si estuviera recitando un conjuro en latín.

—¿Chacras? —repitió Mairi, confundida—. ¿Eso es una enfermedad inglesa?

Edith se mordió el labio inferior, procesando la información a la velocidad del rayo. Si quería privacidad, tenía que apelar al miedo primario de aquella época: el contagio.

—Eso es. Una dolencia de la corte —improvisó, poniendo una expresión de fingida preocupación—. No es mortal, pero pica horrores. Se manifiesta con unas erupciones horribles que te dejan

la piel como la corteza de un árbol viejo. Os aseguro que escuece todo el cuerpo y te salen costras que no se curan con ungüentos.

Las criadas intercambiaron miradas de pánico.

—Por suerte, ahora mismo no tengo brotes —continuó, bajando la voz como si revelara un secreto oscuro—, pero el mal sigue en mi sangre. Es la fiebre del rascado inglés. Se contagia sobre todo durante el baño, cuando el vapor abre los poros y el agua toca la piel de otra persona. Si me ayudáis, mañana estaréis todas rascándoos hasta sangrar.

Mairi dio un salto hacia atrás, chocando casi con la tina de madera.

—¿Se pasa por el agua? —preguntó con los ojos como platos, escondiendo las manos bajo el delantal.

—Como la sarna, pero peor —respondió Edith, señalando la puerta con autoridad—. Por vuestro propio bien, y para que no terminéis con la piel a tiras, es mejor que me dejéis sola. Yo me encargo de lavarme.

Mairi no esperó a que se lo dijeran dos veces. Hizo una señal rápida a las otras y salieron de la alcoba casi en estampida, cerrando la pesada puerta con un estruendo.

Edith soltó un suspiro de alivio.

Su madre siempre se quejaba de que era demasiado fantasiosa y que eso nunca le traería nada bueno. Por suerte para ella, su abuela siempre le había animado a ejercitar su imaginación, algo que ahora le estaba viniendo de perlas.

Edith pensó en su abuela y lo preocupada que estaría tras su desaparición. En esos momentos debían de estar en la estación de policía, queriendo llenar Escocia de fotografías con su cara. Tenía que buscar la manera de volver, pero, primero, tenía que bañarse. Empezaba a apestar.

Al sumergirse en la tina, el agua humeante la envolvió en un abrazo de calor que casi la hizo llorar de alivio. No había burbujas, ni sales de baño, ni velas aromáticas; el agua olía intensamente a tomillo, romero y al humo de la leña que la había calentado, pero para Edith fue el mejor spa del mundo.

Usó una pastilla de jabón que le habían dejado. Olía a rosas.

Cuando salió de la tina, se sintió limpia y fresca por primera vez en días y entonces cayó en la cuenta de que no tenía ninguna toalla para secarse. Así que usó lo único que tenía a mano: la manta de la cama. Era una pieza de lana gruesa que le había dado calor por las noches, pero para secarse resultaba áspera y terriblemente incómoda.

—Al final voy a acabar con los sarpullidos que me he inventado —se quejó, frotándose la piel con aquel tejido que parecía más una lija que una toalla.

La puerta se abrió y Mairi entró sola. Soltó un suspiro de alivio al ver que Edith ya no estaba en la tina, aunque se movía por la estancia esquivándola como si fuera el mismísimo diablo.

—¿Qué estáis haciendo? —le preguntó, manteniendo una distancia de seguridad prudencial.

—Intentando secarme —respondió Edith con ironía—, pero esta manta pica como si estuviera tejida con ortigas.

—Los ingleses sois muy extraños —Mairi frunció el ceño e hizo un gesto con su mano derecha—. Vamos, sentaos en el taburete al lado de la chimenea. El fuego os secará.

Edith suspiró. Lo cierto era que tenía sentido físico, aunque ella prefería mil veces un buen albornoz a quedarse sentada frente al fuego. No aguantaba un segundo más con aquella manta irritante, así que se la quitó y se acomodó en el taburete de madera. El calor de las llamas empezó a lamer su piel, evaporando la humedad y relajando sus músculos tensos.

Por el rabillo del ojo, vio cómo Mairi rebuscaba en el arcón de madera oscura.

—El laird ha pedido reunirse con vos —anunció la joven sin dejar de hurgar entre las telas.

—¿Él quiere verme? —preguntó Edith, enderezando la espalda.

—Así es.

Aquella era la mejor noticia que había recibido en tres días. Si Alaric quería hablar, Edith aprovecharía cada una de sus herramientas de persuasión psicológica. Tal vez pudiera convencerlo de que aquella conversación debía tener lugar fuera de los muros del castillo... En el círculo de rocas, para ser exactos.

Edith no sabía cuál era la manera de regresar a su tiempo, pero si ella había viajado en el tiempo allí, intuía que podría volver de la misma manera, ¿no?

—Está bien —dijo Edith.

Mairi sacó una falda de color verde oscuro y una camisa de lino del baúl. Sabiendo que no conseguiría nada negándose, Edith le permitió que la ayudara a vestirse. Bueno, eso y que tampoco estaba segura de ser capaz de hacerlo sola. Minutos después, estaba lista. La falda le caía hasta los tobillos, pesada y extraña, y no podía evitar sentirse disfrazada.

Mairi, sin embargo, la observó con evidente orgullo.

—Estáis preciosa. Solo os falta el manto con los colores del clan.

—¿El manto? —repitió Edith, frunciendo el ceño.

—Sí, el laird ha ordenado que lo llevéis puesto —confirmó Mairi, mientras sacaba del arcón una pieza de tela de lana gruesa, mucho más larga de lo que Edith esperaba.

Mairi se acercó y comenzó a maniobrar con la tela. No era una simple capa; era una tira interminable de cuadros en tonos verdes, negros y un rojo apagado que Mairi empezó a plegar con una destreza matemática sobre el hombro de Edith. La joven sirvienta pasó un extremo por debajo de su brazo, lo cruzó sobre el pecho y lo sujetó en el hombro izquierdo con un broche de plata maciza, pesado y labrado con motivos celtas.

—Supongo que no tendré que ponerme este manto todos los días —dijo Edith.

Mairi se encogió de hombros.

—No lo sé, milady.

—Espero que no. Es complicadísimo de poner.

Y encima era incómodo de narices.

—Aprenderéis. —Edith lo dudaba mucho, pero no replicó—. Sentaos de nuevo, voy a recogeros el pelo.

—Me gusta llevar el pelo suelto.

—Una dama debe llevarlo recogido —dijo Mairi—. El laird pensará que no he hecho bien mi trabajo si no os lo recojo.

Edith la vio tan preocupada que, con un suspiro, se sentó de nuevo en el taburete.

Mairi se puso manos a la obra con una agilidad sorprendente. Sus dedos se movían entre los mechones de Edith como si estuviera tejiendo una red. No hizo un moño aburrido y apretado; comenzó a crear una serie de trenzas pequeñas en los laterales que convergían en la nuca, entrelazándolas con una destreza que recordaba a los nudos celtas que decoraban las paredes.

Finalmente, recogió el resto del cabello en un moño bajo y firme, pero dejó algunos mechones estratégicos sueltos para que enmarcaran el rostro de Edith, suavizando la rigidez del peinado. Para rematar, sujetó el conjunto con un par de horquillas de madera tallada que Marsaili le había prestado.

—Ya está —dijo Mairi, dando un paso atrás.

Edith se lo agradeció, pero esperaba que no se convirtiese en un ritual matutino. Estuvo a punto de preguntar por el maquillaje hasta que se dio cuenta de que en aquella época no lo habían inventado, pero recordó que en las películas se pellizcaban la piel de los mofletes para darse un poco de color y eso es lo que hizo ante la mirada atónita de Mairi.

—¿Qué estáis haciendo, milady?

—Dar color a mis mejillas.

—¿Y por qué tenéis que darles color?

Edith decidió que era mejor dar por concluida esa explicación.

—Debería darme prisa, el laird me está esperando.

Mairi asintió. Por fin de acuerdo con algo que ella le decía.

Capítulo 6

Mairi la escoltó hasta el gran salón. Alaric aguardaba a solas y, en cuanto sus miradas se cruzaron, la sirvienta desapareció sin hacer ruido.

Edith se fijó en un detalle: los colores de él eran idénticos a los de su propio manto.

—Vamos conjuntados —soltó ella.

Sabía que era una tontería, pero el silencio la ponía nerviosa. Alaric entrecerró los ojos y la recorrió de arriba abajo, despacio, sin decir una palabra.

Ella pensó que la estaba evaluando, pero en lo único en lo que podía pensar Alaric era en lo bella que estaba portando sus colores. Él había yacido con mujeres bellas, pero nunca había conocido a una tan hermosa como ella. Con ese cabello rubio y esos bonitos ojos azules color cielo, parecía un ángel. Se preguntó a sí mismo cómo haría para no yacer con ella, cómo lograría controlarse una vez casados.

Ese era el mayor reto al que se enfrentaría en su vida. Él era un hombre disciplinado, versado en el arte de la guerra, pero esa mujer lo ponía a prueba. Pero él no se arriesgaría a dejarla encinta. No quería creer en maldiciones, eso era algo de hombres débiles y él no lo era. Pero, aun así, no arriesgaría otra vida.

—Parecéis recuperada, Lady Edith —la saludó él, levantándose del banco de madera en el que estaba sentado.

—No es necesario que me hables con tanta cordialidad —le pidió ella. Alaric asintió; a fin de cuentas, iban a casarse—. Me han dicho que quieres hablar conmigo.

—He ordenado que te traigan a mi presencia, pero no hay nada de lo que tengamos que hablar.

Edith frunció el ceño y cruzó los brazos por encima del pecho. Él la observó en silencio, pensando que enfadada estaba aún más bella.

—Por supuesto que tenemos mucho de qué hablar —insistió ella.

—No lo creo.

Edith pensó que era el hombre más burro que había conocido en toda su existencia. Pero ella jugaba en desventaja, así que tenía que intentar razonar con él.

—Y si no es para hablar, ¿para qué me has hecho llamar?

Alaric le hizo un gesto con la mano.

—Acompáñame.

Aunque podía sonar como una petición, era una orden, algo que a Edith le quedó claro. Entre otras cosas, porque él no esperó a que ella respondiese para empezar a andar.

A pesar de que no le gustaba que nadie le diera órdenes, y menos ese bárbaro con falda, lo siguió fuera del gran salón. Recorrieron el pasillo hasta la puerta del patio de armas, pero Alaric se detuvo en el primer escalón. Edith casi se desmaya del impacto.

El patio estaba abarrotado. La gente no atendía sus quehaceres diarios; estaban amontonados, hombro con hombro, esperando en un silencio expectante. Cientos de ojos se clavaron en ellos al unísono.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó ella, desconcertada.

Pero antes de que Alaric pudiese responderle, un hombre se acercó a ellos. Edith lo reconoció: era el joven rubio que acompañaba a Alaric el día en el que los conoció a ambos.

—Ya están todos reunidos —le dijo a Alaric.

Este asintió.

El hombre miró a Edith.

—Soy Tiernan, es un placer volver a veros.

Él extendió la mano, pero Edith no la estrechó; estaba demasiado confundida. De pronto, sintió un pequeño apretón. Al bajar la vista, se encontró con la sonrisa de la pequeña Maisie.

—¿Ya no estás enferma? —le preguntó la niña, con una preocupación que a Edith le pareció adorable.

—No, ya estoy bien.

Junto a la pequeña aguardaba una mujer pelirroja que le sonreía y, a su lado, un niño rubio que parecía sumamente aburrido.

—Soy Davina, milady —se presentó ella—. La hermana de Alaric. Y este es Baird, su hijo mayor.

El niño ni siquiera la miró.

—¿Por qué estamos aquí arriba mientras el resto nos mira desde abajo? —le susurró Edith a la mujer.

—¿No lo sabéis? —preguntó Davina, extrañada.

—No tengo la menor idea.

Davina la observó durante unos instantes. Sus ojos verdes se estrecharon levemente y pareció cautelosa, como si estuviese pensando las palabras que iba a decir, pero antes de poder pronunciar ninguna de ellas, Alaric soltó un silbido que cortó el aire, acallando cualquier sonido.

Edith vio por el rabillo del ojo cómo Tiernan se colocaba al lado del niño y le revolvía el pelo.

Alaric tenía dos hijos. Era algo que a ella no debería importarle, pero por alguna razón lo hacía. Pero no pudo seguir dándole vueltas a ese pensamiento porque él comenzó a hablar.

—Os he reunido aquí porque tengo un anuncio importante. Os habréis preguntado por la presencia de Lady Edith de Lancey en nuestras tierras.

—Solo Lancey —susurró ella.

Alaric frunció el ceño, pero no se detuvo.

—Es mi prometida —continuó.

Un murmullo de sorpresa recorrió el patio como una ráfaga de viento.

—¡Es una inglesa! —gritó una voz desde la multitud.

—Es una dama —replicó Alaric con voz de trueno—. Y dejará de ser inglesa en el preciso instante en que sea mi esposa. A partir de ese momento, su sangre será de las Highlands.

Edith no pudo evitar poner los ojos en blanco, porque aquello era una estupidez. Ella no podía dejar de ser inglesa; en todo caso, tendría doble nacionalidad. Aunque no sería posible, ya que Escocia pertenecía al Reino Unido. En su época, claro, en la época a la que

ella pertenecía, porque en aquella eran países independientes. Un momento... ¿era ella una inmigrante ilegal?

—¡Ella es una highlander! —gritaron en coro los presentes, sacándola de sus absurdos pensamientos.

—Nuestra unión será muy beneficiosa para el clan —declaró Alaric—. Mi prometida posee una gran dote.

«¡Qué declaración más romántica!», pensó Edith. Pero cuando Alaric guardó silencio para mirarla y escuchó la risa ahogada de Tiernan, se le heló la sangre. Lo había dicho en voz alta. Por suerte, no lo suficiente para que la escucharan en el patio, pero sí para que los que estaban en el escalón se enteraran de su sarcasmo.

Alaric frunció el ceño, una advertencia silenciosa grabada en su rostro, pero volvió a dirigir la mirada a los presentes. Su voz, grave y potente, resonó en cada rincón del patio de armas.

—La trataréis con el mismo respeto que me tratáis a mí. —Hizo una pausa dramática, barriendo la multitud con la mirada—. Quien ose alzar la voz o la mano contra ella estará alzándola contra su laird y asumirá las consecuencias.

El silencio se rompió cuando el pueblo comenzó a corear el nombre de Edith. Ella, abrumada, levantó la mano que le quedaba libre y saludó con la elegancia de una princesa, aunque la bajó de golpe un segundo después. ¿Qué narices estaba haciendo?

Alaric la observó con curiosidad. A su lado, Maisie soltó su mano para imitar el saludo de Edith, agitando el brazo con entusiasmo. A Edith le hizo tanta gracia que soltó una risita. Y para Alaric, aquel sonido fue la melodía más bella que había escuchado en su vida.

Alaric le sujetó la muñeca, obligándole a que ella girase la cabeza para mirarle.

—Es el momento de sellar el pacto ante todos —le dijo.

Edith parpadeó, confundida.

—¿Sellar el pacto? ¿Qué quieres decir?

Colocó la mano libre en la nuca de ella, acercando su rostro al de él. Ella se dio cuenta de lo que iba a hacer y negó con la cabeza.

—No te atrevas a hacerlo.

Como respuesta, él acercó sus labios a los de ella.

—No te he dado permiso y…

El resto de su réplica se perdió en la boca de él. Alaric la besó, un reclamo salvaje y rotundo que acalló cualquier sonido en el patio. Debía ser un beso corto, un sello simbólico ante su clan, pero la suavidad de los labios de Edith y la calidez de su respuesta, aunque renuente al principio, lo embriagaron. Sus manos se aferraron a su cintura, atrayéndola aún más hacia sí, mientras ella, atrapada entre el acero de su abrazo y el calor de su boca, sintió que el mundo se desvanecía.

Edith quería resistirse, pero su cuerpo no la obedecía. Nunca la habían besado de esa manera, con una intensidad que amenazaba con devorarla. Jamás había sentido ese calor líquido prendiendo fuego a su sangre ni esa debilidad traicionera en las rodillas que la obligaba a aferrarse a los hombros de Alaric para no caer.

Por un instante, olvidó que estaban besándose en presencia de cientos de personas.

Cuando Alaric finalmente la soltó, lo hizo despacio, rozando sus labios una última vez antes de separarse. Edith parpadeó, aturdida, con la respiración entrecortada y los labios encendidos. El silencio en el patio era absoluto; hasta el viento parecía haberse detenido.

—El sacerdote que ha enviado el rey llegará en dos días y entonces nos casaremos —anunció Alaric.

El patio estalló en vítores y aplausos, pero para Edith, aquel estruendo fue el jarro de agua fría que la devolvió a la realidad. Se le vaciaron los pulmones.

No podía casarse con ese hombre; ella no iba a casarse con nadie.

Alaric entró en el castillo tras el anuncio y ella lo siguió a toda prisa, interceptándolo antes de que alcanzara el gran salón. Por el rabillo del ojo, vio a Tiernan acercándose, pero este se detuvo al ver la tormenta en el rostro de Edith y ordenó a los criados que les dieran privacidad.

Se quedaron solos en el pasillo. Alaric se detuvo y se giró hacia ella con una calma exasperante.

—No vamos a casarnos —le dijo, cruzándose de brazos.

Alaric la miró con cansancio, como si fuera una niña pequeña con una rabieta.

—No podemos ir contra los deseos del rey, Edith.

Los deseos del rey le importaban un comino. Pero, dadas sus circunstancias, Edith decidió guardarse aquella opinión para sí misma.

—No tienen por qué enterarse.

Él la miró como si le hubiesen salido cuernos y se le hubiese puesto la cara verde.

—Si temes la maldición, puedes estar tranquila: no yaceré contigo.

—¿Maldición? —Edith arrugó el ceño y descruzó los brazos—. ¿Pero de qué sandeces estás hablando ahora?

—Cuida tu tono, muchacha —le advirtió Alaric. Dio un paso hacia ella, tratando de intimidarla con su altura, pero Edith no retrocedió ni un milímetro—. Soy tu prometido y tu laird. Me debes respeto.

—El respeto se gana, Alaric. Y tú no has hecho nada para ganártelo.

Alaric alzó una ceja, descolocado. Aquella joven le irritaba y le atraía a partes iguales.

—Soy tu prometido; es suficiente para que me respetes.

—Yo no he aceptado ser tu prometida.

Alaric soltó un sonoro suspiro y echó la cabeza hacia atrás, mirando hacia el cielo.

—Muchacha, estás decidida a hacerme perder la cordura.

—Nada más lejos de mi intención, laird.

Alaric la miró.

—¿Y entonces cuál es vuestra intención?

—Haceros entender que no podemos casarnos.

Alaric se pasó una mano por la cara, exhalando un suspiro de cansancio.

—Mi clan necesita este matrimonio y tú también lo necesitas, Edith.

—¿Yo? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—Tras la muerte de tu padre, y sin ningún familiar varón que te reclame, estás bajo la tutela del rey Juan. Él te ha enviado aquí para casarte conmigo; si no lo haces, te matará.

Edith abrió los ojos de par en par, retrocediendo un paso. El color desapareció de su rostro. Alaric se quedó helado. Su intención era recordarle la realidad de su situación, pero la expresión de terror de ella le gritó la verdad: era la primera vez que lo escuchaba.

Edith tragó saliva, pero su horror no era por ella misma, como él pensaba, sino por la verdadera Edith. No sabía qué había ocurrido con ella. ¿Tal vez había viajado al futuro y ahora estaba perdida en la excursión de ancianos?

Edith esperaba que fuese así.

—Te estoy ofreciendo mi protección —insistió él, acorralándola contra la piedra fría—. Un hogar.

—¿Y si no lo quiero?

—¡Por los clavos de Cristo, mujer! No puedes elegir.

—Entonces no me lo estás ofreciendo —replicó ella, desafiante —. Me lo estás ordenando.

Al terminar la frase, Edith se pasó la lengua por el labio inferior, un gesto nervioso que Alaric interpretó como la provocación definitiva. Él bajó la mirada hacia su boca y la paciencia que le quedaba se hizo añicos.

Acortó la distancia y volvió a besarla. Esta vez, sin embargo, Edith no opuso resistencia. Sus labios, que un segundo antes escupían fuego y desafíos, se entreabrieron bajo los de él, rindiéndose a una marea de sensaciones que no podía controlar.

Alaric soltó un gruñido sordo y la estrechó con más fuerza contra la pared, hundiendo sus dedos en su cabello.

El beso se volvió exigente, una marea que amenazaba con arrastrarlos a ambos. Alaric la reclamaba con una urgencia que Edith no sabía que existía, y ella, lejos de huir, se pegó a su pecho, buscando ese calor que le quemaba la piel. Sus dedos se enredaron en el cabello de Alaric, tirando de él para no dejarlo escapar, mientras el aire empezaba a faltarles y el pasillo parecía desaparecer a su alrededor.

De pronto, como si hubiera recibido un impacto, Alaric se separó bruscamente.

La soltó tan rápido que Edith tuvo que apoyarse contra el muro para no tambalearse. Él retrocedió un par de pasos, con el pecho

subiendo y bajando con violencia y los ojos encendidos de una furia que esta vez parecía dirigida contra sí mismo.

—¡Maldita sea! —soltó un juramento entre dientes, apretando los puños.

Sin dedicarle una segunda mirada, se dio la vuelta y se alejó por el pasillo a grandes zancadas, dejándola sola en el silencio de piedra. Edith se quedó allí, con el corazón martilleándole en las costillas y los labios pulsando de deseo. Estaba completamente confundida. No sabía si quería salir corriendo tras él para golpearlo o para que volviera a besarla.

Capítulo 7

—Es para ti —dijo Maisie con su vocecita infantil, extendiendo un ramo de margaritas algo estrujadas.

Habían pasado dos días desde el anuncio del compromiso. Desde aquel momento, la niña intentaba pegarse a ella cada vez que podía. Algo que al principio a Edith le había incomodado un poco; a ella no le gustaban mucho los niños. Y era evidente que aquella pobre niña estaba buscando una figura materna, algo que ella no podía ser. Pero Edith no había podido evitar cogerle un cariño especial a Maisie; de hecho, habían congeniado desde el primer momento. La niña era inteligente y divertida, y también tenía una parte dulce que a Edith le resultaba encantadora.

También le sorprendía la actitud del resto del clan. Todos se mostraban amables, saludándola con respeto cuando se cruzaba con ellos en el patio o los pasillos.

—Gracias, cariño —le respondió Edith, tomando las flores.

La niña echó a correr de nuevo por el prado, encantada. Edith volvió a sentarse en la manta junto a Davina, que no paraba de mover las manos con agilidad mientras tejía. Davina había intentado convencerla para que aprendiera a hilar la lana, pero Edith, que ni siquiera sabía coser un botón, se había negado.

—Sigo pensando que deberías probarlo —insistió Davina sin levantar la vista de la labor—. Es muy relajante.

—No necesito relajarme más —respondió Edith, recorriendo el horizonte con la mirada—. Es lo único que hago en todo el día.

El paisaje era impresionante y el sol de primavera invitaba a disfrutarlo, pero ella no estaba hecha para la contemplación. Acostumbrada al ritmo frenético de su vida anterior, aquel remanso de paz le resultaba asfixiante.

—En mi casa siempre había algo que hacer —continuó, jugueteando con una brizna de hierba—. Aquí siento que los minutos pesan una tonelada.

Davina soltó una risita, sin dejar de mover el huso con destreza.

—Eso es porque aún no te sientes parte de este lugar. En cuanto seas la señora del clan, te faltarán horas para organizar las despensas, supervisar las cocinas y lidiar con los problemas de las mujeres del clan.

—Tú haces todo eso y aún te sobra tiempo para estar aquí conmigo.

Davina levantó la vista, dejando su labor por unos instantes.

—Soy la hermana del laird, no su esposa. Hay muchas labores que solo podrás realizar tú. Yo solo estoy ayudando a mi hermano. Pero tengo que reconocer que es un trabajo laborioso; me alegro de que pronto te encargues tú.

Al contrario de lo que le pasaba con su hermano, que la sacaba de sus casillas, Davina le caía bien. Tenían una edad parecida y, a pesar de que Edith era consciente de que no tenían mucho en común, había sido encantadora con ella desde el primer momento.

Se había ofrecido a ayudarla a adaptarse, explicándole con paciencia las costumbres del lugar, cómo debía comportarse y hasta detalles tan básicos como la forma correcta de vestirse o dirigirse a los demás.

—No creo que te libres del trabajo tan fácil —suspiró Edith, tumbándose sobre la manta.

Davina arqueó una ceja.

—¿Aún sigues con esa necia idea de no casarte?

—No estoy hecha para el matrimonio.

—Es nuestra obligación casarnos jóvenes. Y tú ya no eres tan joven.

Edith contempló el cielo despejado durante unos instantes en silencio. A sus veinticuatro años, en su mundo, se sentía casi una cría, pero en las Highlands estaba a un paso de quedarse para vestir santos.

Se incorporó de nuevo, apoyando las manos sobre la manta, y miró a Davina, que seguía tejiendo con destreza.

—Tú tampoco estás casada.

—No, pero lo estaré pronto. En cuanto os caséis, mi hermano me buscará un marido. Probablemente alguien de fuera, un hombre cuya unión sea beneficiosa para el clan.

—¿Y no te importa? —preguntó Edith, arrugando el entrecejo—. ¿Que te entregue como si fueras una moneda de cambio?

Davina la miró con una serenidad que a Edith le resultó inquietante.

—Es mi destino ser útil al clan, Edith. Y es un orgullo para mí. Sé que mi hermano elegirá bien. Él es un hombre justo. Y además ansío tener mi propia familia. ¿No lo ansias tú también?

—¿Tener hijos?

—Sí. ¿No ansias tener varios hijos?

Edith había dado por hecho que algún día tendría hijos. Quizás a mediados de sus treinta. Probablemente solo uno, para cumplir con su deber en la sociedad. Lo cierto es que nunca había tenido demasiado instinto maternal. Pero claro que aún era muy joven; no había tenido prisa. Primero estaba su carrera, sus sueños laborales, viajar y disfrutar.

—Supongo que no es algo en lo que he pensado mucho —reconoció.

Davina se mordió el labio inferior.

—¿Es por miedo a la maldición? —susurró, bajando la voz.

Otra vez la dichosa maldición. No solo se lo había escuchado a Alaric; también había pillado murmullos cuando pasaba cerca de los sirvientes, aunque hasta ese momento no les había dado ninguna importancia. En su mundo, las maldiciones eran para las novelas góticas o las funciones de teatro, no para la vida diaria.

—Esa palabra se repite demasiado por aquí —dijo Edith, dejando a un lado la margarita que sostenía en su mano derecha—. Tu hermano también la mencionó. ¿De qué se trata exactamente? ¿Es algún tipo de superstición local?

Davina suspiró.

—Aunque no lo reconozca, mi hermano está empezando a creer en ello. No sé si te lo han dicho, pero Alaric ha estado casado dos veces y sus dos mujeres fallecieron.

Edith se había imaginado que era viudo. Además, en aquella época no era algo tan extraño; la muerte acechaba en cada esquina. Pero no sabía que lo era por partida doble.

—¿Enfermaron? —indagó ella.

—En los dos casos fue lo mismo —Davina bajó la voz para asegurarse de que nadie las escuchaba—. Unos meses después de dar a luz. Maisie y Baird son de madres diferentes, Edith. Las dos murieron de la misma forma poco después de traerlos al mundo.

—Qué pena —murmuró Edith—. ¿Y de qué enfermaron?

—Locura.

—¿Cómo dices?

—Poco después de dar a luz, ambas enloquecieron y se quitaron la vida.

«Psicosis posparto», pensó Edith de inmediato. «O una depresión posparto severa no tratada».

Qué mala suerte que les sucediese a las dos.

—Estoy segura de que no se trata de ninguna maldición —dijo Edith.

—Yo tampoco —respondió Davina—. Por eso no debes temer tener hijos con mi hermano.

Edith se encogió de hombros.

—No tengo ningún temor.

Davina dejó de tejer y la miró en silencio durante unos instantes con una intensidad que Edith no comprendió. Parecía que estaba buscando algo en su rostro. ¿El qué? Edith no tenía la menor idea.

—Me alegra escuchar eso —dijo finalmente. Fue a añadir algo más, pero Maisie la interrumpió.

La pobre niña tenía la cara roja y los ojos llorosos.

—¿Qué te pasa, cariño? —preguntó Edith, abriendo los brazos para recibir a la pequeña, que se hundió en su regazo.

—¡Quiero jugar con las espadas de madera, pero Baird y sus amigos no me dejan! —sollozó la niña.

Edith giró la cabeza. A unos metros, Baird y tres amigos blandían espadas de madera, gritando como si estuvieran en una incursión. A Edith le horrorizaban los juegos de guerra —demasiada

validación de la agresividad—, pero entendía que en esa época no había mucho más que hacer.

—Ellos se lo pierden —la consoló Edith, limpiando una de sus lágrimas con el dorso de sus dedos—. Podemos quedarnos aquí en la manta y...

—¡Pero yo quiero luchar! —insistió la niña con un zapateo firme.

Edith suspiró, dejando a un lado su intento de meditación. Se levantó de la manta y se ajustó el manto del clan sobre los hombros.

—Está bien.

Davina las miró, pero no se levantó.

Cogió de la mano a la niña y se dirigió hacia los niños, parándose a su lado. Los niños estaban tan entretenidos jugando que no las vieron.

Edith carraspeó, pero no obtuvo ninguna respuesta.

—¡Yo también quiero jugar! —gritó Maisie, que no era tan conciliadora como ella.

Los niños dejaron de jugar para mirarla.

—No puedes jugar. No tienes una espada —le dijo su hermano.

—Déjale la tuya entonces —sugirió Edith.

El niño la miró horrorizado, apretando el trozo de madera contra su pecho.

—La he tallado con mi padre, es mía.

—Maisie es tu hermana pequeña, debes compartir tus juguetes con ella —le explicó Edith con paciencia.

Baird negó con la cabeza.

—No quiero.

Vaya, al parecer, hasta a los niños de la Edad Media les costaba compartir. Eso era algo en lo que, desgraciadamente, no se había avanzado mucho.

Edith inspiró una bocanada de aire y soltó la mano de Maisie para inclinarse hacia Baird.

—Tienes que aprender a compartir, Baird —comenzó con suavidad—. Escúchame: un buen guerrero no es solo el que mejor golpea, sino el que sabe cuidar de los suyos. Si dejas que Maisie practique contigo, ella se hará fuerte y algún día podrá cubrirte las espaldas en el bosque. Si la dejas sola, no tendrás un aliado;

tendrás a alguien enfadado contigo. ¿No es mejor tener una guerrera a tu lado que una niña llorando?

Baird la miró con sorpresa; en realidad, todos los niños lo hicieron.

—Las niñas no pueden ser guerreras.

—Claro que pueden —respondió Edith con paciencia.

—No, no pueden —dijeron los otros tres niños en coro.

—¡Yo quiero ser una guerrera! —gritó Maisie, blandiendo un puño invisible y mirando a Edith con adoración.

—La violencia no es la respuesta —la instruyó Edith—. Pero no tiene nada de malo que aprendas a defenderte.

—Yo la defenderé —dijo Baird.

—Yo me quiero defender sola —respondió Maisie, sacando la lengua a su hermano.

Edith miró a la pequeña con severidad.

—No te burles de tu hermano, Maisie. La asertividad no requiere mala educación —la riñó.

Baird, harto de una conversación que no entendía, les dio la espalda y volvió a su simulacro de batalla con sus amigos. Edith suspiró, viendo cómo el diálogo caía en saco roto.

—Baird, presta la espada a tu hermana. Solo diez minutos —insistió ella.

El niño no le hizo el menor caso, lanzando una estocada al aire con una risotada. Edith se frotó la sien. Había pasado años estudiando técnicas de mediación y resolución de conflictos, pero con los niños no siempre se podía llegar a un acuerdo mediante el diálogo. A veces, se necesitaba una intervención directa.

Aprovechando que Baird estaba distraído en mitad de una estocada, Edith dio un paso al frente con una agilidad que le sorprendió a sí misma. En un movimiento rápido y preciso, le arrebató la espada de madera de las manos antes de que el niño pudiera siquiera parpadear.

—¡Devuélvemela! ¡Es mía! —protestó Baird, quedándose con las manos vacías y la boca abierta.

—Ya verás cómo te sientes mejor después, cuando te des cuenta de que tu hermana ha disfrutado con tu espada —dijo Edith

con una calma que irritó al niño—. Te va a sentar bien compartir, Baird. Es un ejercicio de generosidad.

—¡No es verdad! —se quejó él, pataleando en el barro—. ¡Compartir es un asco!

Edith ignoró la rabieta y le entregó la espada de madera a la pequeña Maisie. Sin embargo, en cuanto la niña intentó unirse al juego, los otros tres niños se cruzaron de brazos y le dieron la espalda, negándose a jugar con ella.

Maisie hizo un mohín de pura tristeza y estuvo a punto de soltar la espada. Pero Edith no estaba dispuesta a permitir que aquellos niños abusones y cabezones ganaran. Con un movimiento rápido, le arrebató la espada a otro de los niños, que la miró con una sorpresa monumental.

—Si ellos no quieren jugar, jugaremos nosotras —decidió Edith. Sostuvo la espada de madera con ambas manos y dio un paso atrás, colocando los pies separados como buenamente pudo. Alzó el arma frente a ella, imitando una postura de combate que había visto en alguna de aquellas películas de guerra que a Oliver le gustaba ver—. Juega conmigo, Maisie.

Por el rabillo del ojo vio cómo los niños se marchaban, pero ni siquiera les prestó atención, porque a ella solo le importaba la pequeña Maisie.

La niña ahora esbozaba una gran sonrisa, animada por la iniciativa de Edith. Alzó su espada de madera y golpeó la suya con la de Edith.

—¡Serás una buena guerrera! —le dijo Edith.

Los ojos de Maisie se iluminaron.

Ambas empezaron a dar vueltas por el prado entre risas. Hacía tiempo que no se lo pasaba tan bien y la niña parecía encantada, pero el momento fue interrumpido por una voz masculina y grave que Edith empezaba a reconocer.

—¡Por los clavos de Cristo!, ¿qué estás haciendo?

Edith se giró para ver a Alaric junto a su hijo y los otros tres niños, mirándola.

—Estamos jugando a las guerras, padre —exclamó Maisie, agitando su espada con entusiasmo.

Alaric se detuvo en seco, cruzando los brazos sobre su pecho. Su sombra cubrió a la niña por completo.

—Las niñas no juegan con espadas —sentenció con una voz que no admitía réplica—. Te lo he dicho muchas veces, Maisie.

—Pero Lady Edith dice que las niñas también pueden ser guerreras —replicó la pequeña, buscando refugio tras las faldas de lana de la inglesa.

Alaric desvió su mirada hacia Edith, una mirada cargada de una severidad que habría hecho temblar a cualquier guerrero del clan, pero no a ella.

—No, no pueden —reiteró él, tajante.

—Las niñas pueden ser lo que ellas quieran —respondió Edith con la barbilla bien alta. Sin pensárselo dos veces, levantó la espada de madera que le había quitado al niño y señaló directamente al pecho de Alaric.

Este enarcó una ceja, sorprendido por la audacia de la mujer y por la punta de madera que rozaba su camisa de lino.

—Lady Edith, os estáis extralimitando —dijo él, usando una palabra que sonó pesada y peligrosa en el silencio del patio—. Os tomáis libertades que no os corresponden en mi hogar.

—En absoluto —contestó ella, sosteniendo la espada de madera con firmeza y sin desviar la vista de esos ojos verdes—. Solo le estoy enseñando a tus hijos valores fundamentales.

Alaric soltó una risa seca, carente de humor.

—¿Y qué valores son esos, milady?

—A compartir y a valerse por sí mismos.

—Lo único que has enseñado a mi hija de momento es a desobedecerme.

—Quiero que me devuelva la espada —exigió Baird, interrumpiéndoles.

Edith miró al niño.

—Un guerrero no corre a su padre para que le ayude —dijo—. Eso es de cobardes.

El rostro blanquecino de Baird se volvió rojo e hizo un mohín, enfadado.

—No soy un cobarde.

—Yo creo que sí —replicó Edith—. Los valientes no se chivan. Los valientes juegan con su hermana pequeña.

—¡Pero yo no quiero jugar con una niña! —se quejó Baird, pataleando sobre la tierra seca.

—Esa niña es tu hermana.

—Lady Edith —la llamó Alaric, su voz bajando una octava, cargada de una advertencia que hizo que los vellos de la nuca de Edith se erizaran—. ¿Queréis dejar de discutir con mi hijo y prestarme atención a mí?

—No estoy discutiendo con él —comenzó a decir Edith, aunque se interrumpió a sí misma al darse cuenta de que, efectivamente, acababa de ponerse al nivel madurativo de un niño de ocho años.

—Davina —llamó Alaric con una voz que cortaba el aire.

La joven, que hasta entonces había permanecido en un segundo plano, se levantó de su manta con una parsimonia estudiada. Dejó a un lado su labor de costura y se acercó a ellos con una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—Encárgate de los niños —ordenó Alaric sin mirarla, manteniendo su atención fija en Edith.

—Está bien —respondió Davina, lanzando una mirada fugaz y gélida a Edith antes de rodear a los pequeños con un gesto falsamente maternal.

—Venid conmigo, Lady Edith —le ordenó Alaric.

—¿Adónde? —preguntó Edith con desconfianza, plantando los pies en la tierra seca. Su instinto de defensa personal se activó; en su mundo, que un hombre de casi dos metros le ordenara seguirlo sin dar explicaciones era una bandera roja de manual.

Pero Alaric ya no estaba para debates dialécticos. Se había cansado de las palabras, de las teorías y de la insolencia de aquella mujer. Por eso, sin esperar respuesta, le agarró la muñeca con una mano que parecía una maza de hierro y tiró de ella.

—¡Eh! ¡Suéltame ahora mismo! —protestó Edith, tropezando con el dobladillo de su falda mientras intentaba seguir el ritmo de sus zancadas—. ¡Existe algo llamado espacio personal, laird Alaric!

Alaric se detuvo en seco, y Edith exhaló una bocanada de alivio. Al parecer, al final había entrado en razón y la había escuchado.

Cuando iba a pedirle que le soltara la mano, el mundo dio un vuelco. Sin previo aviso, Alaric la levantó como si no pesara nada y se la echó al hombro, como si fuera un saco de patatas.

Él no se detuvo. No entendía una palabra de lo que ella decía, pero era algo a lo que estaba empezando a acostumbrarse.

Necesitaba un lugar tranquilo para hablar con ella. Y lo cierto era que, aunque la ira ardía en su interior, no había podido evitar sentirse orgulloso cuando la había visto jugando con su pequeña.

Había algo en la forma en que Edith defendía a Maisie que le recordaba a una loba protegiendo a un cachorro que ni siquiera era suyo, que le hacía sentir que ese matrimonio podía funcionar. Pero antes tenía que dejarle claro quién mandaba allí.

Capítulo 8

Alaric tiró de ella, bordeando la muralla hasta una pequeña puerta de madera reforzada. Al cruzarla, el ruido del clan se apagó. Se encontraban en el huerto privado, un rectángulo protegido por altos muros de piedra donde el olor a romero y tierra húmeda impregnaba el aire.

Al no haber techo, los rayos de sol bañaban las hileras de hierbas y los frutales que empezaban a florecer. A Edith le pareció un lugar precioso, un refugio de paz que no esperaba encontrar allí.

Alaric la dejó en el suelo con una delicadeza que a Edith le sorprendió.

—¡No tienes derecho a cargarme como si fuera un saco de patatas!

—Ni tú a faltarme al respeto delante de mis hijos.

—No te he faltado al respeto —se quejó Edith, sosteniéndole la mirada—. Solo he dicho la verdad. No puedes cortar la libertad de tu hija.

—Solo la estoy protegiendo —rugió él.

—Ella no necesita que la protejas, te necesita a ti.

Durante los últimos tres días, Maisie se había convertido en su sombra y Alaric no había pasado un solo segundo con ella. Él dio un paso hacia atrás como si ella le hubiese dado un bofetón, pero se recompuso con rapidez.

—Maisie necesita una madre.

—Y un padre —le recriminó Edith.

—Un hijo necesita a un padre y una hija a su madre.

—Eso es una soberana tontería —soltó Edith, moviendo las manos con exasperación—. Los dos te necesitan a ti, Alaric. A su padre.

—No es cierto —replicó él, endureciendo el gesto—. Yo sé de guerras y de defender estas tierras, pero no sé nada de costura ni de las labores que debe aprender una dama.

Edith miró al cielo, clamando paciencia al universo. Le costaba procesar que en esta época los derechos de las mujeres fueran inexistentes y que los hombres se comportaran como auténticos cromañones.

—No necesitan que les enseñes a coser, pedazo de animal —dijo ella, bajando la vista para fulminarlo—. Necesitan que los quieras. Que estés ahí. Que les des un beso y un abrazo cuando están tristes.

—¿Un abrazo? —preguntó como si acabase de decirle que tenía que rebanar el cuello a la niña.

—Sí, eso que se hace rodeando a alguien con los brazos —explicó ella, exasperada.

—Sé lo que es un abrazo —Alaric se cruzó de brazos—, pero yo no puedo abrazar a mi hija.

—¿Pero sí a tu hijo?

—No abrazo a mi hijo. Le enseño a ser fuerte, valiente y, en un futuro, un buen guerrero.

Edith soltó una carcajada.

—¡Por Dios! Si ese niño es un chivato consentido que no sabe compartir nada.

Alaric ensanchó las aletas de la nariz y Edith se dio cuenta, un segundo tarde, de que se había pasado de la raya.

—Es un buen niño, pero…

—Necesita una madre —sentenció él, cortándola.

—No iba a decir eso.

Alaric suspiró, clavando la vista en el horizonte del huerto.

—Mi hijo necesita una madre que le dé abrazos —concluyó con una amargura que la dejó muda.

—Tú también puedes dárselos, Alaric —dijo Edith, suavizando su tono de voz.

—No, esa será tu obligación. Es mi deseo que te encargues de mis hijos en este mismo instante. Que pases todo tu tiempo con ellos.

—Y mi deseo es que desaparezcas, pero me temo que ambos tendremos que vivir con la desilusión —replicó ella sin pestañear.

—¡Por los clavos de Cristo, mujer! ¿Tienes que discutírmelo todo?

Edith alzó la barbilla y puso las manos sobre las caderas.

—Dejaré de hacerlo cuando dejes de darme órdenes.

—Soy el laird. Es mi deber dar órdenes.

—No a mí.

Alaric resopló.

—Eres una mujer tozuda y desesperante.

—Tú tampoco estás lleno de virtudes —le espetó ella, pinchándole en el pecho con la espada de madera que aún llevaba en la mano—. Pero yo tengo la educación de no echarte en cara todos tus defectos.

—Si no haces otra cosa —gruñó él, arrebatándole la espada con un movimiento rápido y tirándola al suelo.

—Eso no es cierto. Soy una mujer muy educada.

Alaric soltó una carcajada carente de humor.

—Me desafías en cada palabra, en cada gesto —gruñó él, bajando la voz hasta convertirla en una amenaza vibrante—. Es imposible que entiendas una simple orden.

—Si entenderlas, las entiendo —reconoció Edith con desfachatez—. Otra cosa es que quiera obedecerte.

Él la miró con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creer que una mujer le hablara así.

—¿Te comportabas de esta guisa en la corte del rey Juan? —le preguntó, tratando de dar sentido a su insolencia.

—¿Comportarme cómo? —replicó ella, fingiendo una ignorancia que solo servía para irritarlo más.

—¡Por los clavos de Cristo, muchacha, colmas mi paciencia!

—Reconócelo, Alaric, tampoco eres un hombre que destaque por su templanza.

Alaric acortó la distancia, atrapándola contra la piedra fría del muro. El olor de él —una esencia primitiva y cargada de una masculinidad arrolladora— la envolvió por completo. Aquella

presencia anuló cualquier rastro de lógica en la mente de Edith, que le gritaba que debía alejarse.

Él apoyó las manos en el muro, a ambos lados de su cabeza, inclinándose hasta que sus frentes casi se rozaron.

—¿Crees que esto es un juego, Edith? —gruñó él, y ella sintió la vibración de su voz en el pecho—. En las Highlands, un desafío así se paga caro. No soy uno de esos ingleses a los que estás acostumbrada, a los que puedes manipular.

Alaric era muchas cosas, pero no alguien manipulable; de eso no tenía duda. Era fuerte, bruto y varonil. Y a ella, simplemente, la volvía loca.

—Lo sé —susurró Edith, obligándose a sostenerle la mirada—. Sé perfectamente que eres un bárbaro.

—Eso es lo que piensas que soy —repitió él, y su voz bajó una octava, volviéndose peligrosa.

—Sí.

—Entonces deberé comportarme como uno.

Alaric no la besó en los labios. En lugar de eso, enterró el rostro en el hueco de su cuello. Edith soltó un jadeo ahogado cuando sintió el calor de su aliento y, acto seguido, la presión de sus labios y sus dientes contra su piel. Era un contacto rudo, posesivo, que le hizo soltar un gemido involuntario.

Las manos de Alaric bajaron por su espalda, apretándola contra él con una urgencia que amenazaba con romper la poca cordura que les quedaba. Edith enredó los dedos en su cabello, tirando de él para que no se detuviera, sintiendo cómo el mundo exterior desaparecía.

Pero, de repente, él se tensó.

Alaric se separó bruscamente, apoyando las manos contra el muro a cada lado de ella, respirando con dificultad. Sus ojos estaban oscuros, nublados por una lucha que ella no terminaba de comprender.

—¿Por qué paras? —preguntó Edith, con la voz rota y los labios entreabiertos.

—No puedo —confesó él en un gruñido doloroso, dándole la espalda para ocultar su agitación—. Si sigo adelante, no podré parar.

—Entonces no pares —susurró Edith, entrelazando sus brazos alrededor de su cuello para acortar la distancia, rindiéndose por fin a la química que vibraba entre ambos.

Pero, justo cuando el aire parecía arder, Alaric se deshizo de su agarre con una brusquedad que la dejó fría. Se alejó un par de pasos, dándole la espalda mientras su respiración agitada rompía el silencio del huerto.

—No puedo yacer contigo —sentenció con una voz que sonaba a culpa.

—¿Por qué no? —preguntó Edith, sintiéndose vulnerable y frustrada a la vez. Sabía que era una idea desastrosa, pero por una vez en su vida quería dejarse llevar. Quería apagar su cerebro analítico y actuar sin calcular las consecuencias.

Alaric se giró, y la intensidad de su mirada la golpeó de frente.

—Porque no puedo dejarte embarazada. No me arriesgaré a eso. Jamás.

Edith se quedó confusa un segundo, procesando la frase con su mentalidad del siglo XXI, hasta que las piezas encajaron con un clic doloroso.

—Por la maldición —dijo ella, bajando la voz.

Alaric la observó con intensidad. Y, por primera vez, le pareció ver el temor en ese mar verde que eran sus ojos.

—Lo sabes.

—Davina me lo ha contado —confesó Edith, sin entender por qué todos le daban tanta importancia. Aunque en aquella época era muy frecuente que la gente creyera en maldiciones, o eso había leído—. Pero es una tontería. Tus anteriores mujeres no murieron por ninguna maldición mística ni por un castigo divino.

—Eso no lo sabes —la cortó él, dando un paso hacia ella—. No me arriesgaré, no de nuevo.

—¿Y qué pretendes entonces? —preguntó con un deje de sarcasmo—. ¿Que nos casemos pero no acostarte nunca conmigo? ¿Un matrimonio de castidad por miedo a una leyenda? —Edith resopló—. Por favor.

—Esa era mi intención.

Edith arrugó levemente el ceño.

—¿Y ya no lo es?

A pesar de que su mente lógica le gritaba que se detuviera, alzó la mano y acarició la mejilla de Alaric, sintiendo la aspereza de su barba de varios días. Él no se apartó; al contrario, cerró los ojos un instante y acunó la mano de ella contra su rostro, como si fuera un náufrago encontrando tierra firme.

—Eres una tentadora, una criatura enviada por el diablo para probar mi voluntad —dijo él con una sonrisa amarga y cargada de deseo—. Ninguna mujer me había desafiado así.

Edith sintió que el corazón le martilleaba en las costillas. La tensión sexual era tan densa que apenas podían respirar el mismo aire.

—No tienes por qué preocuparte, Alaric —dijo ella, tratando de sonar seria, aunque su voz temblara—. No todas las uniones terminan en un embarazo. Existen... métodos. Formas de evitar que la semilla arraigue si no es el momento.

Alaric abrió los ojos de golpe, frunciendo el ceño con una mezcla de sospecha y esperanza contenida.

—¿Métodos? —repitió, su voz bajando a un nivel casi inaudible —. ¿Acaso posees magia inglesa para engañar a la naturaleza?

Edith dudó un segundo. No podía explicarle qué era un ciclo menstrual o cómo funcionaba la anticoncepción moderna sin parecer una bruja o una loca del futuro. Necesitaba una fuente de autoridad que él respetara.

—No, claro que no. No soy ninguna bruja, pero en mi tierra las curanderas conocen remedios que evitan el embarazo.

Alaric la escudriñó, buscando una grieta en su mentira. Sus manos descendieron desde las mejillas de Edith hasta sus hombros, apretándolos con una fuerza que era puro deseo reprimido.

—¿Y te han confiado a ti esos secretos? —preguntó él, escéptico.

Edith se dio cuenta de que se había metido en un berenjenal peligroso. Si le pedía que le enseñara esos métodos, no tendría nada que mostrarle salvo su propia piel.

—Sí, pero además... me revisaron antes de partir —improvisó, sintiendo el sudor frío en la nuca—. Los médicos de mi padre me

dijeron que no soy fértil.

Alaric se quedó petrificado, soltando un poco el agarre.

—¿Eres estéril? —preguntó con una sorpresa que rozaba la incredulidad.

Era una mentira, pero se basaba en una verdad técnica: gracias al implante anticonceptivo subdérmico que llevaba en el brazo, no podía concebir. Aquella pequeña varilla de plástico le aseguraba un año más de libertad antes de que perdiera su efecto. Para ella era ciencia; para él, era un milagro o una tragedia.

—¿Es un problema? —preguntó ella, desafiante.

—¿Vuestro rey lo sabía cuando os entregó a mí? —indagó él, con los ojos entrecerrados.

—Sí —respondió, aunque en el instante en el que lo dijo se dio cuenta de que acababa de cometer un error.

¿Y si Alaric se tomaba aquello como una ofensa? Pero Alaric soltó una carcajada seca, casi amarga, y volvió a tirar de ella hacia su pecho.

—Entonces vuestro rey me ha enviado una bendición disfrazada de engaño —murmuró, hundiendo el rostro en el cuello de Edith—. Si no puedes darme hijos, la maldición no tiene carne de la que alimentarse.

Edith sintió un pinchazo de culpa por la mentira, pero el alivio en la voz de Alaric era tan real que supo que era la única forma de que él se permitiera tocarla sin miedo. Y eso era lo que más deseaba en ese momento.

Edith no esperó a que él terminara de procesar la noticia. Rodeó de nuevo su cuello con las manos y unió su boca a la de él, tomando la iniciativa con un beso que buscaba borrar cualquier rastro de duda o leyenda antigua. Quería sentir algo real, algo vivo, en mitad de aquel caos temporal.

Pero, justo cuando el beso empezaba a profundizarse, Alaric la tomó por los hombros y, con un esfuerzo de voluntad sobrehumano, la separó de él.

—No —dijo con la voz rota y la respiración entrecortada—. No aquí. Ni así.

Edith parpadeó, confundida por el rechazo repentino.

—¿Qué ocurre ahora? Te he dicho que no hay peligro...

—Eres mi prometida, Edith. La mujer que llevará mi nombre ante mi clan y ante Dios —respondió él, recuperando su postura de laird y ajustándose el cinturón de cuero—. No voy a mancillarte en un huerto como si fueras una cualquiera. Esperaré al matrimonio. Te daré el respeto que mereces. Tu primera vez será en nuestra alcoba.

Su verdadera primera vez había sido a los diecinueve años, en el asiento trasero de un coche destartalado, con el olor a ambientador de pino barato y el miedo constante de que una patrulla de policía los alumbrara con una linterna.

Pero prefirió no decírselo.

—Alaric… —comenzó, pero él levantó una mano, impidiéndole hablar.

—No voy a permitir que mi lujuria me domine.

Y, por primera vez, Edith deseó que Alaric fuese como los hombres que ella conocía, que se dejaban llevar por sus hormonas.

—Es muy honorable por tu parte —cedió ella, cuando fue evidente que no lograría hacerlo cambiar de opinión.

Quizás aquello fuera lo mejor. Aunque una parte de ella deseaba llevarse aquel recuerdo al futuro, tenía claro que su estancia allí era temporal. Lograría regresar a su tiempo, y cuanto menos se involucrara emocionalmente, menos le dolería irse.

No podía encariñarse con Alaric.

—Tampoco vas a tener que esperar mucho para poner a prueba mi paciencia —añadió Alaric, captando de nuevo toda su atención—. El padre Stuart ya se encuentra en el castillo. Ha llegado esta mañana a la ermita y ha solicitado veros.

—¿Verme? —preguntó Edith, sintiendo un nudo en el estómago —. ¿A santo de qué?

—Es el protocolo. Antes de unirnos en matrimonio, desea hablar contigo a solas. Te está esperando allí mismo. Cuanto antes pases por ese trámite, antes podremos celebrar la ceremonia. Con suerte, en un par de días se producirá el enlace.

Edith se tensó.

Dos días no era tiempo suficiente para poder escapar. El castillo estaba muy protegido y ella no podía salir sin ser vista. Necesitaba

más tiempo.

Ahora solo tenía que convencer al sacerdote de que no podía casarse.

La pregunta era: ¿cómo lo haría? Necesitaba un plan.

Capítulo 9

La iglesia no era la que Edith esperaba.

Era un edificio de piedra, sin vidrieras de colores. Pequeña y austera, levantada más con necesidad que con belleza. Y, aun así, tenía algo. No era bonita, no de la forma en que ella entendía la belleza. No había luz filtrándose en colores ni música suave de fondo, ni bancos pulidos ni flores perfectamente colocadas. Pero había silencio. Un silencio denso, casi físico, que parecía envolverlo todo en cuanto cruzabas la puerta.

Edith se detuvo un instante en el umbral. Fuera, podía escuchar el viento de las Highlands, las voces del clan y el mundo en movimiento. Dentro había quietud absoluta. Como si el tiempo —su tiempo— no tuviera permiso para entrar allí.

Dio un paso dentro.

El aire era frío, pero no desagradable. Olía a cera, a piedra húmeda y a algo más difícil de identificar: algo antiguo.

Miró alrededor. Las paredes desnudas no distraían. No había nada en lo que perderse. Nada moderno, nada familiar. Y quizá por eso mismo, todo se sentía más intenso: cada sonido, cada paso y cada pensamiento.

—Genial —murmuró para sí misma, tan bajito que ni ella pudo escucharse—. Justo lo que necesito: un sitio que amplifica crisis existenciales. Como si no tuviera suficientes problemas ya.

—Hija, ¿decías algo?

Edith dio un pequeño respingo al ver al padre Stuart frente a ella. Era un hombre de mediana edad, de estatura baja y coronilla despejada, que vestía una túnica de lana oscura tan gastada que el cordón de su cintura parecía a punto de deshilacharse. Sus ojos, sin embargo, eran de un azul pálido y analítico que a Edith le

recordaron, irónicamente, a los de algunos de sus antiguos profesores de la facultad.

—No, padre —respondió ella. La palabra brotó de sus labios de forma casi mecánica, rescatada de algún rincón olvidado de su memoria infantil.

Edith observó al sacerdote con cautela, temiendo haber dicho algo inapropiado para una dama de su supuesto rango, pero él se limitó a asentir con una parsimonia que la ponía nerviosa. El silencio en la pequeña ermita de piedra era tan denso que casi podía oír el chisporroteo de las pocas velas que alumbraban el altar.

—Mi prometido me ha dicho que queríais verme —continuó ella, tratando de recuperar su aplomo profesional.

—Vos sois Lady Edith —afirmó él, más que preguntar.

—Sí, padre. Así es.

El padre Stuart la recorrió de arriba abajo con una mirada lenta, deteniéndose en su porte, en la forma en que sostenía los hombros y, sobre todo, en su expresión. Por un instante, el pánico recorrió la columna de Edith; su mente científica empezó a barajar probabilidades estadísticas de que aquel hombre hubiera conocido a la verdadera Edith.

—¿Nos hemos visto antes, padre? —preguntó ella, con el corazón martilleándole en las costillas.

—No, hija. Nunca he salido de Escocia —respondió él, esbozando una sonrisa enigmática que no llegó a tranquilizarla—. Tan solo me ha sorprendido vuestro gaélico. Es perfecto, sin acento alguno, como si os hubieseis criado en estas tierras.

—Es algo que a mí también me sorprende —reconoció Edith, y en eso no mentía. Porque cada vez que abría la boca y las palabras gaélicas fluían de su garganta con la naturalidad de un arroyo, sentía un escalofrío.

—Será la voluntad de Dios que seáis capaz de comunicaros con tal soltura en la lengua de vuestro prometido —sentenció el padre Stuart, haciendo una breve señal de la cruz en el aire.

—Lo será —asintió ella, adoptando el tono sumiso que se esperaba de una dama, aunque sus ojos seguían analizando cada rincón de la ermita.

—Acompáñame, por favor.

El sacerdote le hizo un leve gesto con la cabeza y la llevó hasta una de las esquinas de la iglesia. Se detuvo junto a la pared y Edith se puso frente a él. Durante unos instantes que para Edith fueron eternos, el sacerdote la observó en silencio, como si esperara algo de ella.

Cuando aquello que esperaba no llegó y el sacerdote, que no predicaba con aquella paciencia infinita de la que Dios gozaba, lanzó un pequeño resoplido y dijo:

—Habla y no ocultes nada.

—¿Aquí? ¿Me vas a confesar así, a pelo?

Edith miró a su alrededor. Ella no era católica, y la última vez que pisó una iglesia en Londres fue cuando tenía diez años, pero esperaba encontrar una cabina, una puerta o una especie de compartimento discreto donde meterse, como había visto en las series y en las películas. Pero no había nada.

—¿A pelo? —repitió el sacerdote, perplejo. Afortunadamente para Edith, no comprendió el significado de aquella expresión—. ¿Y cómo quiere que la confiese, hija? ¿Es diferente en Inglaterra?

Edith mordió su labio inferior, sin saber qué responder.

Si quería convencer al sacerdote para que no aprobara su boda con Alaric y ganar tiempo, no estaba yendo por buen camino.

—Inglaterra, Escocia... ¿No somos todos iguales ante los ojos de Dios?

El sacerdote abrió y cerró la boca como un pez fuera del agua. Pero después, como si se hubiera dado cuenta de que no valía la pena perder el tiempo en ello o como si no supiera qué decir, dejó caer la mirada hacia el suelo, justo delante de sus pies.

Edith tardó unos segundos en darse cuenta de lo que quería.

Se inclinó para arrodillarse, quizá un poco más rápido de lo necesario. Primero apoyó una rodilla y después la otra, con un pequeño ajuste incómodo para no perder el equilibrio en el suelo irregular.

Perfecto, Edith. Súper natural. Como si te confesases todas las semanas.

El sacerdote la miró en silencio, con una aprobación que animó a Edith. Como no sabía cómo empezar, decidió tirar de un clásico.

—Padre, he pecado.

Por un momento, Edith pensó que la echaría de una patada de la iglesia, pero el sacerdote asintió levemente.

—Habla, hija.

Y ahí estaba. El momento, la oportunidad perfecta para arruinar su matrimonio.

Edith respiró hondo.

Vale. Di algo normal primero. Luego escalas. No empieces directamente con el diablo. Eso sería raro. Aunque tampoco tanto.

Porque la peor parte era que lo del diablo era lo más normal de todo lo que le había pasado en la última semana.

Tal vez, si le decía la verdad, que era una viajera en el tiempo, la tomaría por loca y no daría su bendición para el matrimonio. Aunque también podían encerrarla en una institución mental. Edith se preguntó si en aquella época habría instituciones mentales.

Y en esos momentos, Edith maldijo haber hecho pellas a las clases de historia en el instituto. Al final iba a tener razón la profesora Smith cuando les dijo que les serviría en el futuro.

Céntrate, Edith. Enfócate en el plan.

—He mentido —soltó de golpe, forzando una expresión de tormento.

El sacerdote no se escandalizó. Había escuchado confesiones de robos, asesinatos y envidias durante décadas; una joven novia nerviosa no era nada nuevo.

—¿En qué has mentido, hija?

—He ocultado... —Edith tragó saliva, buscando las palabras adecuadas— cosas. Cosas oscuras.

—Dios es infinitamente misericordioso con los corazones arrepentidos.

—Padre —Edith se puso seria y bajó la voz, intentando mantener la historia, porque ella era una mentirosa terrible y no esperaba tener que hacer esto cara a cara—, he hecho un trato con el diablo.

El padre Stuart clavó sus ojos claros en ella y, por un segundo, el silencio en la ermita fue absoluto.

—Explícate, hija.

Por fin.

—Más que un trato, han sido conversaciones.

—¿Conversaciones?

—Sí, ya sabe. Como… encuentros esporádicos.

—¿Y dónde ocurrieron esos encuentros con el diablo, muchacha?

—En mi mundo.

—¿Tu mundo?

Edith se maldijo a sí misma. Nunca se le había dado bien improvisar.

—Quiero decir, muy lejos de aquí.

—¿Y qué te dijo el ángel caído?

—Que este matrimonio no le agrada. Que si me caso con el laird Alaric, maldecirá a todo el clan. Caerá fuego, peste... Ya sabe, lo habitual.

—¿Por qué?

Esa era una buena pregunta, una en la que Edith debería haber pensado.

—Porque... —Edith mordió su labio inferior— porque dice que él me vio primero.

—¿Insinúas que estás comprometida con el diablo?

—Él me lo ofreció.

—¿Y aceptaste?

—¡No! Bueno, creo que no, fue todo muy confuso, padre. Pero le aseguro que el diablo no es tan... tan absoluto como lo pintan. Tiene sus motivos.

El sacerdote se santiguó con rapidez, escandalizado.

—Eso es pura herejía, hija. Defender las intenciones del Príncipe de las Tinieblas es un camino directo a la hoguera.

Tal vez Edith se acababa de pasar de la raya. Ella no quería casarse, no terminar quemada mientras gritaba que no pertenecía a esa época.

—¡No, no! ¡Quiero decir que es malísimo! —se corrigió, agitando las manos—. ¡Es el peor! Por eso no puedo casarme. No puedo permitir que destruya el clan por mi culpa. Lo más sensato es que me marche ahora mismo del clan. Me alejaré del laird Alaric para protegerlo.

Edith contuvo el aliento. Estaba segura de que el sacerdote, ante el riesgo de una maldición demoníaca, suspendería la boda de inmediato. Pero el padre Stuart se limitó a observarla en silencio y, tras unos instantes, esbozó una sonrisa compasiva.

—Hija, lo que tú tienes no es un trato con el diablo. Es una imaginación desbordada y muchos nervios.

¡¿Qué?!

—Pero, padre... Yo…

—No debes preocuparte —la interrumpió él con una dulzura que a Edith le resultó exasperante—. Estoy bajo juramento de confesión. Ni una palabra de estas fantasías saldrá de esta iglesia.

Edith sintió un escalofrío. El padre Stuart no la estaba creyendo; la trataba con la condescendencia de quien escucha a una niña asustada por una pesadilla. Necesitaba subir la apuesta, y necesitaba hacerlo ya.

—Pero, padre, el diablo... él me ha dicho que es omnipresente. Él puede verlo todo. Si está viéndonos ahora, sabrá que le estoy delatando y tal vez me haga daño también a mí. Estoy asustada.

El padre Stuart se santiguó con una lentitud ceremonial y, para sorpresa de Edith, le ofreció una sonrisa cargada de una paz que la puso enferma.

—Ahora lo entiendo todo, hija —dijo él, su voz recuperando una seguridad aplastante—. No es el Diablo quien ha hablado con vos, sino Dios Todopoderoso a través de vuestras tribulaciones.

Edith parpadeó, procesando el giro teológico. Aquello no estaba en su guion. Sin embargo, vio una última rendija por la que escapar.

—Entonces... —comenzó ella, forzando un tono de revelación—, ¿es Dios el que me está advirtiendo? ¿Es Él quien no quiere que me case con el laird?

—Al contrario, hija. Él desea que os caséis por encima de todas las cosas. Pero os estaba probando, midiendo la fortaleza de vuestro

espíritu frente al miedo.

—¿Haciéndose pasar por el Diablo? —preguntó Edith, genuinamente confusa—. ¿No le parece un poco retorcido para ser una deidad amorosa?

—No debemos juzgar las decisiones de Dios —dijo él—. Os ha probado y habéis pasado la prueba.

Edith parpadeó, confusa.

—¿Lo he hecho?

—Sí, hija. Al contármelo a mí habéis demostrado vuestra fe.

Aquello no tenía ningún sentido.

—Pero, padre, si os equivocáis...

—No me equivoco, hija. El rey Guillermo ha ordenado esta unión con la aprobación de Dios. Pero vuestro rey, el rey Juan, no está en buenos términos con la Iglesia, y nuestro Señor Todopoderoso ha querido asegurarse de que vos sois digna de él, y lo sois.

—Padre…

—No debéis pensar más en ello, hija. Cumpliréis con la voluntad del rey y seréis una buena esposa —sentenció el sacerdote con una sonrisa que ya no pretendía ser consuelo, sino un punto final.

En ese instante, Edith se dio cuenta de que al padre Stuart no le importaba ni un ápice lo que ella tuviera que decirle. Daba igual si hablaba con el diablo, con Dios o con una tostadora; el clérigo tenía una misión política que cumplir y nada, ni siquiera la salud mental de una novia, iba a interponerse en los deseos de la corona.

—Tenéis razón, padre —dijo Edith, dándose ella por vencida.

El padre Stuart sonrió con satisfacción.

Edith salió de la iglesia con el corazón encogido y los hombros hundidos. No solo su plan había fallado estrepitosamente, sino que, encima, había hecho el mayor de los ridículos.

Su única opción era convencer a Alaric para que la llevase al círculo de piedras antes de que la boda se llevase a cabo.

Capítulo 10

—¿Por qué se está retrasando el enlace? —preguntó Angus con el ceño fruncido.

Alaric mantenía la mirada fija en la mesa de la sala de estrategias, donde un mapa detallado con los dominios de los clanes de las Highlands permanecía desplegado.

—No se está retrasando —le respondió Tiernan al anciano.

—El sacerdote llegó hace tres días y aguarda para oficiar la unión. Me ha comunicado que Lady Edith está preparada para lo que se espera de ella, pero el enlace sigue sin producirse —insistió Muir.

Alaric apreciaba al anciano. Había sido un guerrero feroz, curtido en mil batallas; fue Angus quien lo forjó como guerrero, transmitiéndole no solo el arte del acero, sino toda la sabiduría que ahora poseía. Sin embargo, los años habían convertido al viejo león en un cascarrabias, cuya terquedad crecía al mismo ritmo que su edad.

—He tenido asuntos que atender, Angus —dijo Alaric. Aunque lo cierto era que él había querido darle un poco más de tiempo a Edith para que se acostumbrara al clan.

Aunque ahora sabía que Edith no era fértil, Alaric estaba ansioso por casarse y consumar el matrimonio. La deseaba como nunca antes había deseado a una mujer, pero se preocupaba por ella con la misma intensidad. A pesar de haber visto el fuego en sus ojos claros y de saber que ella también lo anhelaba a él, no ignoraba su reticencia a la boda.

Él entendía que ella estuviese temerosa. Le habían atacado en sus tierras y había salvado la vida de milagro. Había dejado Inglaterra para adentrarse en unas tierras hostiles con desconocidos.

—¿Qué asuntos son más importantes que tu propia boda? —cuestionó Angus, golpeando el suelo con el bastón.

—Encontrar a los que asesinaron a los hombres que la custodiaban.

—Ella escapó de ellos. Tal vez pueda describirlos.

Alaric sabía que debía haberla interrogado al respecto, pero Edith parecía decidida a no hablar de ello, como si no hubiese ocurrido o como si no lo recordase, y él había evitado hacerlo.

Pero Angus tenía razón: había llegado el momento de interrogarla.

—Esta mañana ha llegado un mensajero —intervino Tiernan, logrando que los otros dos hombres le prestaran atención de inmediato.

—Lo sé —respondió Alaric con voz seca—. He leído el pergamino con las buenas nuevas; por eso envié a buscar a mi hermana, aunque algo parece haberla retrasado.

—No me refiero al contenido de la misiva oficial —aclaró Tiernan, bajando un poco la voz—, sino a los rumores que viajan con el jinete.

—¿Qué rumores? —quiso saber Angus, inclinándose hacia delante.

Alaric soltó un bufido de impaciencia.

—¿Desde cuándo nos hemos convertido en un grupo de viejos chismosos? —masculló, arqueando una ceja.

Angus le lanzó una mirada fulminante, de esas que solo un mentor puede dedicar a su señor.

—Soy viejo, muchacho, pero no chismoso —replicó con aspereza, antes de volverse de nuevo hacia el joven—. Vamos, Tiernan, cuenta lo que has escuchado. No te hagas de rogar.

—Se dice que Finlay MacLaren se ha casado en contra de la voluntad de su padre —soltó Tiernan.

—¿Con quién se ha unido? —preguntó Alaric, el interés venciendo finalmente a su orgullo.

—Vaya, ¿quién es el viejo chismoso ahora? —se burló Angus, provocando que Alaric pusiera los ojos en blanco con exasperación.

—Eso no lo sé con certeza —admitió Tiernan—. Pero su padre ha amenazado con desterrarlo y borrar su nombre del clan, así que

debe de tratarse de alguien sin linaje. Una sirvienta, tal vez, o la hija de un granjero pobre.

Alaric se encogió de hombros, restándole importancia al asunto con un gesto de la mano.

—No es de nuestra incumbencia.

—Sí lo es, si lo que buscas es la paz —rebatió Tiernan, cruzándose de brazos—. Si Finlay es expulsado del clan MacLaren, el equilibrio de poder cambiará. Los rumores dicen que su padre no llegará al próximo invierno y, si el sucesor no es Finlay, el que ocupe su lugar tal vez prefiera endurecer la guerra con nosotros en lugar de sellar un acuerdo.

—Estaremos preparados para ello —sentenció Angus, con una dureza que no dejaba lugar a dudas—. Sabes bien que no estoy a favor de firmar la paz con esa escoria después de todo el daño que nos han infligido. Para mí, un MacLaren muerto es el único MacLaren en el que se puede confiar.

Alaric dejó escapar un suspiro de cansancio, frotándose la sien.

—Ni siquiera sabes por qué empezó esta guerra, Angus —dijo Alaric con voz gélida. El veterano guardó silencio, apretando la mandíbula—. Nadie lo sabe ya. Es una rivalidad que lleva décadas alimentándose más por costumbre y orgullo que por una razón real. Y lo único que nos trae es sangre y problemas.

Angus no respondió, pero su mirada seguía destilando hostilidad. Alaric se puso en pie y señaló hacia el septentrión.

—Sus tierras lindan al norte con las nuestras —continuó—. Eso nos obliga a vivir con un ojo abierto en la noche, a gastar hombres en patrullas constantes y a dar rodeos innecesarios por los pasos de montaña.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó Tiernan.

—No puedo meterme en los asuntos internos de otro clan, y mucho menos cuando estamos en guerra abierta con ellos —reflexionó Alaric, midiendo sus palabras—. Pero me gustaría poder reunirme con Finlay. Cara a cara.

Tiernan arqueó una ceja, visiblemente sorprendido por el cambio de rumbo.

—Nunca te has fiado de él, Alaric. ¿Vas a empezar a hacerlo ahora, justo cuando su propio padre lo repudia?

Alaric guardó silencio un instante, recordando el pasado.

—La última vez que hablé con él fue en la cumbre de los Ferguson, cuando mi padre aún era el laird —dijo Alaric, con la vista perdida en las brasas de la chimenea—. En aquel entonces, me juró que quería acabar con esta guerra tanto como yo, aunque en ese momento ninguno de los dos podíamos hacer nada. Pero luego le vi hablando con los miembros de otros clanes, presumiendo de que podían acabar con nosotros en cuanto quisiesen. Así que no, no me fío de él.

—¿Y entonces por qué quieres hablar con él? —le preguntó Angus con los ojos entrecerrados.

Alaric suspiró.

—Esta guerra no le beneficia a nadie. Ni a los miembros de su clan ni a los nuestros. Firmar la paz, un acuerdo beneficioso para los dos clanes, le dará el apoyo de su gente aunque su padre intente repudiarlo. Aceptará, no va a tener más opciones.

—Te vas a aprovechar de que se ha enamorado —dijo Tiernan con una sonrisa.

Alaric se encogió de hombros.

—Voy a usar las bazas a mi favor.

—Siempre has sido más inteligente que tu padre —le dijo Angus, con el orgullo brillando en sus ojos.

—Intentaré ponerme en contacto con él —dijo Tiernan.

Alaric asintió, pero el sonido de unos nudillos golpeando la madera los interrumpió.

—¡Adelante! —ordenó.

Davina entró en la sala con paso ligero.

—¿Me buscabas, hermano?

—Hace horas —respondió él con un deje de impaciencia.

—Me disculpo. He estado supervisando la limpieza del castillo. Dos de las sirvientas han caído enfermas.

—¿Y dónde estaba la prometida del laird? —preguntó Angus.

En cuanto Davina se mordió el labio inferior y entrelazó las manos con nerviosismo, Alaric supo que la respuesta le traería

problemas.

—Jugando con Maisie y convenciendo a Baird para que finja que le gustan los pasteles de barro que ella ha preparado.

Tiernan soltó una carcajada.

—Ella debería estar encargándose del mantenimiento de esta fortaleza —gruñó Angus.

—Mi prometida hacía exactamente lo que debe: cuidar de mis hijos —la defendió Alaric, cortando cualquier réplica.

—Estoy de acuerdo —añadió Davina—. Los niños la necesitan; la adoran.

Alaric sabía que Maisie ya estaba entregada a ella. Con su hijo llevaría más tiempo, pero acabaría ocurriendo. Se sentía profundamente agradecido con su hermana por facilitarle tanto las cosas a Edith.

—Su deber también será supervisar los quehaceres del castillo —insistió Angus con el ceño fruncido.

Davina negó con la cabeza.

—No tengo inconveniente en seguir encargándome de los quehaceres de la fortaleza hasta que ella esté preparada.

—Sé que no te importa, hermana —dijo Alaric—, pero no puedo seguir reteniéndote a mi lado. Hoy ha llegado la confirmación de que Rodric MacGill está dispuesto a pedir tu mano.

Davina esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Es el hijo menor del laird MacGill? —preguntó.

—Así es. Posee tierras y es un buen hombre. Vuestra unión beneficiará al clan.

Davina asintió, asimilando la noticia.

—¿Y cuándo deberé marchar?

—¿Tanta prisa tienes por dejarnos? —bromeó Tiernan.

Ella frunció el ceño ligeramente.

—No, ya sabes que soy feliz aquí, pero me alegra poder contraer matrimonio. Deseo tener mi propia familia. —Miró a su hermano—. Sabes que adoro a mis sobrinos, Alaric, ellos son mi vida, solo que…

—No tienes que dar explicaciones, Davina —la cortó su hermano—. Ya has hecho demasiado por nosotros. Y, aunque es

egoísta por mi parte, voy a pedirte un último esfuerzo.

—Lo que necesites.

—Quédate unos días más tras la boda. Edith va a necesitar tu ayuda.

—Por supuesto, hermano.

—Y, una vez casada, espero que nos visites a menudo. No importa qué apellido adquieras; siempre serás una MacFarlane.

Davina asintió y, sin añadir nada más, se dio la vuelta para marcharse.

—¿En qué nos beneficia un matrimonio con los MacGill? —preguntó Angus—. No son un clan poderoso y no tenemos ningún problema con ellos. E imagino que has ofrecido una buena dote.

—Lo único que me importa es que mi hermana se case con un hombre que la trate bien, y Rodric lo hará. Davina ha hecho mucho por este clan. Se merece un matrimonio que esté a su altura.

La expresión de Angus se suavizó y movió la cabeza en un pequeño asentimiento. Pero, al instante, su ceño volvió a fruncirse y su mano se aferró con más fuerza alrededor del bastón.

—¿Y crees que tu prometida inglesa estará a la altura de ella? —cuestionó—. Organizar un banquete para cien guerreros no es lo mismo que jugar con pasteles de barro en el jardín.

Lo cierto era que a Alaric no le importaba lo más mínimo. Mientras Edith quisiera a sus hijos y... le quisiera a él, le daba igual si no tenía la menor idea de cómo gestionar las despensas o supervisar el hilado de la lana.

¡Por los clavos de Cristo! ¿Quererle a él?

Alaric se tensó, sorprendido por el rumbo de sus propios pensamientos. ¿De dónde había salido aquella idea absurda? Él no había amado a sus anteriores esposas, ni ellas a él; habían sido pactos de sangre, úteros para su linaje y presencias silenciosas en su mesa. El amor era un lujo para los débiles y una fantasía de los bardos, no algo que un guerrero como él debiera esperar, y mucho menos desear.

—¿Vas a intentar descubrir qué recuerda del ataque o vas a esperar a preguntárselo entre las sábanas durante la noche de

bodas? —preguntó Tiernan con una sonrisa pícara, sacándolo de golpe de su ensimismamiento.

Alaric le lanzó una mirada que habría hecho temblar a un hombre menos familiarizado con su genio.

—Vete al diablo, Tiernan.

—No puedes seguir retrasándolo —dijo Angus—. Como tampoco puedes seguir retrasando la boda.

—Mañana hablaré con ella —prometió Alaric, girándose para salir por la puerta.

—¿Y la boda?

Alaric no respondió a Angus. Se hizo el sordo.

Porque Alaric acababa de tomar una decisión: no se iba a casar con Edith hasta que ella estuviese segura. Porque, por alguna razón que no acababa de comprender, no podía hacerlo de otro modo.

Capítulo 11

Edith tenía muchas virtudes: era empática, conectaba con la gente, se le daba bien nadar... Pero los animales no eran una de ellas.

Nunca se había llevado bien con ellos. Los perros siempre le ladraban, los gatos le daban cierta desconfianza, temía que las gallinas le picotearan los ojos y hasta le daban miedo las palomas: tan invasivas que no le dejaban a uno ni tomarse un café tranquilo en una terraza. Por no hablar de las gaviotas... Ay, las gaviotas...

Por eso no era ninguna sorpresa que no supiese cabalgar. Porque para ello debería acercarse a menos de diez metros de un caballo, algo totalmente imposible para ella. Si evitaba pasar por el Palacio Real de Londres para no cruzarse con los caballos. Eso sí, siempre le había hecho gracia ver en YouTube los típicos vídeos de los guardias montados a caballo frente al palacio, donde los caballos parecían disfrutar metiéndose con los turistas que se acercaban demasiado.

Y ahora, ahí estaba, a punto de montarse en uno. Todo fuese por regresar a casa.

Le había sorprendido cuando Alaric, la tarde anterior, le había pedido, más bien exigido, que le acompañase a dar un paseo a caballo fuera de los muros al día siguiente. Edith había pensado que tal vez sus plegarias a Dios habían funcionado. Aunque, después del ridículo que había hecho en la iglesia, lo dudaba mucho. Tal vez Satanás existía y le había resultado graciosa. Claro que todo lo que viniese del maligno no podía ser bueno.

Pero ¿quién era ella para desaprovechar una oportunidad como aquella, fuese quien fuese el responsable?

Observó al caballo blanco que se encontraba frente a ella. Era enorme y muy imponente. La miraba con unos ojos negros y

grandes que a Edith no le dieron ninguna tranquilidad.

—¿No es muy alto? —preguntó.

Alaric arrugó el ceño.

—Mide lo que debe medir un semental.

—Los caballos no son tan altos.

Alaric la miró con condescendencia.

—Vosotros, los ingleses, no sabéis de caballos. Aquí, en Escocia, tenemos los mejores sementales.

—Por supuesto, laird —añadió el mozo de cuadras, orgulloso—. Es uno de nuestros mejores sementales.

El caballo relinchó, como si se le estuviese agotando la paciencia.

—Vamos, no tengo todo el día —apremió Alaric—. Tengo cosas que hacer en el clan.

Alaric empujó suavemente a Edith para que se acercase al caballo, pero ella no se movió.

—¿Cómo se llama? —preguntó—. Espera, no me lo digas. Tiene cara de llamarse Bruma.

Alaric la miró con absoluta indignación.

—¿Cómo va a llamarse Bruma, muchacha? Ese es nombre de yegua. Se llama Trueno.

Edith puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua.

—Un nombre es solo una etiqueta, Alaric. Las cosas no cambian su naturaleza por cómo las llamemos. Si a este caballo lo llamase Margarita, seguiría siendo un animal enorme capaz de pisotearme, pero al menos sonaría menos amenazador en mi cabeza que Trueno. Con ese nombre parece que me va a partir un rayo en mitad de una tormenta.

—Hoy no va a haber ninguna tormenta, milady —dijo el mozo de cuadras, confundido.

Alaric, que se estaba acostumbrando a las divagaciones sin sentido de la joven, se limitó a encogerse de hombros.

—No le gusto. —Edith se mordió el labio inferior y volvió a centrar su atención en el caballo—. Mira sus ojos.

Alaric resopló.

—No tienes que gustarle, es un caballo de guerra.

—¿Un caballo de guerra? —Edith negó con la cabeza—. Ahora sí que no voy a montar. Igual se piensa que soy el enemigo y me tira.

—No te va a tirar.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque él siempre obedece mis órdenes.

—No me inspira confianza... Él...

Alaric no esperó a que Edith terminara. Dio un paso al frente y apoyó la mano en el cuello de Trueno. El caballo tensó los músculos un instante, como si dudara, pero al reconocer el contacto, soltó el aire lentamente por los ollares.

—¿Ves? —murmuró, sin apartar la mirada del animal—. No es cuestión de gustar. Es cuestión de respeto.

Trueno giró levemente la cabeza, sus ojos oscuros fijándose en ella otra vez. Había algo en esa mirada...

—Ven —dijo Alaric, tendiéndole la mano.

Edith dudó, pero finalmente avanzó.

Al acercarse, Trueno alzó un poco la cabeza, como si evaluara cada uno de sus movimientos. Edith se quedó en silencio, rezando para que el caballo no le diera una coz. Su corazón comenzó a latir con tanta fuerza que, por un instante, pensó que se le iba a salir del pecho.

—No hagas movimientos bruscos —le instruyó Alaric con voz baja, dándose cuenta de sus temores—. Deja que te huela.

Edith extendió la mano con cautela. Trueno inclinó el hocico, aspiró su olor y permaneció quieto. No se apartó, pero tampoco se acercó más.

—No le disgustas —dijo Alaric—. Eso ya es mucho.

Sin más aviso, él se movió con agilidad. Apoyó el pie en el estribo y, con un impulso firme, montó. Trueno apenas reaccionó. Desde arriba, Alaric le ofreció la mano otra vez.

—Ahora tú —la animó.

—¿Así… sin más? —preguntó Edith, mirando la altura.

—Confía, muchacha —respondió Alaric, con una media sonrisa —. Yo no te dejaré caer.

Y Edith debía de estar perdiendo el juicio, porque confiaba en aquel highlander bruto.

Respiró hondo. Colocó el pie donde él le indicó, sintiendo el cuero bajo la suela. Antes de que pudiera pensarlo demasiado, Alaric tiró suavemente de su brazo y la ayudó a impulsarse. En un instante estaba arriba, junto a él.

Su espalda chocó contra el pecho de él, firme y cálido. Sintió cómo una de sus manos se movía hacia las riendas, rodeándola, y la otra se apoyaba brevemente en su cintura para estabilizarla.

—Relájate —murmuró junto a su oído—. Estás rígida.

—¿Y cómo quieres que esté? —se quejó Edith, hablando apenas en un susurro, ya que temía alzar mucho la voz y alterar al caballo —. Estoy sobre un animal que no confía en mí.

—Y aun así no te ha tirado.

Trueno resopló, como si confirmara sus palabras. Alaric ajustó las riendas entre sus manos, guiando las de ella.

—Sujétalas así —indicó, acomodando sus dedos con paciencia —. No tires demasiado. Solo lo justo para que sienta que estás ahí.

El caballo comenzó a moverse. Primero un paso y luego otro. El balanceo la tomó por sorpresa e, instintivamente, se tensó. Irguió la espalda y sus hombros se volvieron rígidos.

—No luches contra el movimiento —le aconsejó Alaric, dándose cuenta de la incomodidad de Edith—. Síguelo.

La mano de Alaric regresó a su cintura, firme y protectora, sosteniéndola.

Poco a poco, Edith empezó a relajarse. Seguía estando alerta, ya que nunca llegaría a fiarse del todo de aquel animal tan alto y con esas orejas tan alargadas. Pero la espalda ya no le dolía tanto con cada paso de Trueno, y el sonido de los cascos ya no era tan tortuoso como antes.

—Eso es —murmuró Alaric con una pequeña sonrisa—. Ya lo tienes.

Edith giró levemente la cabeza hacia él.

—¿Tú crees? —preguntó, insegura—. Porque yo no lo tengo nada claro.

De hecho, Edith temía que Trueno la lanzase contra un charco de barro o algún barreño en cualquier momento.

—El respeto de un animal no se gana solo a base de dominio, también de respeto.

El ritmo de Trueno se volvió más fluido a medida que avanzaban. Edith ya no pensaba en el equilibrio ni en las riendas; su cuerpo había empezado a entender el movimiento por sí solo. El aire frío le rozaba las mejillas, llevándose consigo cualquier resto de tensión. Y Edith se encontró a sí misma haciendo algo de lo que nunca pensó que sería capaz: disfrutar del paseo.

Cuando pasaron el puente levadizo y se alejaban por primera vez desde su llegada de los muros del castillo, Edith pensó que sentiría libertad, pero no pudo evitar sentir cierta tristeza. Si su plan salía bien, no volvería a cruzar esos muros y no volvería a ver a los niños ni a las amigas que había hecho allí.

Pero no podía pensar en ello. Su época no era esa y tenía que regresar a casa.

Detrás de ella, Alaric apenas se atrevía a respirar. No se mantenía rígido por temor a que ella cayera, sino porque sabía que, si la estrechaba demasiado, perdería la capacidad de soltarla. Ninguna mujer había puesto a prueba su autocontrol de una forma tan peligrosa.

Pero Edith parecía ajena a esos pensamientos, porque ella estaba inmersa en el paisaje.

Frente a ellos, las Highlands se extendían como un mar infinito de colinas suaves cubiertas de brezo. La niebla se deslizaba entre los valles como un susurro vivo, y el cielo gris parecía tan bajo que casi podía tocarse.

—Es precioso. Un paisaje tan puro, tan real... —susurró Edith, girando la cabeza para encontrar la mirada de Alaric—. Nunca he visto nada tan bonito.

—Yo sí lo he visto —replicó él, sosteniéndole la mirada fijamente.

Intentó concentrarse en el horizonte, pero era inútil. Con cada paso del semental, sentía el pecho de Alaric vibrando contra su espalda y el calor de sus muslos rodeándola, recordándole que estaba a merced de su fuerza. Se imaginó cómo sería el tacto de aquellas manos, acostumbradas a empuñar el acero, si se deslizaran

por su piel con la misma suavidad con la que él acababa de hablar. El pensamiento la hizo estremecerse, y no precisamente por el viento frío de las Highlands.

Alaric, por su parte, apretó las riendas con los nudillos blancos. Podía sentir el pulso acelerado de Edith a través de la ropa y el aroma de su cabello llenándole los pulmones. Era una tortura; una tortura extrañamente placentera, ya que, por primera vez en años, sentía que no tenía que cargar solo con el peso de todo mientras ella estuviera allí, encajando perfectamente contra su pecho, la vida parecía más sencilla.

Si no fuese porque deseaba con todas sus fuerzas poseerla allí mismo. Pero tendría que esperar a estar casados. Él era un hombre de honor. Un guerrero disciplinado, podría contenerse.

Ella emitió un pequeño suspiro y, buscando una posición más cómoda sobre la silla, se reacomodó echando el cuerpo hacia atrás, presionando involuntariamente sus caderas contra él, echando por tierra toda esa disciplina de la que hacía gala.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó Alaric entre dientes, tensando los brazos de tal forma que el caballo relinchó, confundido por la presión de las riendas.

Edith se sobresaltó y giró un poco la cabeza, buscándole la mirada con preocupación.

—¿Qué ocurre? ¿He hecho algo mal? —preguntó ella con un hilo de voz.

Alaric cerró los ojos un instante, aspirando el aroma de su cabello mientras luchaba por calmar los latidos de su propio corazón. Su disciplina era una armadura, pero ella estaba encontrando todas las grietas.

—Nada —respondió él con una voz tan ronca que apenas parecía la suya—. No pasa nada, Edith. Solo... mira hacia delante.

Ella obedeció, aunque sentía la tensión de él.

Cabalgaron unos minutos más en silencio hasta que Alaric paró el caballo en un claro.

Edith lo miró, confusa.

Alaric detuvo al semental frente a un claro rodeado de pinos, donde el musgo parecía devorar las piedras. Bajó del caballo con la

agilidad de un gato y, sin decir palabra, rodeó la cintura de Edith para ayudarla a descender. Sus manos se demoraron un segundo más de lo necesario en su talle antes de soltarla.

Edith pisó el suelo firme, sintiendo las piernas algo entumecidas, y miró a su alrededor con confusión. Por alguna razón, el lugar le resultó sombrío; incluso sentía el aire más pesado. Era una sensación extraña.

—¿Por qué nos detenemos aquí? —preguntó ella, frotándose los brazos.

Alaric arrugó el ceño.

—¿No recuerdas este lugar?

—¿Debería?

—Aquí es donde sufriste la emboscada. Todos los que te acompañaban desde Inglaterra murieron. Mis hombres han limpiado el lugar. Los cuerpos han sido enterrados en suelo sagrado con la bendición del padre Stuart; descansan en paz.

Edith sintió que se le cortaba la respiración. Miró hacia donde él señalaba, intentando procesar que, en la historia de este mundo, ella era la única superviviente de una carnicería. No, ella no. La verdadera Edith.

Si es que seguía viva. ¿Y si la habían secuestrado y, al aparecer ella, no la estaban buscando? ¿Y si esa pobre chica estaba en algún lugar, sufriendo? El corazón de Edith se encogió y sintió cómo se le cerraba la garganta.

—Edith... ella... —balbuceó, llevándose las manos temblorosas a la boca.

Al verla a punto de colapsar, Alaric acortó la distancia en un solo paso. Sus manos, grandes y curtidas, se posaron con una firmeza sorprendente en los hombros de la joven, obligándola a sostenerse.

—Mírame —ordenó con una voz que era puro terciopelo y acero a la vez—. Estás aquí. Estás viva, Edith.

Alaric interpretó su terror como el despertar de un trauma enterrado. Con un gesto lleno de una delicadeza que rara vez mostraba, acunó su rostro entre sus manos, obligándola a mirarle a los ojos.

—Estoy aquí y no permitiré que nadie vuelva a tocarte. Si recuerdas a los hombres que os tendieron la emboscada, descríbemelos. Te juro por Dios que recibirán su merecido.

—Yo... yo... —logró articular, sintiendo cómo sus piernas fallaban bajo el peso de una verdad que no podía confesar.

—No sucede nada, Edith. Puedes derrumbarte, yo te sostengo —le aseguró él.

Aquella dulzura inesperada fue el detonante. Las lágrimas comenzaron a brotar sin control, empapando sus mejillas. Alaric la estrechó contra su pecho, convencido de que el llanto era el despertar de un trauma enterrado, la liberación de los horrores de la emboscada.

Pero Edith lloraba por una razón distinta: la situación la estaba superando. No podía sincerarse con Alaric; él pensaría que había perdido el juicio por completo. En su interior, solo podía rezar a ese Dios en el que apenas creía, suplicando que la verdadera Edith estuviese a salvo. Necesitaba convencerse de que la otra mujer también había viajado en el tiempo, porque no soportaba la idea de que alguien estuviese sufriendo por su culpa.

Alaric no dijo nada más. Sintiendo cómo el cuerpo de Edith temblaba contra el suyo, supo que aquel claro era un veneno para ella. La levantó en vilo con una facilidad pasmosa y la acomodó sobre la silla del semental antes de montar tras ella. Espoleó al caballo, alejándose a galope.

Cabalgaron en silencio durante un rato, adentrándose en la belleza salvaje de las Highlands, hasta que escucharon el sonido del agua chocando contra las rocas. Alaric detuvo al caballo frente a una cascada oculta entre abedules y helechos. El agua caía con fuerza en una poza de un azul cristalino, creando una melodía constante y relajante.

Bajó primero y, con una delicadeza que contrastaba con su imponente figura, ayudó a Edith a descender. Ella aún se sentía mareada, con las mejillas aún húmedas por las lágrimas. Alaric sacó una manta de lana gruesa de la grupa del caballo y la extendió sobre la hierba alta y verde, en un lugar donde el sol de la tarde calentaba la tierra.

—Siéntate —le pidió, suavizando la voz—. Aquí estás a salvo. El sonido del agua limpia los malos recuerdos.

Edith obedeció, dejándose caer sobre la manta, agradecida por el descanso. Alaric se sentó a su lado, pero manteniendo una distancia respetuosa.

—He traído algo de comer —le ofreció él, sacando un poco de pan y queso de su talego—. Necesitas recuperar fuerzas. No puedes permitir que el pasado te consuma, Edith.

Ella asintió, aunque no estaba muy segura de cuál era el pasado y cuál era el presente.

Alaric partió un trozo de pan y queso y se lo ofreció. Mientras comía, sintió cómo una extraña calma empezaba a sustituir al pánico. Él también lo notó; su postura se relajó ligeramente, aunque su mirada seguía siendo inquisitiva.

—No era mi intención hacerte sufrir, Edith —dijo él con voz grave—. Pero es necesario que me cuentes todo lo que recuerdes.

Edith no respondió de inmediato. Se limitó a contemplar la cascada, hipnotizada por la cortina de agua cristalina. Había visto muchas cascadas a lo largo de su vida, pero nunca una tan bonita como esa.

—No recuerdo nada —dijo después de unos minutos, y no era una mentira.

Alaric suspiró a la vez que se pasaba una mano por su cabello pelirrojo.

—Sé que no quieres recordar, Edith. Pero necesito que lo hagas.

Edith giró la cabeza para mirarle a los ojos, buscando una salida.

—¿Y si lo olvidamos? —sugirió en un susurro.

—¿Y dejar que los culpables no paguen por lo que hicieron? —replicó él, y su mirada se volvió tan fría como el acero de su espada —. No voy a descansar hasta que mueran con el filo de mi espada.

—La violencia no es la solución.

—Soy un guerrero, Edith —replicó él. Su voz bajó una octava, volviéndose más espesa y peligrosa. Se inclinó hacia ella sobre la manta, invadiendo su espacio lateral hasta que Edith pudo sentir el calor de su cuerpo.

Alaric estiró una mano y, con una mezcla de posesión y advertencia, la apoyó en la hierba justo detrás de la espalda de Edith, rodeándola sin llegar a tocarla. El borde de su kilt rozó el muslo de ella, una caricia áspera y cálida a la vez.

—¿Cómo esperas que los mantenga a salvo si no es con la fuerza? —le preguntó, buscándole los ojos con una fijeza implacable —. Si no castigo este ataque, enviaré un mensaje de debilidad. Un laird débil es pasto de los lobos. Y estas tierras están llenas de lobos deseosos de quitarme el poder.

—¿Tanto te importa el poder?

Alaric soltó un suspiro áspero, pero no apartó la mirada. La cercanía de Edith, el roce de la tela de su *kilt* contra ella y la sinceridad de su pregunta hicieron que su armadura de jefe guerrero se agrietara un poco.

—No me importa el poder, nunca lo ha hecho —dijo, y por primera vez, su voz no era un mandato, sino una confesión—. No soy el laird por la gloria o el mando. Lo soy porque este clan es mi sangre y mi responsabilidad. —Se inclinó un poco más hacia ella, rodeándola con su presencia—. Soy el laird porque debo asegurar que los MacFarlane prevalezcan en estas montañas, que no sean borrados por la ambición de otros. Pero, sobre todo... —su mirada se suavizó al pensar en el castillo—, lo soy para que mis hijos estén a salvo hasta que puedan valerse por sí mismos.

Edith asintió en silencio. Podía entender ese instinto de protección, aunque aceptarlo fuera otra historia. Para una mujer del siglo XXI, acostumbrada a una justicia que no contemplaba el «ojo por ojo», las palabras de Alaric resultaban brutales, pero extrañamente honestas. Bajo su armadura de guerrero, no había sed de sangre, sino un miedo muy humano a perder lo que amaba.

Él lo protegía de la única manera que podía.

El silencio volvió a instalarse entre ellos, pero esta vez no era pesado, sino expectante. El rugido de la cascada parecía amortiguar el resto del mundo, dejándolos solos en su burbuja. Alaric seguía con la mirada fija en el horizonte, pero Edith podía sentir la tensión en su hombro, tan cerca del suyo.

Ella tomó aire, el aroma a tierra y agua inundándole los pulmones. Miró la mano de Alaric, grande y curtida, descansando sobre la hierba a pocos centímetros de la suya. Era la misma mano que había blandido una espada y la misma que la había sostenido con delicadeza en el caballo.

Lentamente, sin apartar la vista de su perfil, Edith alargó la suya y posó sus dedos sobre el dorso de la mano de él.

Alaric se tensó al instante. Su respiración se detuvo y giró la cabeza tan rápido que un mechón de su cabello pelirrojo le cayó sobre la frente. La miró con una mezcla de sorpresa pura y un deseo contenido que ardía en sus ojos azules. No esperaba que ella rompiera la distancia respetuosa que él mismo había impuesto.

—Edith... —su voz fue un susurro ronco, una pregunta y una advertencia a la vez.

—No hay nada malo en tocarse, Alaric.

—Sí lo hay —respondió él, apretando la mandíbula con tanta fuerza que Edith pensó que debía de ser doloroso—. Hasta que nos casemos es indecoroso.

Edith no esperó a que él terminara de justificar su rechazo. Se inclinó hacia adelante, acortando los últimos centímetros que los separaban, y presionó sus labios contra los de él.

Fue un contacto suave al principio, casi exploratorio, pero la respuesta de Alaric fue inmediata. El guerrero soltó un gruñido ahogado, una mezcla de rendición y hambre contenida. Sus manos, que antes descansaban rígidas sobre la manta, ascendieron para atrapar el rostro de Edith con urgencia.

Como cada vez que se besaban, Edith sentía ese calor en su centro que nunca antes había sentido. Ni siquiera con Oliver. Pasó las manos por los hombros de Alaric, sintiendo la dureza de sus músculos bajo la camisa, y se aferró a él como si fuera lo único sólido en un mundo que se desmoronaba.

En ese instante, una idea cruzó su mente con la fuerza de un rayo: antes de encontrar el camino de regreso al siglo XXI, quería acostarse con él. Quería llevarse ese recuerdo, un *souvenir*. El pensamiento le resultó tan cínico y a la vez tan vital que rompió el

beso y soltó una risotada involuntaria, cargada de una ironía que solo ella comprendía.

Alaric la miró confundido, con la respiración entrecortada y los ojos oscurecidos por un hambre que luchaba contra su propia rigidez.

Sin decir una palabra, Edith se puso en pie. Sus movimientos eran fluidos, desprovistos de la timidez que se esperaba de una dama de la época. Con las manos firmes, comenzó a quitarse la ropa. Él solo la miraba, pero cuando quedó desnuda frente a él, soltó un suspiro.

—Eres la criatura más preciosa que he visto en toda mi vida —le dijo él.

—Yo también quiero verte —respondió ella, con un hilo de voz que no admitía réplica.

Alaric no se hizo de rogar. Se puso en pie y se deshizo de su ropa con la eficiencia de un guerrero que se prepara para la batalla, pero con una reverencia que Edith nunca había visto en un hombre. Cuando él quedó expuesto, ella recorrió con la mirada las cicatrices de su torso, marcas de un pasado violento que contrastaban con la suavidad con la que él la tomó por la cintura.

Alaric la alzó en vilo, como si no pesara más que una pluma, y la depositó con delicadeza sobre la manta. Se tendió sobre ella, envolviéndola con su calor y su peso, una presencia abrumadora que hacía que el resto del mundo desapareciera.

Edith cerró los ojos y arqueó la espalda cuando sintió la lengua de Alaric recorriendo su piel, trazando un camino de fuego desde la curva de su cuello hasta sus pezones, deteniéndose en cada centímetro como si quisiera memorizar su sabor. Era una sensación cruda, animal y, a la vez, infinitamente tierna. Ella sentía una marea ascendente en su vientre, un hambre que su mente racional no podía explicar, pero que su cuerpo reclamaba a gritos. Enterró las manos en el cabello de él, tirando suavemente.

—No pares, Alaric —le pidió.

—Tengo que hacerlo —dijo él con los dientes apretados y los ojos entrecerrados—. Debo esperar a que nos casemos.

Pero Edith no estaba dispuesta a detenerse. No cuando no sabía cuándo sería la última vez que lo vería. Aquella podría ser la última oportunidad de estar juntos que tenían. Y Edith no pensaba desaprovecharla.

Bajó las manos por la espalda de él y le clavó las uñas.

—Poséeme, Alaric, hazme tuya.

Y aquellas palabras fueron como un canto de sirena al que Alaric no pudo resistirse. Perdió toda la disciplina de la que siempre presumía, y el autocontrol que había forjado en mil batallas se desintegró ante el contacto de las uñas de Edith surcando su piel.

Edith sintió la punta de la longitud de él en su centro, preparada para recibirlo. Alaric empezó a empujar, pero se detuvo en seco, manteniendo el peso sobre sus antebrazos para no aplastarla, con los músculos de los hombros vibrando por el esfuerzo de contenerse.

—No quiero hacerte daño, pero la primera vez siempre les duele a las mujeres —susurró él, con la voz rota por una mezcla de deseo y una ternura protectora que lo desgarraba. Introdujo su longitud suavemente dentro de ella, con una lentitud tortuosa, esperando el primer rastro de resistencia física.

—Alaric, yo…

—Has perdido tu virtud —dijo él, deteniéndose en seco.

—Sí.

—¿Te forzaron? —preguntó él, escrutándola con una intensidad que parecía querer leerle los pensamientos a través de las pupilas.

Edith suspiró.

—No.

—¿Y lo amas?

La pregunta de Alaric quedó suspendida en el aire, mezclada con el rumor constante del agua cayendo sobre las rocas. Edith guardó silencio. No, no amaba al hombre que se había llevado su virginidad. Recordó aquel episodio de su vida en Londres como algo lejano, casi clínico. Había tenido un novio antes que él, pero nunca se había sentido preparada. Cuando conoció a aquel chico, pensó que simplemente ya era hora, un trámite de madurez que terminó

siendo una experiencia desastrosa. De hecho, rompieron al día siguiente.

En cambio, a Oliver sí lo había querido. O eso creía. Porque ahora, bajo el cielo de las Highlands y con el peso de un guerrero medieval sobre ella, Oliver era solo un eco borroso. Ni siquiera lo había recordado desde que puso un pie en el pasado.

—No —respondió finalmente, con una firmeza que desarmó la tensión de Alaric—. No lo amo. Ni siquiera recuerdo su rostro con claridad.

—Entonces no existe. Yo seré el primero y el único —dijo, con una posesividad salvaje que no pudo ni quiso ocultar.

Reanudó el movimiento, pero esta vez no hubo vacilación. La reclamó con una cadencia potente, una fuerza rítmica que seguía el compás del agua golpeando las rocas. Edith arqueó la espalda, sintiendo cada embestida.

—Mírame, Edith —gruñó él, obligándola a abrir los ojos que no se había dado cuenta de que había vuelto a cerrar—. No cierres los ojos. Quiero que sepas quién está aquí, quién te está poseyendo.

—No necesito abrirlos —jadeó ella, clavando las uñas en sus hombros bronceados y abriendo los ojos a pesar de sus palabras—. Sé que eres tú.

Alaric la poseyó con una fuerza renovada, un impulso primitivo que buscaba reclamar cada rincón de su cuerpo. Era una embestida rítmica y poderosa, marcada por el estruendo de la cascada que caía a pocos metros de ellos. Edith sentía que cada movimiento de él actuaba como un borrador sobre su propia historia; Alaric no solo estaba reclamando su presente, sino que estaba barriendo los restos de los hombres que habían pasado por su vida.

Él quería ser el único rastro en su memoria, el único nombre que acudiera a sus labios cuando el placer la desbordara. Y ella estaba segura de que lo estaba consiguiendo.

—Dilo —exigió él, con la voz rota por el esfuerzo de no perderse del todo—. Di mi nombre, Edith.

—Alaric... —susurró ella, y el nombre se sintió como una oración y una rendición al mismo tiempo.

El clímax llegó como una crecida del río, violento y absoluto. Edith arqueó la espalda sobre la manta, sintiendo que sus sentidos estallaban en mil pedazos de luz blanca, mientras Alaric se tensaba sobre ella, hundiéndose una última vez con un gruñido de triunfo.

Durante un largo instante, el tiempo se detuvo. Los dos se quedaron quietos en silencio, recuperándose del estallido de sensaciones que los había dejado sin aliento.

Alaric fue el primero en moverse. Se dejó caer pesadamente al lado de ella sobre la manta, con el pecho subiendo y bajando en un ritmo errático. Sin decir una palabra, rodeó la cintura de Edith con su brazo y la atrajo hacia él con una posesividad que ya no intentaba ocultar. Ella, sintiéndose extrañamente ligera y vacía de tensiones, apoyó la cabeza en el pecho musculoso de él, escuchando el galope salvaje de su corazón, que poco a poco empezaba a serenarse.

—No podemos demorarlo más —dijo él—. Debemos casarnos. No puedo esperar a que te conviertas en Lady MacFarlane, la señora del clan, mi esposa.

Al escuchar la desesperación y seguridad con la que pronunció aquellas palabras, como si no anhelase nada más que casarse con ella, Edith sintió cómo las lágrimas comenzaban a inundar sus ojos. Porque aquello era lo más bonito que un hombre le había dicho nunca.

Una parte de ella quería rendirse a esa fantasía. Quería quedarse, ser su mujer. Pero no tenía sentido: ella no pertenecía a esa época y era el momento de volver a su mundo.

Se tocó el medallón, que era lo único que llevaba puesto, sintiendo el metal frío contra su piel cálida. Aquel medallón era su único ancla a la realidad.

—¿El círculo de piedras donde me encontraste queda muy lejos? —preguntó, provocando que él bajase la mirada para buscar sus ojos.

—No —respondió, con un deje de sospecha en el tono—. Apenas a un galope corto desde aquí.

—Creo que si me llevas allí, podré recordar qué sucedió en la emboscada. Tal vez pueda recordar los rostros de los bandidos —

mintió, y el sabor de la falsedad le resultó ácido en los labios, especialmente después de la entrega de hace unos minutos.

Alaric asintió.

—Vamos, entonces. Cuanto antes sepamos quién te atacó, antes podré terminar con ellos.

Hizo amago de moverse para vestirse, pero Edith le agarró del brazo con una urgencia silenciosa.

—Aún es pronto, Alaric. El sol todavía se quedará unas horas más en el cielo —le pidió, atrayéndolo de nuevo hacia la manta—. Quedémonos un rato más aquí. Solo un poco más.

Él pareció confundido por su repentino cambio de humor, pero la suavidad en los ojos de Edith lo desarmó. Asintió, rodeándola de nuevo con su calor. Ella le dio un beso suave en el pecho, justo sobre el latido de su corazón, y descansó la cabeza, sintiendo cómo el cansancio y la paz de la cascada empezaban a pesarle en los párpados.

Quería estirar el tiempo, saborear el rastro de su piel y el sonido de su respiración antes de que el círculo de piedras la reclamara. Con ese último pensamiento de egoísmo romántico, Edith dejó que sus ojos se cerraran.

Se quedó dormida entre los brazos del hombre al que estaba a punto de abandonar.

Capítulo 12

Cabalgaban sobre Trueno, ascendiendo por la ladera de la colina que conducía al círculo de piedras, pero Edith no sintió nada.

No hubo rastro de aquel mareo que había precedido a su viaje la primera vez, cuando solo era una chica cuya mayor preocupación era superar la ruptura con su exnovio. Habían pasado tres semanas desde entonces, pero Edith sentía como si hubiesen pasado meses, como si ahora fuese una persona completamente diferente, y en parte lo era.

Descendieron del caballo y Edith observó el círculo de rocas que se alzaba ante ellos, imponente y mudo, mientras Alaric ataba las riendas a un árbol cercano. Bajo la ropa, sus dedos buscaron el medallón. Había dado por hecho que, al igual que la vez anterior, el metal se iluminaría y el portal la reclamaría, pero, de momento, el amuleto permanecía frío contra su piel.

Entonces recordó un detalle crucial: la otra vez estaba sola.

Se preguntó cómo podría deshacerse de Alaric. Necesitaba una excusa, una mentira lo bastante sólida para alejar a un hombre cuya misión vital era, precisamente, no quitarle el ojo de encima.

Edith tenía que inventarse una excusa, lo que era más complicado de lo que parecía, porque ella era malísima improvisando.

—¿Recuerdas algo? —le preguntó Alaric, acercándose a su lado.

—No —mintió, barriendo el horizonte con la mirada—. Tal vez... tal vez si me quedo sola unos minutos, el silencio me ayude a conectar con lo que pasó.

—No voy a dejarte sola —sentenció él, con esa terquedad protectora que lo caracterizaba—. No cuando los recuerdos regresen a ti. Podrías perder el sentido. Estaré aquí mismo.

Edith soltó un suspiro de frustración. Alaric era un bruto, un hombre de una época violenta, pero también era más atento y leal de lo que cualquier hombre del siglo XXI había sido jamás con ella. Aquel highlander era especial, un espécimen único que el destino le había regalado en el momento equivocado.

Es que mira que tenía mala suerte.

Edith dio un paso hacia adelante y, al moverse, sintió una punzada sorda en su vientre, un eco físico de lo que había hecho bajo la cascada. No era un dolor molesto, sino un recordatorio eléctrico de lo que habían compartido instantes antes. Y Edith tuvo una certeza amarga: aquel hombre había estropeado cualquier relación sexual que ella pudiera tener en el futuro.

Ella suspiró. Tenía que alejarlo de allí. Además, no podía correr el riesgo de que el medallón se activase y, al estar él cerca, viajase con ella.

No se imaginaba a Alaric en el siglo XXI tomándose un café en el Starbucks.

—Necesito regar el campo —dijo a la desesperada.

Alaric frunció el ceño.

—¿El qué?

—Ya sabes... hacer pis. —Edith hizo una pausa, tratando de pensar la forma en la que las mujeres del clan se habían referido—. Hacer aguas menores.

Alaric pareció entenderlo al fin, aunque una chispa de diversión cruzó sus ojos antes de recuperar su seriedad de guardián.

—Está bien. Iré a donde he dejado a Trueno. No voy a mirar, pero no me alejaré más allá de un grito.

Eso era suficiente. Apenas unos metros de privacidad, el tiempo justo para que el medallón se activase y desaparecer. Edith asintió, pero, antes de que él se girase para marcharse, ella lo detuvo agarrándolo del brazo.

Lo atrajo hacia sí y lo besó con una intensidad desesperada, una despedida que él no podía comprender. Fue un beso que sabía a deseo y a un «lo siento» silencioso. Alaric respondió con fuerza, envolviéndola un segundo antes de separarse, confundido por la repentina urgencia de ella.

—Vas a lograr que quiera volver a hacerte mía —le dijo él cuando el beso se rompió.

Edith deseaba volver a sentir su cuerpo con el de él, sin ropa que les molestase, pero sabía que no podía ser. Una vez, eso era todo lo que ella tendría de él. Tenía que bastarle.

—Gracias —dijo, sin saber muy bien qué le estaba agradeciendo. Nada o tal vez todo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Alaric con preocupación—. Estás temblando.

—Estoy bien —dijo con la voz temblorosa—, solo necesito hacer mis necesidades.

Él asintió, aunque Edith supo que se dio cuenta de que no decía la verdad. ¿Cómo no iba a hacerlo cuando era la mayor mentira que había contado jamás? En esos momentos, Edith estaba de todo menos bien.

—No tardes —le pidió a la vez que se dirigía hacia el semental.

Ella se quedó mirando la espalda de Alaric más tiempo del que debería. Aquella iba a ser la última vez que lo viese. Su corazón se encogió con una tristeza que nunca antes había sentido; ni siquiera cuando Oliver le contó que la dejaba por otra.

Y, por un instante, solo por uno, estuvo a punto de llamarlo y regresar con él al caballo. Porque una parte de ella no se quería marchar; una parte de ella se quería quedar junto a Alaric. Pero Edith sabía que aquello era una locura, algo que no era posible. Y, con una lágrima solitaria recorriendo su rostro, avanzó hasta colocarse en el medio de las rocas.

—Es lo correcto —susurró para sí misma.

En esta ocasión no tenía su móvil. Ni siquiera lo había echado de menos en todo este tiempo. Aunque ahora iba a tener una buena historia que contar a sus seguidores. Bueno, no iba a poder contar nada, porque se creerían que estaba loca o, seguramente, que se lo había inventado para llamar la atención, algo que, en las redes sociales, se estaba convirtiendo en un reto cada vez más complicado de conseguir.

El viento soplaba con más fuerza allí, colándose entre las grietas de la piedra y levantando mechones de su cabello.

Se detuvo. Por un instante, no hizo nada. Luego, con manos algo temblorosas, llevó los dedos al escote de su vestido y sacó el medallón que llevaba oculto bajo la tela. El metal estaba frío, como si hubiera estado esperando ese momento.

Lo sostuvo con fuerza entre los dedos.

—Vamos… —susurró.

Cerró los ojos. Intentó recordar exactamente cómo había ocurrido la primera vez: la sensación, el tirón extraño, el vértigo, como si el mundo se plegara sobre sí mismo.

Apretó más el medallón.

El viento siguió soplando, pero no pasó nada. Frunció el ceño, concentrándose.

—Por favor…

Esperó.

Un segundo.

Dos.

Tres.

Nada.

Solo el roce constante del aire contra las rocas. Edith abrió los ojos lentamente. El paisaje seguía igual, como si nunca hubiera existido ningún tipo de magia allí.

Bajó la mirada hacia el medallón, confusa.

—No puede ser... —murmuró.

Negándose a rendirse, lo volvió a intentar. Cerró los ojos otra vez, aferrándose con más fuerza, casi hasta hacerse daño.

Pero, de nuevo, no ocurrió nada.

Ni un destello ni una sensación; ni siquiera un indicio.

Sintió un nudo en la garganta y su estómago se encogió. ¿Qué estaba pasando? ¿Acaso estaba haciendo algo mal?

—No funciona… —susurró, esta vez con un hilo de voz.

El medallón, inerte, colgaba ahora entre sus dedos.

Edith volvió a cerrar los ojos. Tenía que intentarlo una vez más. La tercera sería la definitiva.

—¿Edith? —La voz de Alaric la sobresaltó—. ¿Estás bien? Te estoy llamando y no me respondes.

Edith abrió los ojos. Había estado tan concentrada intentando regresar al futuro que no había escuchado a Alaric acercarse a ella.

Él se encontraba a su lado, observándola con confusión.

—Sí, estoy bien —mintió ella, mirando a su alrededor. Todo seguía igual, nada había cambiado.

—¿Has recordado algo?

—No.

Edith se dio la vuelta y, presa de la desesperación, se subió a una de las rocas más altas. Comenzó a sacudir el medallón frente a ella, moviéndolo en el aire como si buscara una señal.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Alaric, frunciendo el ceño desde abajo.

—¡El medallón no funciona! —exclamó ella sin mirarlo—. ¡No hace nada!

—¿De qué medallón hablas?

Edith bajó la vista hacia él y extendió la mano, mostrándole la pieza de metal que apretaba con fuerza.

—De este, Alaric.

Alaric se acercó, pero su expresión de confusión no desapareció. Miró la mano abierta de ella y luego volvió a mirarla a los ojos.

—Edith, no tienes nada en la mano.

Ella se quedó helada. Miró su propia palma: el metal brillaba bajo la luz, sólido y frío. En ese instante, todo encajó. Recordó las veces que otros tenían que haberlo visto, como Mairi o Marsaili, pero nunca lo habían mencionado.

Solo ella podía verlo.

Alaric la tomó por la cintura y la bajó de la piedra con suavidad.

—Es mejor que regresemos a la fortaleza —le dijo con voz suave—. Intentar recordar te está afectando demasiado. No importa, Edith. Encontraré a los bandidos sin tus recuerdos.

—No, no puedo irme —insistió ella, forcejeando—. Tengo que hacer que funcione.

—No voy a dejar que fuerces unos recuerdos que te están haciendo daño.

Edith plantó los pies con fuerza en la tierra, resistiéndose, pero Alaric era mucho más fuerte. La rodeó con los brazos y la levantó en vilo con facilidad.

—¡Suéltame! —exclamó ella mientras él la llevaba hacia el semental.

Pero Alaric no cedió. La subió al caballo con cuidado, pero con firmeza, asegurándose de que quedara bien asentada.

—Volvemos a la fortaleza —sentenció él, montando tras ella—. Estás agotada, Edith. Nada de esto vale tu cordura.

Ella se quedó rígida contra su pecho. El medallón seguía ahí, pesado y visible solo para ella.

Mientras cabalgaban de regreso a la fortaleza, Edith intentó poner sus pensamientos en orden. Tenía que haber una manera de regresar, pero era evidente que no bastaba con volver a las rocas.

El problema era que ahora no tenía la menor idea de qué hacer. La seguridad de que la puerta a su época estaba en aquellas piedras le había permitido sobrellevar los días. ¿Pero ahora?

—Estás demasiado tensa —dijo Alaric tras ella, rompiendo el silencio.

—Solo estoy cansada —mintió Edith sin mirarlo.

—Ha sido mi culpa —suspiró Alaric—. No debí obligarte a recordar.

—No tienes la culpa de nada —le aseguró ella, aunque su mente seguía en el medallón.

Alaric la apretó más contra su pecho, como si intentara protegerla de sus propios pensamientos. Edith respiró hondo, dejándose llevar por su calor, sintiendo cómo el peso de la culpa de él se sumaba a su propia desesperación.

—A partir de ahora, no habrá más presiones —le tranquilizó Alaric cerca de su oído—. Ni siquiera referentes al matrimonio.

Aquella última declaración consiguió captar la atención de Edith, que ladeó la cabeza para mirarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Que esperaré todo el tiempo que necesites. No nos casaremos hasta que no estés preparada.

Edith hundió los hombros y volvió a mirar al frente. No le dio ninguna respuesta, porque no la tenía. No podía casarse con Alaric, a pesar de que a una parte de ella —aquella que debía de estar perdiendo el juicio— le parecía una idea cada vez menos horrible. Pero, si no se casaba con Alaric, ahora que no sabía cómo volver al futuro, ¿qué iba a hacer?

Edith necesitaba encontrar una solución.

Se mantuvieron en silencio hasta que llegaron al patio de armas del castillo. Alaric la ayudó a bajar del semental y, antes de que sus pies tocaran tierra firmemente, un vendaval en forma de niña pequeña se abalanzó sobre ella.

—¡Edith! ¡Te he echado de menos! —exclamó la pequeña Maisie, abrazándose a sus piernas.

Edith sonrió y le dio un beso en la mejilla, sintiendo un alivio repentino que barrió parte de su tristeza.

—Yo también a ti —susurró ella.

Al mirarla, se dio cuenta de algo: aunque no había regresado a su época, en esta también había personas que la querían y la necesitaban. La angustia seguía ahí, pero el peso en su pecho se volvió, por un instante, un poco más ligero.

Capítulo 13

Una de las cosas que Edith peor llevaba de su nueva vida en la fortaleza era el aburrimiento. Aunque Davina insistía en enseñarle a ser una buena señora del clan, haciéndole supervisar las labores de la cocina o intentar tejer —actividades que a Edith le parecían un auténtico coñazo—, la realidad era que se aburría como una ostra.

Y Alaric se pasaba la mayor parte del día fuera: en el campo de entrenamiento, reunido con sus hombres en la sala de estrategias o recorriendo los alrededores de la fortaleza.

Así que, en aquel momento, Edith estaba sentada en un banco junto a una de las paredes de su habitación, observando a Maisie. La niña estaba en el suelo, completamente concentrada, alineando pequeños trozos de madera como si fueran soldados. Murmuraba para sí misma, moviéndolos de un lado a otro con una seriedad que a Edith le parecía bastante enternecedora.

—¡No puedes ir ahí! —gritó, empujando uno de los trozos—. ¡Te van a ganar!

Edith apoyó la cabeza contra la pared mientras exhalaba un suspiro.

—Ojalá mi vida fuera así de emocionante.

En ese momento, la puerta se abrió con suavidad.

Mairi entró sin hacer ruido, cargando con un cesto de ropa doblada entre los brazos. Cruzó la estancia con pasos ágiles, dejando el cesto sobre una mesa cercana antes de comenzar a ordenar algunas prendas. Alzó la vista hacia Edith y la niña.

—Milady.

Edith entrecerró los ojos ante la formalidad, pero no se quejó.

—¿Qué hacéis en la fortaleza para no aburriros durante todo el día? —preguntó Edith, incorporándose.

Mairi dudó un instante, como si la pregunta le resultara extraña.

—Siempre hay quehaceres, milady. La cocina, el lavado, el cuidado de las estancias…

—Me refiero al ocio.

—¿Ocio?

—Ya sabes, pasatiempos. —Edith imaginaba que no se iban a ver una película, ¿pero habría algo divertido que hacer, no? ¿O acaso en la Edad Media no se divertían? No podía ser todo trabajo—. ¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre?

—Pocas veces tengo tiempo libre. —Mairi esbozó una sonrisa incómoda.

—Eres mi doncella, ¿verdad? —le preguntó ella con una sonrisa pícara.

—Entre otros muchos quehaceres, milady.

—Pero yo voy a ser la señora del clan.

—Sí, milady. Todos estamos esperando deseosos ese enlace.

Edith frunció el ceño. Alaric no había vuelto a mencionar la boda, dándole el tiempo que le prometió, aunque, siendo sincera, apenas lo había visto en los seis días que habían pasado desde su intento de regresar a casa. Desde que habían hecho el amor. Porque, pese a que ella no creía estar enamorada —no podía estarlo, en realidad—, sí sabía que había sido mucho más que sexo.

Edith tenía la sensación de que Alaric la estaba evitando. Aunque, si era sincera consigo misma, ella también lo había estado evitando a él. Porque la despedida con él —o, mejor dicho, falsa despedida— le había roto el corazón, lo que le había hecho darse cuenta de que no podía seguir alimentando unos sentimientos hacia Alaric que, cada día que pasaba, crecían más.

Cuanta más distancia hubiera entre ellos, mejor.

Pero el padre Stuart la había estado buscando y, por eso, ella se escondía en la habitación. El sacerdote no se mordía la lengua, convencido de que la tardanza estaba relacionada con los nervios de una joven virgen y tímida. Y ella estaba cansada de sus sermones.

—Aunque aún no estoy casada, estoy prometida —dijo Edith a la sirvienta, ignorando sus protestas—. Y tengo potestad para darte la mañana libre.

—No puedo, milady. Debo ir al mercado a por provisiones.

Aquello despertó la curiosidad de Edith.

—¿Hay un mercado?

—Sí, cada semana en el pueblo. Los campesinos venden allí sus productos.

—Iré contigo —decidió Edith, levantándose de inmediato—. Necesito salir de estos muros.

—¡Yo también quiero ir al mercado! —gritó Maisie, levantándose de un salto del suelo.

—Milady, no creo que sea posible —intervino la sirvienta con preocupación—. Al laird no le va a gustar...

—¿No soy vuestra señora? —le espetó Edith, levantando una ceja—. Me importa un pimiento lo que le guste al laird.

—¡Un pimiento! —coreó Maisie entre risas, imitando su gesto.

—Milady, los soldados del puente no os dejarán salir sin escolta —advirtió Mairi.

Edith suspiró. Sabía que la sirvienta tenía razón.

—Entonces buscaremos al laird para pedirle permiso —dijo Edith, saliendo de la habitación con Maisie pegada a sus talones.

Bajaron al gran salón y, al intentar salir al patio, se toparon con Tiernan.

—¡Tío Tiernan! —gritó la niña—. ¡Vamos al mercado!

Edith miró a Maisie. Sí que había tardado en contarlo... Desde luego, la pequeña no estaba hecha para guardar un secreto.

—¿En serio? —preguntó Tiernan, divertido.

—¿Dónde está Alaric? —inquirió Edith.

Tiernan fijó sus ojos azules en ella.

—Lady Edith, siempre tan directa. ¿Os han dicho alguna vez que vuestra mayor virtud es vuestra franqueza?

—¿Para qué perder el tiempo andando con rodeos?

—En eso tengo que daros la razón. —Tiernan soltó una carcajada y le revolvió el pelo a la pequeña—. Alaric ha salido de caza y me temo que no volverá hasta la noche.

Maisie hizo un mohín de decepción.

—Pero yo quiero ir al mercado...

—Eso tiene solución —dijo Tiernan—. Yo os acompañaré.

—No es necesario que te molestes —replicó Edith—. Iremos con Mairi.

Tiernan sonrió al ver entrar a la sirvienta en el salón.

—Mairi pensaba ir andando, ¿verdad?

—Así es, milord —confirmó ella.

—Una dama no puede caminar durante horas —le dijo Tiernan a Edith.

Edith lo miró con incredulidad. En su época se movía en metro, pero también salía a correr y hacía rutas de senderismo. Estaba en mejor forma de lo que él creía.

—Puedo andar perfectamente —replicó ella, indignada.

—No sois una dama al uso, eso es cierto. Pero Maisie es solo una niña.

—¡Tengo seis años, soy mayor! —protestó Maisie.

—No lo suficiente para caminar dos horas de ida y otras dos de vuelta —argumentó Tiernan—. A menos que prefiráis dejar a la pequeña aquí.

Maisie miró a Edith con ojos suplicantes.

—Quiero que venga con nosotras —cedió Edith.

—Entonces os acompañaré a caballo. Maisie y vos podéis ir en una yegua y Mairi vendrá conmigo en mi semental.

—Prefiero ir andando —insistió Edith.

Su experiencia con Trueno no había ido tan mal como pensaba, pero prefería sentir el suelo bajo sus pies.

—Creo que va a ser la mejor opción, milady —dijo Mairi.

Edith exhaló un largo suspiro y hundió los hombros, rindiéndose.

—Está bien.

Caminaron hacia los establos, donde el olor a paja y cuero inundaba el aire. Tiernan se acercó a un compartimento y sacó a una yegua de pelaje canela y mirada mansa.

—Se llama Lana —dijo Maisie, dando saltitos de alegría—. Es muy buena, Edith, no tengas miedo.

—No tengo miedo —mintió Edith, mirando el tamaño del animal —. Solo prefiero mis propios pies.

Tiernan soltó una carcajada mientras preparaba la montura.

—Tranquila, Lana es más dócil que Trueno, eso os lo aseguro.

Lo cierto era que ella le había cogido cierto aprecio al caballo del laird. Hasta había ido a visitarlo a los establos en más de una ocasión con un terrón de azúcar, ganándose su lealtad con dulces.

Edith miró el establo y se dio cuenta de que el semental no se encontraba allí. Alaric se lo debía de haber llevado de caza.

Sin darle tiempo a replicar, Tiernan la tomó por la cintura y la alzó con facilidad, colocándola sobre la silla. Luego subió a Maisie delante de ella.

—¡Arre, Lana! —gritó la niña, agitando las manos.

La yegua dio un pequeño paso y Edith se aferró a las riendas con una fuerza excesiva.

—¡Eh! ¡Despacio! —exclamó Edith.

Maisie estalló en carcajadas al ver su expresión.

—¡No te va a tirar, Edith! ¡Pareces un saco de patatas!

—Un saco de patatas con mucha dignidad, pequeña —replicó ella, intentando recuperar la compostura mientras Tiernan ayudaba a Mairi a subir a su propio caballo.

—¿Listas? —preguntó Tiernan desde su semental, con Mairi delante de él y el terror dibujado en sus ojos. Edith se sintió mejor al darse cuenta de que no era la única que temía a esos animales—. El mercado nos espera.

Edith suspiró, resignada a su suerte a lomos de la yegua, y asintió.

Edith nunca imaginó que un mercado medieval de verdad fuera así: tan caótico, tan ruidoso y tan sucio. Aunque, definitivamente, tenía que haber prestado más atención en las clases de historia.

Había gente por todas partes y el aire estaba cargado de olores mezclados: pan recién hecho, humo, carne y algo agrio que prefirió no identificar. Los animales se cruzaban entre los pies de los aldeanos, aumentando el desorden.

Mairi avanzaba con paso decidido entre la multitud. Edith tuvo que apresurarse para no perderla de vista mientras Maisie tiraba de su mano, emocionada.

Tiernan se había quedado atrás, en los establos, con la excusa de cuidar de los caballos. Sin embargo, Edith le vio sentarse junto a un hombre que sostenía una bota de cuero llena de vino, claramente más interesado en la bebida que en los animales. Y con poca intención de pasearse por los puestos.

—¡Mira eso, Edith! —gritó Maisie señalando a todas partes—. ¡Hay cintas de colores!

—¿Es que no habías estado nunca en el mercado? —le preguntó Edith, sorprendida por su entusiasmo.

—No —respondió la pequeña, sin soltarle la mano—. Se lo he pedido muchas veces a mi padre, pero él nunca tiene tiempo. —Soltó un pequeño suspiro de tristeza, que al instante fue sustituido por una sonrisa—. Pero tú me has traído.

Edith sintió una punzada de ternura. Aquella niña era adorable.

Observó los puestos, que se alineaban a ambos lados de la plaza, cubiertos con telas desgastadas bajo las que se exhibían todo tipo de productos: verduras de formas irregulares, trozos de carne , telas, utensilios… y más gente. Siempre más gente.

Edith giraba la cabeza de un lado a otro mientras sostenía la mano de Maisie con fuerza para no perderla.

—¿Esto siempre está así? —preguntó, esquivando por poco a una mujer que cargaba con una cesta enorme.

Mairi se encogió de hombros.

—Es día de mercado.

—Y luego me quejo de Camden Town los sábados —suspiró Edith.

Mairi le dedicó una mirada extraña, pero si tuvo alguna duda de lo que dijo, no pudo preguntárselo ya que se detuvo frente a un puesto. Comenzó a hablar con el comerciante, señalando algunas piezas de carne dispuestas sobre la mesa de madera. Edith, por su parte, se mantuvo a una distancia prudencial.

El hombre la miró con interés.

—¿Sois la prometida del laird?

Edith intercambió una mirada con Mairi, sin saber muy bien qué responder. Pero Maisie, que no tenía los mismos reparos, dijo:

—¡Sí, ella es mi nueva mamá! Aunque mi padre dice que no puedo llamarla mamá hasta que se casen.

—Es un honor para mí que visitéis mi puesto —dijo el hombre con una reverencia—. Todos apreciamos mucho al laird Alaric.

Edith sonrió. Había notado que el respeto hacia Alaric era real y generalizado, algo que no parecía fácil de conseguir en aquellas tierras.

—Un obsequio para vos —añadió el comerciante. Cortó un trozo oscuro y compacto de una pieza mayor y se lo tendió—. Probadlo.

Edith observó la pieza. Era carne, pero brillaba de una forma húmeda y oscura que le revolvió el estómago.

—¿Qué es eso?

—Es hígado —respondió Mairi—. Un bien muy apreciado, milady.

El comerciante asintió, orgulloso.

—Es muy tierno. Tengo la mejor carne de todas las Highlands.

—No lo dudo y os agradezco el detalle —dijo Edith, retrocediendo un paso—, pero no tengo hambre.

Aquello debería haber bastado, pero el hombre dejó el hígado para señalar otras bandejas con entusiasmo.

—¿Preferís vísceras? ¿Tal vez unos riñones? —insistió—. ¿O unas tripas frescas?

A cada cual más manjar.

Y para colmo, todo crudo. No solo temía morir por una infección bacteriana, es que ni loca se llevaría eso a la boca. En la fortaleza la comida no era una maravilla, pero al menos conocían el fuego.

—No, muchas gracias.

El comerciante estiró la bandeja hacia ella.

—Vamos, no seáis tímida.

Edith esbozó una sonrisa incómoda.

—No, de verdad.

—Venga, probad.

El comerciante prácticamente le metió la bandeja en la boca.

—¡Que he dicho que no! —gritó Edith, y al intentar apartar la bandeja, la golpeó sin querer, y está cayó con un ruido seco, provocando que toda la carne: visceras, riñoñes... se cayera al suelo.

Todos se quedaron congelados.

—Yo... —comenzó Edith—. Disculpadme, no quería...

El rostro del comerciante adquirió un tono rojo bermellón.

—¡Habéis tirado mi carne! ¡Es una ofensa!

—Bueno, tampoco os pongáis así. Tenéis que reconocer que habéis sido muy invasivo.

—¡Era un obsequio!

De repente, un batallón de gallinas apareció de la nada, atraídas por el festín de carne en el suelo.

—¡Ladronas! —gritó el comerciante, intentando espantarlas sin demasiado éxito.

Una gallina picoteó un riñón, y otra se lanzó a por el hígado. En cuestión de segundos, aquello se convirtió en un caos absoluto de plumas, patas y chillidos agresivos. Edith dio un salto hacia atrás. Le tenía pánico a las gallinas.

Desde que en una excursión del colegio cuando ella tenía seis años una gallina saltó y le quitó a picotazos un sándwich de jamón y queso. Edith tenía problemas con la mayor parte de los animales pero las gallinas eran las peores. Esos seres alados eran malvados.

—No, no, no…

Retrocedió un paso más , con el pulso acelerándose justo cuando una de ellas la miró fijamente.

—No me mires así.

La gallina ladeó la cabeza y dio un paso hacia ella. Edith también retrocedió.

—No te acerques.

Alzó las manos en señal de paz, creyendo que ese gesto universal bastaría para que la dejaran en paz. Pero, al contrario, tan solo sirvió para que otra gallina se uniera a la anterior.

—Mairi —susurró, sin apartar la vista de ellas.

—Sí, mi señora.

—Se están organizando.

Mairi la miró con confusión.

—¿Organizando para qué?

—Para atacarme.

—No lo creo, milady.

Pero Edith no estaba dispuesta a asumir ese riesgo.

Las gallinas comenzaron a avanzar, picoteando el suelo, las telas, cualquier cosa que encontraban a su paso, acercándose a ella cada vez más.

Edith dio otro paso atrás.

—Vale, vale... Esto se ha ido de las manos.

Una gallina aleteó de pronto, levantando polvo y plumas. Demasiado cerca, lo que hizo que Edith pegara un grito.

—¡No! ¡No voy a morir así! —y, sin pararse a pensarlo, echó a correr.

Esquivó a dos personas, chocó con un cesto que estuvo a punto de caer y pasó rozando un puesto de verduras que alguien tuvo que sujetar en el último segundo.

—¡Cuidado! —gritó una voz.

—¡Lo intento! —respondió Edith.

Corrió y corrió sin mirar atrás hasta que llegó a un callejón vacío y se detuvo. Se inclinó hacia delante, poniendo las manos sobre las piernas y recuperando el aliento.

—Muchacha, ¿estás bien?

Una joven, que debía tener unos pocos años más que ella, la observaba con curiosidad. A Edith le resultó vagamente familiar, pero estaba tan asustada por las gallinas que no pensó demasiado en eso.

Antes de responder, se dio la vuelta, inspirando una bocanada de alivio cuando no vio a nadie detrás de ella. Las gallinas no la habían seguido. Menos mal.

—Sí —respondió ella—. Tan solo he tenido un pequeño contratiempo. —Esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Está todo bien.

—Entiendo.

En ese momento se dio cuenta de que había dejado a Mairi y a Maisie atrás. Debía volver con ellas, aunque a ver ahora cómo las encontraba entre tanta gente. Era una pena que no existieran los teléfonos.

—Debo volver —le dijo Edith a la joven, dándose la vuelta.

Esta asintió.

—Ha sido un placer conocerte. Por cierto, ¿de dónde has sacado el medallón?

Edith se detuvo al escuchar aquellas últimas palabras.

Se llevó la mano al cuello, tocando el metal que descansaba sobre su camisa. Desde aquel día en las rocas, lo había llevado a la vista a propósito, comprobando una y otra vez que, para Alaric y los demás, era invisible.

—¿Puedes verlo? —preguntó Edith con un hilo de voz, dándose la vuelta con lentitud.

—Claro que puedo verlo —respondió ella con naturalidad, como si fuera lo más obvio del mundo—. Mi madre tiene uno igual.

Edith sintió un escalofrío.

—¿Igual que este? —le preguntó Edith.

La joven asintió.

—Ella me lo entregará algún día —dijo con una sonrisa soñadora—. Pasa de madres a hija. ¿También es así en tu familia?

Edith se quedó paralizada.

—Mi abuela Margaret me lo regaló —logró decir al fin.

La joven esbozó una sonrisa que hizo que a Edith se le encogiera el corazón.

—Tu abuela se llama igual que yo —dijo la joven, clavando sus ojos en los de ella—. Me llamo Margaret.

—Yo soy Edith.

La joven la miró atónita.

—Mi madre también se llama Edith.

Edith sintió cómo el estómago le daba un vuelco. Ella llevaba el nombre de la madre de su abuela. Esta había convencido a sus padres para que se lo pusiesen. Aunque su abuela nunca le había hablado demasiado de su familia. También cayo en la cuenta que nunca había visto fotos de ella de joven. Ni fotos de su familia. Nunca le había dado demasiada importancia, pero ahora sentía que, tal vez, había una razón para ello.

—¿Perteneces al clan MacFarlane? —le preguntó porque sentía la necesidad de saber más de ella.

—Por matrimonio —confirmó Margaret.

—¿Estás casada? —preguntó, aunque era una pregunta absurda.

Pero, si a la joven se lo pareció, no lo demostró.

—Soy viuda. Mi marido falleció de fiebres hace cuatro meses; solo estuvimos dos meses casados.

Edith sintió un nudo en el estómago.

Estiró su mano para darle ánimo y la joven le apretó la mano, y entonces lo sintió en sus entrañas. No tenía lógica alguna, pero lo supo: aquella joven era su abuela, como si el medallón quisiera confirmarlo. Una luz verde iluminó el callejón.

—Está brillando —dijo la joven, soltándole la mano.

La joven Margaret retrocedió, tapándose los ojos ante el resplandor que emanaba del pecho de Edith. La luz verde no era cálida; vibraba con una intensidad que parecía hacer temblar las piedras del callejón.

—Es la señal —susurró Margaret, con la voz temblorosa—. Mi madre siempre dice que solo brillaría cuando la sangre se encontrara con la sangre.

Edith bajó la vista hacia el medallón. El pulso le iba a mil.

—Eres mi abuela.

La joven la miró confusa.

—No puedo serlo —replicó Margaret—. Ni siquiera tengo hijos. Mi marido murió antes de que pudiéramos... —Se detuvo, negando con la cabeza—. Estás delirando, muchacha.

—No, escúchame —insistió Edith, dando un paso hacia ella—. Vengo de un lugar que no puedes imaginar. De un tiempo donde tú eres una anciana que me regaló este medallón. Tuviste que viajar en el tiempo.

—¿Viajar en el tiempo? —repitió Margaret con un hilo de voz—. Eso es una locura.

—Pero tu madre te contó lo de la señal —insistió Edith, dando un paso más—. Cuando el medallón brilla.

La joven Margaret tragó saliva, mirando el metal con un temor creciente.

—Mi madre a veces dice cosas sin sentido. Solo son cuentos de viejas.

—No, Margaret. Creo que tu madre sabe toda la verdad —dijo Edith—. Debes llevarme con ella.

—Mi madre vive lejos, en otro clan. Regresaré allí en unos días; no puedo seguir aquí, no cuando el dolor por mi esposo me consume.

—Llévame contigo —suplicó Edith, agarrándole el brazo.

Margaret negó con la cabeza, zafándose de su agarre.

—No puedo... Esto... esto es una locura.

Edith la miró con desesperación. Aquella podía ser su última oportunidad.

—Por favor, debo regresar a mi época.

—¡Edith! —Una voz aniñada hizo que Edith se diera la vuelta, interrumpiéndola.

La pequeña Maisie corría hacia ella, seguida de Mairi.

—¡Edith! Pensaba que te había perdido para siempre.

—Estoy bien, pequeña.

A pesar de sus palabras, la niña le rodeó la cintura con sus pequeños brazos.

—No vuelvas a dejarme sola, por favor —dijo entre sollozos.

—No ha pasado nada, Maisie.

—Habéis montado un buen alboroto, milady —dijo Mairi, deteniéndose a su lado y recuperando el aire—. El carnicero sigue maldiciendo a las gallinas y a vos por igual. Por suerte ya tengo todo lo que necesitaba, pero debemos regresar a los establos. Tiernan debe de estar impacientándose.

Edith asintió mecánicamente, pero sus ojos buscaron de inmediato el lugar donde había estado Margaret hacía unos pocos segundos. Sin embargo, el rincón del callejón estaba vacío. No había rastro de la joven. También se dio cuenta de que su medallón había dejado de brillar.

Mierda.

—¿Buscáis algo, milady? —preguntó Mairi, siguiendo su mirada.

—No —mintió Edith, apretando la mano de Maisie—. Venga, vámonos de aquí.

Caminaron de vuelta hacia los establos, pero la mente de Edith se había quedado en aquel callejón. Una parte de ella quería correr

tras Margaret, pero sabía que no serviría de nada; la joven parecía estar tan confundida como ella misma. Además, un temor nuevo la asaltó: si intervenía demasiado en la vida de esa muchacha, si hacía algo que impidiera que Margaret viajase al futuro, cabía la posibilidad de que ella nunca llegase a nacer.

Estaba jugando con fuego, y el medallón en su pecho era la prueba.

—¿Os sentís bien, milady? —preguntó Mairi, observándola de reojo—. Estáis más pálida de lo habitual.

—Es por culpa de las gallinas —mintió.

—A mí me gustaban las gallinas —dijo Maisie—. Pero ahora tampoco me gustan.

Edith sonrió a la niña.

Ahora estaba más confundida que nunca, pero tenía la certeza de que su abuela la había enviado al pasado y que lo había hecho por alguna razón.

Si lograba descubrir cuál era, quizá también encontraría la manera de regresar.

Capítulo 14

Alaric las esperaba en el patio de armas. No parecía feliz. Incluso desde la distancia, Edith pudo ver cómo la vena de su cuello palpitaba con fuerza.

Permanecía de pie, con las piernas abiertas y ese porte de guerrero rudo que lo caracterizaba. Parecía más una estatua de piedra que un hombre, bloqueando el camino hacia la entrada principal.

—Habéis vuelto —dijo Alaric. Su voz sonó como un trueno contenido.

—Has regresado antes de la caza de lo esperado —respondió Tiernan, bajando de su semental y ayudando a Mairi a bajar.

Alaric fulminó a su segundo con la mirada.

—¿Acaso creías que podrías ocultar que has sacado a mi prometida y a mi hija de la seguridad de estos muros?

—No esperaba tal milagro, pero sí pasar desapercibido al regreso —bromeó Tiernan.

Alaric emitió un gruñido, dejando claro que no estaba para chanzas.

—No he dado permiso para que salieran —espetó, dando un paso hacia ellos.

—Compórtate como el hombre que eres y ayuda a tu prometida a bajar de la yegua —le dijo Tiernan, señalando a Edith con la cabeza.

Alaric guardó silencio un segundo, clavando sus ojos en los de ella. Antes de que pudiera acercarse, Edith apretó las riendas.

—No necesito que me ayude a bajar.

—Sí lo necesitas —replicó Maisie—. Y yo también.

Alaric bajó a su hija y le ofreció la mano a Edith. Esta la aceptó, pero la soltó en cuanto sus pies tocaron el suelo.

—Papá, me lo he pasado muy bien en el mercado —dijo la niña, buscando su aprobación.

—Aun así, Tiernan no debería haberte dejado ir —refunfuñó Alaric.

Maisie hizo un mohín de decepción y Edith se erizó al instante.

—No me puedo creer lo bruto que eres —le soltó—. Tiernan ha sido lo bastante inteligente para saber que, si no nos acompañaba, yo habría encontrado la manera de ir igual.

—No, no lo hubieras hecho. Mis guerreros, que custodian el puente levadizo, te lo habrían impedido.

—Papá, pero no ha pasado nada. —Maisie mordió su labio inferior y miró a Alaric con ojos de cervatillo—. ¿Podemos regresar otro día a comprar una cinta de color verde? —preguntó con esperanza—. Hoy no hemos podido.

Alaric cruzó los brazos sobre su pecho.

—No —respondió con severidad—. Es demasiado peligroso. No volverás a salir de estos muros.

Edith vio cómo los ojos de la niña se empañaban.

—Mairi, llévate a la niña dentro —le pidió a la sirvienta.

Mairi obedeció de inmediato. Tiernan le dio un golpe en el hombro a Alaric, un gesto mudo de advertencia o ánimo, antes de llevarse los caballos y dejar el patio prácticamente vacío bajo la luz del atardecer.

Edith esperó a que se marchasen para explotar. El patio de armas estaba prácticamente vacío, ya que estaba empezando a atardecer.

—¿Pero qué cojones, Alaric? A veces pienso que eres un robot.

Alaric arrugó el ceño.

—¿Robot?

Edith se mordió el labio inferior. Maldita sea, por supuesto que él no la entendía.

—¡Un desalmado! —gritó, pensando que tenía que hablar con Mairi para ampliar su lista de insultos, ya que no estaba muy puesta en los descalificativos de aquella época—. ¡Un hombre sin corazón! ¿Cómo te atreves...?

—¿Cómo te atreves tú a hablarme así? —bramó él, ahora sí comprendiendo sus palabras—. Te recuerdo que soy el laird.

—Y también eres padre, y acabas de destrozar la ilusión de tu hija.

—Ella está bien —replicó él, endureciendo el gesto.

—No, no lo está. Estaba feliz hasta que has llegado tú a estropearlo. Eres un necio.

—No me faltes el respeto. Recuerda que… —dijo él, pero ella no le escuchaba porque se giró y se metió en el interior de la fortaleza.

Edith no quería seguir manteniendo esa discusión. Ese hombre era incapaz de entender una simple cosa aunque le mordiese el culo y ella estaba cansada. Había tenido un día difícil.

Apenas llevaba unos minutos en su alcoba cuando la puerta se abrió de golpe. Alaric estaba allí, llenando el umbral con su presencia.

—Vete —le ordenó ella.

Como única respuesta, él cerró la puerta a sus espaldas, encerrándolos a los dos.

—Esta es mi fortaleza; no puedes decirme dónde puedo o no estar —replicó él con soberbia.

—Entonces di lo que tengas que decir. Grítame si quieres, pero hazlo rápido. Quiero estar sola.

Alaric la fulminó con la mirada, acortando la distancia entre ambos hasta que Edith sintió el calor que emanaba de su cuerpo.

—No voy a gritarte, Edith. Pero no toleraré que me desprecies delante de mis hombres ni que pongas en duda mis órdenes frente a mi hija.

—Que no grites es una novedad —dijo ella, poniendo los brazos en cruz en actitud combativa.

Alaric la observó en silencio. Nunca había visto a una mujer tan hermosa cuando estaba furiosa; ese fuego en su mirada lo desarmaba mucho más que cualquier espada. Se acercó un paso, invadiendo su espacio personal hasta que Edith tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para sostenerle la mirada.

—No pongas a prueba mi paciencia —le advirtió él, bajando el tono—. No debes salir de los muros y aún menos llevarte a mi hija

contigo.

Ella suspiró, tratando de mantener la calma a pesar de tenerlo tan cerca.

—Tu hija estaba deseando ir al mercado —dijo Edith—. No había ido nunca.

—Porque no es seguro que vaya con los sirvientes —replicó él, sin retroceder un solo centímetro.

—Entonces haberla llevado tú.

Alaric tensó los hombros, como si la sugerencia le resultara ofensiva.

—Yo no tengo tiempo para mercados, Edith. Tengo un clan que proteger y fronteras que vigilar.

—No voy a volver a tener esta discusión —dijo ella como si estuviese hablándole a un niño—. Tus hijos necesitan que pases tiempo con ellos.

—¿Y tú? —soltó él con voz ronca.

—¿Yo qué? —preguntó ella, tratando de que no se notara que le faltaba el aire.

—¿Necesitas que pase tiempo contigo?

—Claro que no —mintió Edith, aunque el calor que emanaba de él la estaba mareando.

Alaric apoyó una mano en la columna de la cama, rodeándola, atrapándola entre su cuerpo y la madera. Sus ojos bajaron un segundo a los labios de ella antes de volver a clavarse en los suyos.

—Mientes —susurró—. Llevas todo el día provocándome, desafiando cada una de mis órdenes delante de todo el mundo. ¿Qué buscas, Edith? ¿Quieres que pierda el control?

—Quiero que me dejes en paz —respondió ella, aunque su mano, en lugar de empujarlo, se cerró sobre la tela de su camisa.

—No creo que eso sea lo que quieres ahora mismo.

Alaric se inclinó lo justo para que sus alientos se mezclaran. La rabia de la discusión seguía ahí, pero ahora era pura adrenalina.

—¿Y qué quiero? —desafió ella, con la respiración entrecortada.

Como respuesta, él le sujetó la nuca y unió sus labios a los de ella. No fue un beso delicado; fue una colisión de necesidad y posesión que cortó cualquier rastro de aire en la habitación. Edith

soltó un pequeño gemido de sorpresa que Alaric ahogó al profundizar el contacto, empujándola contra el poste de la cama hasta que la madera crujió.

Las manos de Alaric bajaron con fuerza hasta su cintura, levantándola ligeramente para pegarla más a su cuerpo, mientras Edith enredaba los dedos en su pelo, tirando de él con la misma urgencia.

—Te deseo como nunca he deseado a ninguna mujer —confesó él cuando el beso se rompió.

—Yo también te deseo a ti —respondió Edith, rindiéndose por fin al calor que emanaba de Alaric.

Se deshicieron de la ropa con una urgencia que amenazaba con abrasarlos. Alaric la levantó con facilidad, sosteniendo su peso un instante antes de depositarla sobre las mantas de piel de la cama.

Alaric se colocó entre los muslos de ella, moviéndose con una lentitud que contrastaba con la urgencia de antes. Con una de sus manos le acarició los senos, firme y constante, mientras bajaba el rostro. Dejó un reguero de besos por sus muslos, trazando un camino de fuego sobre la piel de Edith hasta llegar a su centro.

Edith echó la cabeza hacia atrás, hundiendo los dedos en las sábanas de piel. El contacto de su boca la hizo jadear, perdiendo el control por completo.

—Alaric... —susurró, con la voz quebrada.

Alaric no se detuvo. La sujetó de las caderas con firmeza, asegurando su posición mientras descendía hasta su centro. Edith soltó un jadeo ahogado cuando sintió el calor de su aliento y, acto seguido, la caricia experta de su lengua.

Cerró los ojos con fuerza, arqueándose sobre las pieles de la cama. El contraste entre la rudeza habitual de Alaric y la deliberada lentitud con la que la recorría la estaba volviendo loca. Sus dedos se hundieron en el cabello espeso de él, tirando levemente, mientras el placer empezaba a irradiar desde su vientre hacia todo su cuerpo.

—Alaric, por favor... —balbuceó, incapaz de articular una frase completa.

Él sustituyó la caricia de su lengua por su longitud, hundiéndose en ella de un solo golpe decidido. Edith ahogó un grito, echando la

cabeza hacia atrás mientras sentía cómo la llenaba por completo. Pensó que moriría de placer ante la presión y el calor que lo invadía todo.

Alaric marcó un ritmo profundo y constante, una reclamación física que no admitía réplica. Edith envolvió su cintura con las piernas, pegándose a él para acortar cualquier distancia, mientras sus respiraciones se mezclaban en un solo jadeo ruidoso que llenaba la alcoba.

—No te detengas —le pidió ella con la voz rota, clavando las uñas en su espalda.

Él respondió aumentando la velocidad, cada embestida más frenética que la anterior. La tensión acumulada en el vientre de Edith estalló de golpe. Una oleada de espasmos la recorrió de pies a cabeza, haciéndola arquearse con violencia contra el colchón mientras el clímax la dejaba sin aire.

Alaric soltó un gruñido sordo, hundiéndose una última vez con todas sus fuerzas antes de tensarse por completo. Se quedó inmóvil sobre ella unos segundos, con el corazón martilleando contra su pecho, antes de desplomarse a su lado, completamente agotado.

—Sigo enfadada contigo —dijo Edith cuando recuperó el aliento.

Alaric sonrió.

—No, no lo estás.

Era cierto, no lo estaba, pero no pensaba reconocérselo. Se quedó mirando el techo de vigas oscuras, sintiendo el peso del cuerpo de Alaric junto al suyo y el calor que aún desprendía la piel.

—Eres un arrogante —masculló ella, intentando sonar convincente.

Alaric soltó una risa baja, un sonido vibrante que le recorrió el cuerpo.

Él se apoyó en un codo para observarla.

—Puede ser. Pero también soy el hombre que acaba de hacerte olvidar hasta tu propio nombre por un momento.

—Tú también has disfrutado.

Como respuesta, él le dio un beso en los labios.

—Me has complacido plenamente y yo te he complacido a ti.

Edith le dio un pequeño toquecito con el dedo índice en su pecho.

—Estás demasiado seguro de ti mismo, MacFarlane.

—Estoy seguro de los dos —replicó él a la vez que le rodeaba la cintura con el brazo y la acomodaba en su pecho—. Este matrimonio va a ser beneficioso para los dos.

—Sigo sin querer casarme —dijo ella.

Alaric no respondió. El silencio se apoderó de la alcoba, solo roto por el crepitar de alguna brasa en la chimenea. Tras un largo rato, cuando Edith pensaba que se había dormido, él volvió a hablar con voz profunda.

—Mañana las obligaciones del clan reclaman mi atención y no puedo postergarlas. Pero en dos días, cabalgaremos juntos los cuatro. Maisie y (nombre del niño que se me ha ido) disfrutarán de una jornada fuera de estos muros, junto a nosotros.

Edith esbozó una pequeña sonrisa. Aquel hombre bruto y tozudo la había escuchado; iba a dedicar tiempo a sus hijos, tiempo de verdad. Pensó que, tal vez, la razón por la que el destino la había arrojado a aquel siglo era precisamente esa: lograr que Alaric MacFarlane se comportara como un verdadero padre.

Sin embargo, se dio cuenta de que él la había incluido en el plan.

—No es necesario que vaya yo —dijo ella, tratando de marcar una distancia que empezaba a desmoronarse.

—Iremos los cuatro, como la familia que somos —sentenció él, con una seguridad que no admitía réplica.

Familia. Esa palabra sonaba demasiado bien en labios de Alaric.

Tras el encuentro con su abuela Margaret en el mercado, Edith estaba convencida de que tenía una misión que cumplir en aquel tiempo, aunque todavía no alcanzara a comprender cuál era. De lo que sí estaba segura era de que, cuando llegara el momento de regresar a su época, no le iba a resultar nada fácil marcharse.

Alaric la estrechó un poco más contra su pecho y, al cabo de unos minutos, su respiración se volvió pesada y rítmica. Se había quedado profundamente dormido.

Ella no tardó en acompañarlo.

Porque, aunque tenía muchas cosas de las que preocuparse, lo único en lo que podía pensar en esos momentos era en que hacía muchos años que no era tan feliz.

Capítulo 15

Alaric se puso en pie y caminó hacia la orilla del lago, donde el agua lamía suavemente las piedras lisas y oscuras. Los niños lo siguieron como dos cachorros expectantes. Edith se quedó sentada sobre la manta, observando la escena.

Esa mañana habían salido de los muros del castillo para cabalgar hasta un lago cercano.

—Mirad bien —dijo Alaric, su voz resonando con una autoridad tranquila—. No se trata solo de lanzar con fuerza. Se trata de equilibrio.

Él seleccionó una piedra del tamaño de su palma, plana y pesada. Alaric se colocó de lado, flexionando las piernas, que ella podía ver con claridad ya que el tartán de su kilt le llegaba hasta las rodillas, y, con un movimiento fluido del brazo, lanzó la piedra.

El proyectil surcó el aire con un silbido y golpeó la superficie del lago con un impacto seco, hundiéndose profundamente en el azul cristalino. Los niños vitorearon, intentando imitar su postura de inmediato.

—Vuestro turno —dijo él, cruzando los brazos sobre el pecho.

Los niños lanzaron sus piedras al unísono, salpicando el agua entre risas. Edith los observaba en silencio, sentada en la manta, disfrutando del momento, hasta que Alaric se giró hacia ella.

—¿No vas a intentarlo, Lady Edith? —le preguntó en voz alta.

—Estoy bien aquí, gracias —respondió ella desde la manta.

—Venga, no seas cobarde —le retó él con un tono burlón.

Edith resopló.

—No soy una cobarde.

—No, milady, no lo eres. —Alaric soltó una risilla burlona—. Pero sigues sentada, no te veo levantarte. Y las piedras no se mueven solas.

¿Qué tenía ese hombre que sabía qué decir en cada momento para provocarla?

Edith se levantó, sacudiéndose el vestido con un gesto digno. Caminó hasta la orilla, eligió una piedrecita y, con un movimiento delicado de muñeca, la dejó caer al agua justo en la orilla.

—Lanzas como una niña —se burló Baird.

—Baird —Alaric se giró hacia su hijo—, un hombre de honor nunca menosprecia a una mujer —le reprendió con severidad.

El niño frunció el ceño.

—Pero lanza muy mal.

—Baird, es suficiente.

—Tiene razón, Alaric —dijo Edith con una sonrisa, lejos de estar ofendida—. No soy buena lanzando piedras.

—No importa —le susurró Maisie a Edith, acercándose a ella—. Yo voy a ganarle a Baird por ti. ¡Vas a ver!

Baird soltó una carcajada de niño mayor.

—¡Imposible! Mis brazos son de hierro. ¡Mira! —dijo sacando pecho antes de lanzar otra piedra.

Maisie hizo un mohín.

—Ya basta de guerras de piedras. —Alaric se dirigió a ambos niños—. Baird, deja de presumir y ven conmigo. Necesito un hombre fuerte que me ayude a recoger leña para hacer un fuego para calentar la carne.

El niño de ocho años infló el pecho con orgullo.

—¡Puedo cargar troncos enteros! —exclamó mientras seguía a Alaric hacia la arboleda.

—¿No quieres ir con ellos? —le preguntó Edith a Maisie.

La niña negó a la vez que se sentaba en la manta y cogía la muñeca de trapo que le había hecho Mairi el día anterior.

—Quiero quedarme contigo —dijo con una sonrisa.

Edith se acercó a la cesta cubierta con un paño de lino y sacó un trozo de queso curado, pan moreno y unas manzanas rojas que colocó con cuidado encima de la manta.

Maisie estaba sentada sobre sus talones, abrazando con devoción a su muñeca de trapo.

—¿Cómo se llama tu amiga? —preguntó Edith mientras cortaba una rebanada de pan.

—Se llama Elspeth —contestó la niña sin soltar el juguete.

—Es un nombre muy bonito. Suena a nombre de reina.

—Es que lo es. Y a Elspeth le gustan mucho las galletas —añadió Maisie con total seriedad, mirando fijamente la cesta.

Edith no pudo evitar soltar una carcajada.

—Vaya, qué coincidencia. Porque la cocinera nos ha dado unas cuantas esta mañana.

—A mí también me gustan —dijo Maisie con una sonrisa pícara.

—¿Si te doy una prometes comer la carne después?

La niña la miró con seriedad.

—Lo prometo.

—Está bien.

Edith buscó en el fondo del cesto y sacó un envoltorio pequeño. La cocinera les había entregado unas galletas rústicas de avena y miel, duras y doradas, horneadas dos veces para que aguantaran el viaje. Al partirlas, soltaban un aroma dulce que hizo que a la niña se le iluminaran los ojos.

Maisie dejó a Elspeth con cuidado encima de la hierba, justo al lado de la cesta, mientras cogía un trozo de galleta con las dos manos.

—¡Está muy dura! —se quejó con un pequeño lloro al intentar morderla.

—Es que tienes que morder con fuerza —le animó Edith.

La niña cerró los ojos y dio un mordisco seco que hizo crujir la avena. En cuanto el sabor de la miel inundó su boca, empezó a masticar con energía.

—¡Está riquísima! —dijo con la boca llena.

Edith estalló en una carcajada al verla. Al hablar, una lluvia de migas doradas le caía por la barbilla y el vestido, pero a la niña no parecía importarle lo más mínimo, ya que estaba demasiado ocupada disfrutando del dulce.

Al parecer, la pequeña Maisie era tan aficionada al dulce como ella.

—¡Eh, despacio! —rio Edith, pasándole la mano por la mejilla para quitarle unos restos—. Que te vas a quedar sin aire de tanto masticar.

—Es que la cocinera les pone mucha miel —se quejó Maisie, tragando con dificultad—. Elspeth dice que quiere otra, pero yo me comeré su parte para que no se ponga malita de la tripa.

Edith se rio por las ocurrencias de la niña. Con tan solo cuatro años era demasiado astuta.

—Qué considerada eres con tu muñeca.

—¿A que sí? —respondió Maisie con seriedad.

Mientras Maisie seguía concentrada en su segundo bocado y las migas seguían volando, un gato atigrado se asomó entre los matorrales. Sus ojos amarillos no miraban las galletas, sino los hilos de lana del pelo de Elspeth, que se movían suavemente con la brisa sobre la hierba.

Antes de que ninguna de las dos pudiese reaccionar, el gato pegó un salto silencioso. Enganchó la muñeca de trapo con una garra y, con una agilidad pasmosa, trepó por el tronco de un roble cercano. Se detuvo en la primera rama gruesa, a unos tres metros de altura, y se sentó pacientemente, mirando hacia abajo con la muñeca colgando de la boca.

—¡Eh! ¡Mi muñeca! —chilló Maisie, soltando el trozo de galleta que le quedaba, que rodó por la hierba—. ¡Edith, ese gato malo se ha llevado a Elspeth!

Edith se levantó de un salto, sacudiéndose las migas del vestido.

—¡Baja de ahí, bicho odioso! —gritó, agitando los brazos hacia la rama.

El gato ni se inmutó. Solo parpadeó despacio, como si la escena le divirtiera.

—¡Haz algo, Edith! —suplicó la niña de cuatro años, tirando con desesperación de su falda—. ¡Elspeth tiene mucho miedo a las alturas y se va a caer! ¡Dile que baje!

—Ya se lo he dicho, pero el gato no parece hacerme el menor caso —replicó Edith, mirando con frustración hacia la rama.

—Le está haciendo daño —dijo la pequeña con voz triste, señalando cómo los colmillos del animal apretaban el brazo de trapo de la muñeca.

Edith suspiró. Recordó de golpe a sus dos hermanos mayores. Ellos nunca le dejaban entrar a la casa del árbol que su padre había construido para los tres; decían que era «cosa de chicos». Pero eso no le había impedido a ella trepar en secreto por el lado donde no estaba la escalera para entrar por la ventana y darles un susto.

Claro que de eso hacía muchos años.

—Trepar es como andar en bici, no se olvida —susurró para sí misma, animándose.

—¿Qué es una bici? —preguntó Maisie, parpadeando confundida.

—Nada, un... un tipo de caballo de hierro —se corrigió Edith rápidamente—. Quédate aquí abajo, Maisie. No te muevas.

Edith se recogió la falda, anudándola a un lado para liberar sus piernas, y se acercó al tronco del roble. El recuerdo de sus hermanos burlándose desde la ventana de su vieja casa del árbol le prendió una chispa de orgullo en el pecho.

«Si pude darles una lección a esos dos salvajes que tengo por hermanos, puedo con un gato».

Se acercó al tronco del roble y hundió los dedos en la corteza rugosa. Al apoyar el pie en un nudo de madera, sintió que el corazón le latía con fuerza. Pero no era miedo, era pura adrenalina: volvía a sentirse como esa niña pequeña sin preocupaciones, se sentía libre.

—Elspeth está asustada —dijo Maisie desde abajo.

—¡No mires abajo, Elspeth! —le ordenó Edith, siguiendo las fantasías de la niña mientras estiraba un brazo hacia la rama.

El gato la observaba con absoluto aburrimiento, con las orejas ligeramente hacia atrás. Era como si su heroicidad le pareciese un espectáculo mediocre mientras ella ascendía poco a poco, ganando altura centímetro a centímetro.

Cuando Edith estuvo a solo un palmo de alcanzar la muñeca, el gato bostezó. Con una parsimonia insultante, abrió la boca y dejó caer el juguete. La muñeca de trapo cayó dando vueltas en el aire hasta aterrizar sobre la manta, justo al lado de los restos de galleta.

Acto seguido, el animal saltó a una rama lateral y bajó al suelo con la agilidad de una sombra, dejando a Edith colgada a varios metros de altura.

—¡La tengo! —gritó Maisie, emocionada, abrazando a su muñeca.

Edith sonrió con orgullo desde las alturas, disfrutando de su victoria sobre el gato, hasta que se dio cuenta de una cosa. Ella sabía trepar, su cuerpo recordaba el impulso y el agarre, pero había un pequeño detalle que su memoria había borrado: ella siempre había usado las escaleras para bajar de la casa del árbol.

Nunca había tenido que descender por el tronco a pulso, y mucho menos con una falda larga que pesaba como el plomo.

—¡Baja ya, Edith! —le animó la niña desde el suelo—. ¡Es muy fácil!

—No es tan fácil, Maisie... —susurró Edith.

—¿Tienes miedo?

—Claro que no —mintió.

Desde arriba, vio al gato sentado tranquilamente en el suelo. El animal la observaba con esos ojos amarillos fijos, moviendo apenas la punta de la cola. Edith estaba segura de que se estaba riendo de ella.

—Que sepas que reírse de los demás es un mecanismo de defensa para ocultar tu propia inseguridad felina —le dijo Edith desde la rama, señalándolo con un dedo tembloroso—. Tienes un problema serio de empatía y una necesidad patológica de atención. ¡Deberías hacértelo mirar!

El gato parpadeó despacio, bostezó y empezó a lamerse una pata con total indiferencia.

Maisie se rió. Ella no entendía una palabra de lo que Edith decía, pero le resultaba muy graciosa.

—¡Elspeth dice que hablas muy raro! —le dijo la niña.

—Dile a Elspeth que se calle, que ella ha sido la primera en entrar en pánico.

—¿No vas a bajar?

Edith suspiró. Tenía que bajar antes de que la rama cediese.

Intentó buscar un apoyo con el pie, pero la adrenalina de la subida se había evaporado, dejando solo unos músculos temblorosos y una falda que pesaba como el plomo. Tanteó a ciegas con la punta del zapato, buscando algún saliente en la madera, pero solo encontró una zona de musgo húmedo y resbaladizo.

Antes de que pudiera aferrarse a la rama superior, sus dedos perdieron el agarre. Edith soltó un grito que espantó a los pájaros mientras caía de espaldas, agitando los brazos en el aire en un intento desesperado por sujetarse de la nada.

Cerró los ojos, esperando el golpe contra la dura tierra, pero en su lugar impactó contra algo cálido y sólido que la dejó sin aliento. Unos brazos firmes la rodearon por la cintura y la espalda, frenando su caída con una fuerza que la dejó muda.

Alaric, que acababa de llegar, la sostenía contra su pecho con una facilidad pasmosa.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —le preguntó.

—Bájame al suelo inmediatamente. Los niños están mirando —dijo ella, forcejeando un poco, con las mejillas ardiendo de pura vergüenza.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó él, dejándola caer con un movimiento seco hasta que sus pies tocaron la hierba—. Lo único indecoroso aquí es que una dama trepe a los árboles como si fuera un chiquillo en busca de nidos.

Edith se apresuró a bajarse la falda, alisando la tela con manos nerviosas para recuperar la compostura.

—Edith es una heroína. Ha salvado a mi muñeca —la defendió Maisie, abrazando a Elspeth contra su pecho con fuerza.

—¿De qué? —preguntó Alaric, mirando a la niña y luego a Edith con una expresión de total desconcierto.

—De ese gato malvado —respondió Edith, señalando con el dedo al animal.

El gato, que seguía sentado a unos pasos, volvió a bostezar mostrando sus colmillos, se estiró con una lentitud insultante y se marchó de allí trotando hacia la espesura sin mirar atrás.

—No he conocido a ninguna mujer que tema tanto a los animales —murmuró Alaric.

—No los temo. No a los gatos ni a los perros —se corrigió Edith rápidamente, cruzándose de brazos—. Pero ese gato en particular se estaba riendo de mí. Lo he visto en sus ojos.

Alaric alzó una ceja, mirándola como si ella acabara de decir que el sol sale por el oeste.

—¿Que el gato se reía? —repitió él con voz lenta—. Muchacha, es un animal. Los animales comen, duermen y cazan. No tienen tiempo para burlarse de las personas, por mucho que estas se queden colgando de las ramas.

—Pues este sí lo tenía —insistió Edith, indignada—. Tenía una actitud... condescendiente.

Alaric soltó un bufido que era media carcajada.

—Papá —los interrumpió Baird—, ¿encendemos el fuego? —preguntó mirando la leña que habían traído.

Alaric, que se dio cuenta de que lo mejor era dejar el tema, asintió y se arrodilló junto al círculo de piedras y, tras unos golpes secos de pedernal, una pequeña llama comenzó a devorar la hojarasca. Baird soplaba con cuidado, con las mejillas hinchadas, hasta que el fuego cobró fuerza.

—¡Ya está! —exclamó el niño, limpiándose las manos de ceniza —. Ahora la carne.

Alaric pinchó los trozos de carne en unas varas de madera verde y se las repartió. Edith tomó la suya, imitando sus movimientos para colocarla sobre las brasas. El aroma de la grasa asándose no tardó en inundar el claro.

—En Inglaterra, ¿solías comer en el campo o solo en los grandes salones? —le preguntó él.

Alaric, a esas alturas, ya se había dado cuenta de que Edith no era una dama inglesa como el resto. No es que él conociese muchas, pero aun así.

—Alguna vez he comido en el campo —dijo ella—. Aunque nunca había tenido que salvar a una muñeca de las fauces de un gato —añadió, cambiando de tema adrede.

Alaric soltó una carcajada.

—Aún no puedo creer que culpes al gato de tu caída.

—¡Es que se reía! —insistió ella, haciendo que Maisie soltara una risita—. Tenía una mirada de superioridad que no puedo pasar por alto.

Alaric la miró. Ella era muy extraña. Seguía diciendo palabras que no entendía y tenía actitudes que no comprendía.

Sin embargo, algo estaba cambiando en su pecho. Estaba empezando a tener por aquella joven inglesa sentimientos que iban mucho más allá del simple deseo carnal; sentimientos que a un guerrero como él, forjado en el frío del metal y la disciplina, le costaba entender. No era solo su belleza, era esa chispa de libertad que ella desprendía, una forma de ver la vida que él nunca había imaginado.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Edith, dándose cuenta de su escrutinio mientras repartía el último trozo de queso a Maisie.

Alaric apartó la vista hacia las brasas, removiéndolas con una rama.

—No te miro de ninguna manera —mintió él.

Y ella sonrió.

—Claro que no —replicó ella con tono burlón, mientras le limpiaba una miguita de pan de la mejilla a Maisie.

—Papá, ¿podemos nadar en el lago? —preguntó Baird, mirando el agua cristalina que aún reflejaba los últimos rayos de sol.

—Otro día —respondió Alaric con firmeza—. Pronto anochecerá y debemos regresar a la fortaleza antes de que el camino se vuelva peligroso.

—¿Vendremos otro día? ¿De verdad? —insistió el niño con los ojos llenos de esperanza.

—Sí —asintió Alaric—. Volveremos.

En ese momento, los dos niños se lanzaron sobre él, rodeando su cintura con un abrazo lleno de alegría espontánea. Edith se quedó observándolos en silencio. Vio cómo, al principio, Alaric se tensaba, con los brazos suspendidos en el aire sin saber muy bien qué hacer, como si el afecto físico fuera un idioma que casi había olvidado hablar.

Pero entonces, algo cambió. Sus hombros se relajaron y, con una lentitud casi tímida, les devolvió el abrazo, apretándolos contra

su jubón de cuero. Edith pudo ver la emoción cruzando su rostro; no fue una palabra, sino un brillo en sus ojos y un suspiro profundo que delataba cuánto necesitaba ese contacto.

—Vamos a recogerlo todo —dijo Alaric al cabo de unos minutos —. No queremos que nos alcance la noche.

Los niños asintieron.

Una vez recogieron todo, cabalgaron hacia la fortaleza. Edith cabalgaba en la yegua junto a Maisie y ambas hablaban animadamente. Y Alaric, que cabalgaba en su caballo junto a su hijo, las miraba de reojo con una sonrisa.

Nada más llegar a la fortaleza, Davina se dirigió hacia ellos. La joven los había estado esperando.

—¿Qué tal ha ido el día? —preguntó con una sonrisa perfecta que no llegaba a sus ojos—. Parecéis haber traído medio bosque en la ropa.

—¡Ha sido increíble! —gritó Maisie con entusiasmo, quedándose junto a Edith. La pequeña la rodeó con sus brazos y hundió la cara en su falda—. ¡Gracias por salvar a Elspeth, mamá!

Un silencio repentino cayó sobre el grupo. Davina dio un paso al frente, con un gesto de suave reproche.

—Maisie, cariño, recuerda lo que hablamos —dijo con voz melosa—. No debes llamarla así hasta que estén casados ante la Iglesia. No es decoroso.

Alaric, que estaba bajando la silla de su caballo, miró a Edith. Vio su sorpresa, pero también la dulzura con la que acariciaba el pelo de la niña.

—Si a Edith no le molesta, por mí está bien que lo haga.

Edith sintió un vuelco en el corazón. Miró a la pequeña y luego a Alaric.

—No me importa —susurró ella—. Me gusta que me llame así.

Y, para su sorpresa, no era una mentira.

—¿Yo también tengo que llamarte mamá? —preguntó Baird.

—Solo si quieres —respondió ella.

El niño se encogió de hombros.

—Me lo he pasado muy bien —dijo.

—Ha sido el mejor día que recuerdo —apuntó Maisie, que era mucho más expresiva que su hermano.

—Eres muy pequeña para tener muchos recuerdos —le recordó Davina con una sonrisa.

Alaric le rodeó la cintura a Edith, acercándola a él sin importarle que todos estuviesen mirando.

—Tenías razón. Debía pasar tiempo con mis hijos.

—Yo siempre tengo razón, laird —replicó ella con un destello de picardía en los ojos.

Él se rió, una risa baja y ronca, y le dio un beso rápido en la punta de la nariz que la pilló por sorpresa.

—Yo también he disfrutado del día —añadió él, bajando la voz.

Edith esbozó una amplia sonrisa, sintiendo que el corazón le daba un vuelco.

—Me alegra oír eso. Quizá después de todo no seas un bárbaro tan incorregible —bromeó ella, acercándose un poco más.

Alaric no respondió con palabras. La tomó por la cintura y la atrajo hacia sí, sellando la tarde con un beso de verdad. Fue un beso breve pero intenso, que hizo que el bullicio del patio de armas desapareciera para ellos. Maisie y Baird soltaron unas risitas ahogadas, tapándose los ojos con las manos mientras se daban empujones, divertidos por la escena.

De pronto, un carraspeo seco y forzado rompió el momento. Davina seguía allí, con la espalda tan recta como una lanza y una expresión de fría cortesía. Ya no sonreía.

Como si se dieran cuenta por primera vez de que no estaban solos, se separaron de golpe. Alaric se aclaró la garganta, recuperando su compostura de guerrero, y le hizo una seña a los niños.

—Baird, Maisie, venid. Ayudadme con los caballos antes de que los mozos se encarguen de todo —ordenó, alejándose hacia las cuadras con los pequeños trotando a su lado, todavía riendo.

Edith se quedó a solas con Davina.

—Ha sido un día encantador, ¿verdad? —dijo Davina—. Sin embargo, Edith, no debes olvidar que ser la señora de este clan implica mucho más que corretear por el bosque.

Edith la miró, cruzándose de brazos.

—Solo estábamos disfrutando de la familia, Davina.

¿Por qué sentía que Davina no se alegraba tanto como debería?

—La familia es importante, por supuesto —Davina dio un paso hacia ella—. Pero no puedes descuidar los cuidados de la casa. Hay cuentas que revisar, suministros que organizar y órdenes que dar a la servidumbre. Esa también es la labor de la señora del clan, y me temo que, mientras tú te divertías, el trabajo se ha acumulado. Una verdadera dama sabe que el deber siempre va antes que el placer.

Edith suspiró. Davina le caía bien, pero a veces era demasiado intensa.

—Está bien. Mañana puedes enseñarme a hacer todas esas cosas.

Davina arqueó una ceja.

—Una dama ya debería saberlas —señaló.

—Supongo que no soy la dama que se esperaba de mí.

Davina sonrió.

—Te enseñaré a serlo. Pronto me iré. Mi prometido me espera ansioso, y deberás ocuparte tú de todo.

Edith la miró. Sabía sobre el compromiso de Davina, pero no habían hablado de ello.

—¿Estás feliz con ese compromiso?

—Lo estoy. Pero debo asegurarme de que estás preparada para ser la señora del clan.

Miró hacia las cuadras, donde aún se oían las risas de los niños y la voz profunda de Alaric. Si algo había aprendido esa tarde en el bosque, entre migas de galleta y gatos abusones, era que podía disfrutar en la fortaleza. El futuro era un misterio, pero el presente era cálido.

Tal vez solo tenía que dejarse llevar e imaginarse que era esa dama inglesa que todos pensaban que era.

Y lo cierto es que, aunque era una locura, un futuro con Alaric y los niños no sonaba tan alocado.

Capítulo 16

Davina parecía haber asumido como misión personal convertirla en una señora digna de la fortaleza. En los últimos días, sus intentos por que la acompañara en las labores se habían vuelto cada vez más insistentes, hasta que, finalmente, Edith había cedido.

Ahora caminaba a su lado por los pasillos de la fortaleza, escuchándola. O, al menos, fingiendo que lo hacía.

—Es importante que supervises las tareas de la cocina —le explicaba Davina con una pasión que Edith nunca llegaría a comprender—. Es imprescindible para una buena señora del clan que todo esté en orden y que no falte nada.

Edith asintió, fingiendo entusiasmo. En realidad, llevaba desconectada desde que Davina había empezado con sus lecciones. Ella era buena haciendo que escuchaba. No es que fuese una costumbre ni mucho menos, pero muy de vez en cuando y en contadas ocasiones, su mente había vagado hacia sus pensamientos mientras estaba en medio de una sesión con un paciente.

Vale, tal vez lo había hecho con más frecuencia de la que estaba dispuesta a admitir.

—Especialmente cuando hay reuniones importantes o viene algún laird de clanes aliados —continuó Davina.

—¿Eso es algo que pasa a menudo?

—No solemos recibir visitas con frecuencia. —Davina alzó los hombros y siguió con sus explicaciones—. También conviene revisar las provisiones cada cierto tiempo.

—Entiendo —murmuró Edith, sin saber qué decir.

Davina la miró durante unos instantes y después, con un brillo que Edith no llegó a identificar, dijo:

—Vamos, que te voy a enseñar dónde las guardamos.

Sin esperar una respuesta, echó a andar a través del pasillo y Edith la siguió. A pesar de que aún no había atardecido, la fortaleza estaba prácticamente vacía. No había rastro de Alaric ni de ningún otro soldado; tampoco se encontraron con ningún sirviente.

—Ahora que voy a casarme e irme del clan, tienes que aprender bien las labores —dijo Davina mientras caminaba con paso ligero.

Davina no paraba de repetirlo, pero, por primera vez, a Edith le pareció escuchar amargura en su voz. ¿Acaso Davina no estaba tan contenta con la boda como quería aparentar?

—Si no es tu deseo casarte, no tienes por qué hacerlo —le dijo Edith.

—Las mujeres no tenemos elección.

—Puedo hablar con Alaric y…

—Que mi hermano sienta lujuria por ti no provocará que siga tus órdenes.

No era habitual en Davina aquellas palabras tan cortantes, ni tampoco que la interrumpiera de esa forma. No la conocía demasiado, pero la hermana de Alaric era una joven amable y muy educada, a la que le gustaba complacer a todo el mundo. Pero, ciertamente, Edith había percibido que, desde el día anterior, cuando los había recibido en el patio de armas, Davina estaba extraña.

Había algo en su mirada, en la forma en la que hablaba y en la manera de comportarse que era diferente.

Era evidente para Edith que Davina no quería irse del clan. Para la joven debía de ser muy duro alejarse de su hermano y de sus sobrinos. Sin embargo, Davina no parecía dispuesta a replantearse su boda, por lo que Edith decidió no insistir más sobre el tema. Al menos, de momento.

Caminaron durante unos minutos más en silencio, saliendo de la fortaleza, hasta que Davina se detuvo frente a una pequeña construcción de piedra, ligeramente apartada del resto de la fortaleza. No era más que una caseta baja, con el techo cubierto de paja oscurecida por el paso del tiempo y una puerta de madera reforzada que parecía más pesada de lo necesario para un simple almacén.

—¿Aquí se guardan las provisiones? —preguntó Edith, sorprendida.

Madre mía, aquella caseta parecía más salida de una película mala de terror de su época que un lugar para guardar nada. De hecho, Edith estaba segura de que todos los alimentos que estaban ahí dentro estarían llenos de moho.

Davina empujó la puerta, que se abrió con un leve quejido.

—Es importante conocer dónde se guardan las provisiones.

El interior estaba en penumbra. El aire olía a madera vieja, grano y algo más denso que Edith no supo identificar. A medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, distinguió sacos apilados, algunas cajas y estanterías rudimentarias cargadas de utensilios.

Edith se frotó los brazos por encima de la tela. Aquel lugar le daba mal rollo.

—Bueno, pues ya lo sé. ¿Ahora podemos irnos?

Davina le sonrió.

—Claro, pero antes ¿puedes ayudarme a cargar uno de los sacos que está al fondo?

Edith suspiró, pero asintió. Cualquier cosa con tal de salir de allí. Atravesó la caseta y llegó hasta el fondo, donde vio más de cuatro sacos.

—¿Cuál de ellos? —le preguntó a Davina, pero cuando se dio la vuelta ya no estaba.

Frunció el ceño y caminó de vuelta hacia la puerta. ¿Tal vez Davina la estaba esperando afuera y la puerta se había cerrado sin querer?

Alargó la mano y agarró el pomo, esperando que la puerta se abriera. Pero no se movió.

—No me fastidies que se ha atascado —masculló Edith.

Lo intentó otra vez. Esta vez con más fuerza.

Pero la puerta no se abrió. Estaba encerrada.

—Vale, muy gracioso —dijo, aunque la broma no tenía ninguna gracia—. Tu hermano está detrás de esto, ¿verdad? —Alzó la voz para que Davina pudiera escucharla—. ¡Dile que no tiene ninguna gracia!

Edith odiaba quedarse encerrada. La última vez que se quedó encerrada en un ascensor casi se desmaya.

En un intento desesperado por salir, empujó la puerta con el hombro, pero siguió sin ceder.

Edith apoyó la frente un instante contra la madera, respirando hondo.

—¡Davina! —gritó—. Si esto es una especie de prueba, te juro que no la estoy entendiendo.

Davina no le respondió, pero Edith podía escuchar su respiración al otro lado.

—Davina, no tiene gracia.

—No puedo dejarte vivir, Edith —le dijo desde el otro lado.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó ella.

—Ellas eran débiles, fáciles de manipular. A mi hermano no le importaba que muriesen, pero a ti te ama,

—¡Abre la puerta, Davina! —gritó Edith, con un tono de desesperación que no pudo disimular, pero no obtuvo respuesta.

El silencio volvió a caer, pero ya no era el mismo; había algo distinto en el aire, algo que Edith no supo identificar al principio, una sensación densa que parecía quedarse suspendida en su garganta cada vez que respiraba.

Frunció el ceño, inspirando con más cuidado, intentando entender qué era lo que no encajaba, hasta que lo notó con claridad: un olor seco y áspero que no debería estar allí, que no pertenecía a la madera ni al grano ni al polvo acumulado.

Humo.

El estómago se le encogió de golpe. Se giró despacio, como si moverse demasiado rápido pudiera hacerlo peor, y entonces vio una fina línea gris deslizándose por una de las esquinas, tan leve que casi parecía una ilusión, pero suficiente para hacer que el pulso se le acelerara de inmediato.

—¡No me jodas!

El aire cambió en cuestión de segundos, volviéndose más pesado, más difícil de respirar, como si cada inhalación costara un poco más que la anterior, y Edith sintió cómo la inquietud inicial se transformaba en algo mucho más serio, más urgente.

Se acercó a la puerta con rapidez y tiró de ella con fuerza, pero no cedió.

—¡Davina! —gritó con desesperación—. ¡Davina, por favor!

—Lo siento —dijo Davina—. No tengo otra opción, Edith. Tienes que morir como murieron ellas.

—¿Ellas? ¿Quiénes son ellas? —preguntó a la vez que tosía por culpa del humo.

—Las otras mujeres de Alaric. Fue fácil conseguir que se suicidaran después de dar a luz.

Davina las había manipulado, usando probablemente una depresión posparto, para que se quitaran la vida. Esa mujer estaba loca.

¿Cómo no lo había visto antes?

—Davina, no tienes por qué hacerlo. No me tienes que matar.

—Morirás. Y yo me quedaré en el clan. Mi hermano necesita que cuide de los niños.

—Davina, por favor...

Pero sus súplicas no tuvieron respuesta. Solo ese silencio denso al otro lado que ahora resultaba insoportable.

El humo empezó a colarse con más rapidez, enredándose en el aire, raspándole la garganta, obligándola a toser mientras comenzaba a sentir el calor del fuego en la piel.

Edith retrocedió un paso, luego otro, notando cómo el espacio parecía cerrarse a su alrededor, cómo las paredes se acercaban sin moverse, cómo el aire se volvía insuficiente.

—Vale… —murmuró, pero su voz ya no tenía firmeza—. Vale, Edith, no entres en pánico. Entrar en pánico es lo peor que puedes hacer. Piensa.

Pero no estaba pensando. No podía hacerlo.

El corazón le golpeaba el pecho con una fuerza desmedida, la respiración se volvía irregular, demasiado rápida, demasiado superficial, y cada intento por mantener la calma se deshacía en cuanto volvía a inhalar ese aire cargado de humo.

Golpeó la puerta con ambas manos, una vez, dos, tres, cada vez con más fuerza.

—¡Hay fuego! ¡Abrid! ¡Me voy a quemar!

Nadie respondió.

El calor aumentó, atravesando la tela de su ropa, pegándose a su piel, volviendo cada movimiento más torpe, más pesado, mientras el humo le nublaba la vista y le hacía arder los ojos.

Edith tosió, llevándose una mano a la garganta, tratando de respirar, de encontrar aire donde ya casi no lo había, y fue entonces cuando el miedo dejó de ser una idea lejana para instalarse por completo en su pecho, apretando, ocupándolo todo, sin dejar espacio para nada más.

No iba a salir de allí. Iba a morir.

Se apoyó en uno de los sacos, intentando sostenerse, notando cómo las piernas le temblaban, cómo la cabeza le daba vueltas, cómo el aire ya no era suficiente.

—No… —susurró, con la voz quebrada.

Y entonces pensó en él.

En Alaric.

En su mirada firme, en la forma en que pronunciaba su nombre, en cómo, sin darse cuenta, se había convertido en el único punto sólido en medio de todo aquel caos.

Una risa breve, rota, se le escapó entre la tos.

Estaba enamorada profundamente de Alaric.

—Justo ahora…

Justo cuando lo había entendido, cuando había aceptado lo que sentía, cuando había dejado de resistirse.

Cerró los ojos un instante, apretando los labios, mientras el calor la envolvía y el humo lo llenaba todo.

—Ni siquiera voy a poder decírselo —dijo antes de perder el conocimiento.

Y eso fue, de todo, lo que más le dolió.

—¡Despierta! Edith, por favor... ¡despierta!

La voz masculina, cargada de una desesperación que ella nunca antes le había escuchado, la arrancó de la oscuridad. Edith abrió los ojos con un esfuerzo titánico, pero la luz hirió sus pupilas. Antes de que pudiera procesar dónde estaba, una tos violenta y seca sacudió

su cuerpo, quemándole la garganta como si todavía tuviera brasas en su interior.

—Casi me quemo —logró articular cuando recuperó el aliento.

Al enfocar la vista, se dio cuenta de que estaba tendida en el suelo, con Alaric arrodillado a su lado.

El aire todavía transportaba el olor acre del humo.

—¿Qué hacías en el almacén abandonado? —le preguntó Alaric, con la preocupación reflejada en su rostro—. Nadie lo usa. ¿Cómo se te ha ocurrido llevar una vela?

Edith se esforzó por sentarse, intentando poner en orden todos sus pensamientos.

—¿Crees... —hizo una pequeña pausa, tosiendo. Aún le costaba respirar—, crees que yo he encendido el fuego?

Alaric negó con la cabeza.

—Ha sido un accidente.

—Uno que crees que yo he provocado.

—¡Por los clavos de Cristo, muchacha! —Alaric se pasó la mano por la cara con desesperación—. Hasta a punto de morir estás de humor para discutir conmigo.

Entonces Edith se fijó en la quemadura que él tenía en el brazo.

—Me has salvado.

Alaric era quien la había rescatado. Si no fuera por él, estaría muerta.

—Nadie suele pasar por esa zona, pero uno de mis guerreros estaba cerca con una sirvienta y vio el humo. —Alaric no necesitó dar más detalles; la indiscreción del soldado le había salvado la vida a ella—. Dio la voz de alarma mientras yo supervisaba unos arreglos en el muro. Eché a correr y, para cuando llegué, él ya había derribado la puerta de un golpe. Entré a por ti y te saqué de allí; por suerte, las llamas todavía no te habían alcanzado.

—Te debo mi vida, entonces —logró decir Edith, poniéndose en pie con dificultad mientras sus piernas aún temblaban.

Alaric imitó sus acciones y, para sorpresa de ella, la rodeó con sus brazos en un abrazo desesperado.

—Por Dios, Edith... podrías haber muerto —susurró él contra su cabello, su voz aún ronca por el humo y el miedo.

Al separarse lentamente, Edith se percató de que no estaban solos. Un grupo de miembros del clan los observaba en silencio, y entre ellos, con el rostro pálido y los ojos desencajados, estaba Davina.

Edith sostuvo su mirada con una dureza que nunca antes había mostrado.

—No has conseguido matarme —soltó Edith, su voz resonando con firmeza ante los presentes.

Davina retrocedió, dejando escapar un grito ahogado.

—¡Yo no he tenido nada que ver! ¡No sé de qué hablas! —exclamó, buscando desesperadamente la mirada de los demás.

—¿Qué dices, Edith? —preguntó Alaric, frunciendo el ceño, confundido por la acusación tan directa.

—Intentó matarme, Alaric. Me encerró en ese almacén y prendió fuego para deshacerse de mí. Ella manipulo a tus esposas para que se quitasen la vida, la maldición es ella. Está enferma, necesita ayuda.

—¡Es mentira! ¡Es una mentirosa! —gritó Davina, volviéndose hacia su hermano—. ¡No la creas, Alaric! ¡Mírame, soy tu hermana!

El silencio que siguió fue sepulcral. Alaric miró a Edith, viendo la verdad y el dolor en sus ojos, y luego se volvió hacia Davina. Su mirada se volvió gélida, la de un laird juzgando a un traidor.

—Davina... ¿qué has hecho? —preguntó él en un susurro cargado de horror—. ¿Qué has hecho?

En ese instante, Edith lo supo. Alaric confiaba en ella. Había elegido su palabra por encima de la sangre, sin dudarlo ni un instante.

Pero ella no podía ser igual de sincera con él.

Y eso la estaba matando por dentro.

Capítulo 17

Había pasado una semana desde que Davina intentó asesinar a Edith. La locura de la joven era ya un secreto a voces en la fortaleza, aunque el silencio que reinaba en los pasillos empezaba, por fin, a romperse.

Maisie y Baird pensaban que su tía había decidido ingresar por voluntad propia en un convento en las lowlands. Algún día sabrían que su padre la había enviado allí con la esperanza de que las monjas pudiesen tenerla controlada. Pero, de momento, era mejor así.

—Echo de menos a la tía Davina —dijo Maisie con un suspiro, dejando caer una margarita en su regazo.

Baird, a unos metros de ella, corría por el prado ajeno a la conversación. Edith miró a la pequeña y forzó una sonrisa, aunque la sombra de lo ocurrido aún le pesaba en el pecho.

—Ella también te echará de menos, Maisie —respondió Edith. Y no mentía.

Sabía que Davina amaba a los suyos, a su manera retorcida. Pero el mal que habitaba en su cabeza era algo que nadie en aquel siglo sabía nombrar ni curar.

—¿Crees que las monjas la dejarán volver pronto? —insistió la niña, mirándola con esperanza.

—Ella es feliz en el convento, Maisie y debemos respetar eso.

No le gustaba mentir a la niña, pero era demasiado pequeña para entender la verdad. Alguna día la sabría y esperaba de corazón que fuese capaz de perdonar a su tía. De perdonarla por llevar a su madre a la muerte.

Maisie asintió, aunque sus dedos jugueteaban nerviosos con los pétalos de una margarita.

—¿Tú nunca te vas a ir de mi lado, verdad? —preguntó de pronto, clavando sus ojos claros en los de Edith.

Edith dejó las flores y le tomó las manos con firmeza.

—No me ire a ningun lado —le dijo con sinceridad.

O por lo menos con toda la sinceridad que fue capaz de reunir.

Deseó con todas sus fuerzas que aquello fuera una verdad absoluta. Al soltar a la niña, su mano buscó instintivamente el frío metal del medallón que ahora llevaba oculto bajo la ropa. Rogó en silencio que el objeto no cobrara vida, que no la obligara a marcharse justo ahora.

No podía dejar a esa niña sola. No todavía.

—¿Me lo prometéis, mama? —insistió Maisie, buscándole la mirada.

Como cada vez que le llamaba mama a Edith se le encogia el corazon.

—Te lo prometo por lo que más quiero —respondió ella, apretando el amuleto contra su pecho a través de la tela.

La niña sonrió feliz y ella sintió que tenía que decir algo más.

—Pero si algún día me veo obligada a irme, quiero que sepas que, aunque no me veas, estaré contigo.

La niña frunció el ceño.

—¿Vas a morirte?

—No, pequeña. No me voy a morir —le aseguró Edith con una sonrisa triste, mientras por dentro rogaba que el medallón no decidiera lo contrario—. Solo quiero que sepás que mi amor no depende de que estemos en el mismo lugar.

—Pero vamos a estar en el mismo lugar.

Aquella niña era igual de tozuda que su padre.

—He encontrado una piedra que brilla. —Braid se acercó a ellas, enseñándoles la piedra que sostenía en su mano derecha.

Por primera vez, Edith agradeció la costumbre del niño de interrumpir las conversaciones.

—Es azul —dijo Maisie, sorprendia—. El azul es mi color favorito.

—Lo sé —respondió Braid con una sonrisa de sabiondo—. Por eso es para ti. —Estiró su mano, posando la piedra en la palma de

su hermana.

Maisie observó la piedra con fascinación.

—¿Me la regalas?

Braid asintió.

—Eres mi hermana pequeña, tengo que compartir todo contigo.

Edith esbozó una sonrisa feliz.

—¿Entonces me vas a dejar también tu espada de madera? —preguntó Maisie.

Baird cambió el gesto de inmediato y dio un paso atrás, protegiendo su arma.

—No. Mi espada no se toca —respondió con total seguridad.

Edith se mordió el labio inferior para no soltar una carcajada. Al menos había logrado que compartiera la piedra, aunque la espada seguia siendo un tesoro demasiado importante para él.

—Tal vez podemos convencer a tu padre para que te talle una espada a ti —le dijo a Maisie.

—Apenas hemos visto a papa desde que la tía se fue —dijo Baird con tristeza.

Edith tampoco lo había visto casi. Sabía que Alaric estaba triste por lo sucedido y había decidido darle su espacio. Pero lo cierto era que lo echaba de menos.

—Deberíamos entrar a comer —propuso Edith, interrumpiendo los juegos de los niños—. Ya sabéis que a la cocinera no le gusta que lleguemos tarde.

Los niños asintieron de inmediato. Conocían bien el mal genio de la mujer cuando sus guisos se enfriaban, por mucho que luego les diera dulces a escondidas.

—Si tardamos un minuto más, nos servirá caldo de ortigas —bromeó Baird,

—¡Y nos hará fregar las ollas grandes! —chilló Maisie, echando a correr hacia la entrada.

Edith los siguió.

Ya en el gran salón, mientras comia un cuenco de guiso de conejo, llegó a una conclusión: ya le había dado a Alaric más que suficiente espacio. El silencio empezaba a ser un muro más alto que los del propio castillo, y era momento de derribarlo.

A fin de cuentas, ella era una psicóloga licenciada. Sabía leer los silencios, interpretar el dolor y desenredar las mentes más testarudas. Si podía tratar con pacientes difíciles en su propia época, un guerrero escocés herido por la traición de su hermana no iba a ser la excepción.

«He estudiado años para entender el comportamiento humano», se dijo, dejando la cuchara de madera a un lado. «Y este hombre está gritando auxilio sin decir una sola palabra».

Tras pedirle a Mairi que vigilara a los niños, salió al patio en busca de Alaric. No fue sencillo dar con él, pero ella no era de las que se daban por vencida con facilidad. Tras interrogar a varios miembros del clan, que la miraban con curiosidad, terminó encontrándole en los establos, junto a Tiernan.

Alaric ya estaba montado sobre Trueno, su enorme semental blanco.

—¿Partís? —le preguntó Edith, deteniéndose frente a ellos.

—Vamos al pueblo a encargarnos de unos asuntos —se apresuró a decir Tiernan antes de que Alaric abriera la boca—. Pero... puedo encargarme yo solo, si es menester.

—No, no puedes —apuntó Alaric, con voz cortante, ajustando las riendas sin mirarla.

—Tengo que hablar contigo —dijo Edith, dando un paso más hacia el caballo.

—Hablaremos, más no ahora —insistió él, dando un ligero toque con los talones a Trueno para que avanzara.

Pero Edith no estaba dispuesta a que se escapara. Con un impulso repentino, alargó la mano, atrapó el borde de la manta de montar y puso un pie en el estribo, intentando subir. El movimiento fue tan torpe que Trueno se removió, nervioso, y ella perdió el equilibrio, soltando un grito ahogado mientras caía de espaldas.

—¡Edith! —gritó Alaric.

Antes de que tocara el suelo, el brazo firme del guerrero la rodeó por la cintura, izándola con una fuerza brutal. En un abrir y cerrar de ojos, la depositó frente a él, sobre la cruz del caballo, atrapada entre su pecho y sus brazos.

—¿Eres una necía o quieres matarte, muchacha? —le espetó él, enfadado, con el rostro a pocos centímetros del suyo.

—No soy necia —replicó ella, recuperando el aliento, pero sin apartar la mirada—. Solo estoy decidida.

—¿Decidida a que?

—A que dejes de cerrarte en ti mismo y hables conmigo.

—No necesito hablar.

Aquella respuesta no le sorprendió. Por supuesto que Alaric no se lo pondría fácil.

—Entonces hablaré yo sola —dijo Edith, acomodándose frente a él sobre la montura.

Alaric la conocía lo suficiente para saber que, cuando aquella muchacha tomaba una decisión, era más firme que los cimientos de la torre. No había forma humana de hacerla cambiar de opinión.

—¿Vamos a ir los tres al pueblo? —preguntó Tiernan con una sonrisa burlona, observándolos desde su caballo.

—Ve tú solo —ordenó Alaric sin mirarlo—. Haz lo que acordamos.

Tiernan asintió con un gesto divertido y salió del establo al trote. Alaric, en vez de bajar a Edith del animal, azuzó las riendas con un golpe seco.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella, sintiendo el calor del pecho del guerrero contra su espalda.

Él no respondió. Trueno relinchó y emprendió la marcha. Salieron del establo cruzando el patio de armas, donde el sonido de los cascos resonó contra el empedrado. Al llegar al puente levadizo, las maderas crujieron bajo el peso del gran semental, dejando atrás la seguridad de las piedras del castillo para adentrarse en las tierras abiertas.

Cabalgaron en un silencio denso, roto solo por el viento de las Highlands y el rítmico galope del caballo. Atravesaron senderos flanqueados por brezo hasta que el rugido del agua empezó a apagar cualquier otro sonido.

Finalmente, llegaron a la cascada. El agua caía con fuerza desde lo alto, rompiendo en una espuma blanca contra las rocas

oscuras. Alaric detuvo a Trueno justo donde la brisa empezaba a salpicarles el rostro.

Saco una manta de las alforjas del caballo y la coloco en la hierva.

Edith se sentó y ella se sentó a su lado. Durante unos minutos se mantuvieron en silencio.

—Este lugar es precioso —dijo ella rompiendo el silencio—. Se ha convertido en mi lugar favorito. Aunque todas las Highlands lo son.

Alaric solo la miró.

—Podías haber muerto por mi culpa —le dijo al fin—. No vi la locura de Davina.

Edith suspiró. Alaric la estaba evitando porque se sentía culpable.

—No hay culpa en amar y confiar en a una hermana.

Alaric soltó una risa sin humor.

—En el fondo sabía que había algo extraño en ella. Siempre fue una niña demasiado complaciente, demasiado suya. Pero no lo vi, no quise verlo.

—Es tu hermana Alaric y ella era buena con los niños. Estoy segura de que los ama.

—Los ama pero les arrebato a sus madres. —Él hizo una pausa —. ¿Eso es amor? —preguntó él.

—Necesitaba sentirse útil. Y en su enfermedad creyo que era la única manera.

Alaric suspiró

—Me despose dos veces pero nunca estuve enamorado de ninguna de mis esposas. Tampoco les preste la atención necesaria. Mi hermana las manipulo hasta que se quitaron la vida. Pero si yo les hubiese prestado atención, las hubiese dado su lugar estarian vivas,

Edith negó con la cabeza y estiró su mano para posarla sobre la de él.

—Ella las hubiese matado como intento matarme a mi.

—Pero no lo consigio.

Edith esbozó una sonrisa débil.

—Porque matarme no es fácil.

Esa chispa de seguridad pareció devolverle a Alaric un poco de luz a los ojos. Se quedó en silencio, procesando sus palabras, y por primera vez en días la tensión de sus hombros cedió.

—Si te hubiese sucedido algo, no habría podido seguir viviendo —confesó él con una voz ronca.

—Eres el laird del clan, Alaric. Un guerrero. Habrías sobrevivido —le recordó ella, intentando apelar a su fuerza.

—Sobrevivir no es vivir. En realidad, creo que llevaba toda la vida sobreviviendo antes de conocerte. —Alaric fijó la mirada en la cascada y, después, volvió a centrarla en ella—. Por los clavos de Cristo, muchacha... Estoy enamorado de ti.

Lo dijo con asombro, como si esa revelación explicara cada uno de sus actos, cada duda y cada temor de las últimas semanas. El corazón de Edith comenzó a palpitar con fuerza y un hormigueo dulce invadió su estómago. Instintivamente, se inclinó hacia él, acortando la escasa distancia que los separaba.

—Yo también te amo a ti, guerrero tozudo.

Aquella era la mayor verdad que había pronunciado en toda su vida; tanto en este siglo como en el suyo.

Alaric acercó sus labios a los de ella.

El beso fue diferente a todos los que se habían dado hasta ese momento. No había urgencia, ni un deseo sexual irreflenable, había amor; el más puro amor. Y Edith estaba segura de que nunca había amado a nadie como lo amaba a él.

Alaric se separó apenas unos milímetros, manteniendo sus manos grandes y rudas acunando el rostro de ella con una delicadeza infinita.

—Cásate conmigo, Edith —dijo él, con una voz profunda que vibraba contra el aire húmedo de la cascada—. No porque el rey lo haya ordenado. No porque sea tu obligación como mujer en mis tierras. Cásate conmigo porque lo deseas, porque me amas como yo te amo a ti.

—Sí, Alaric —respondió ella sin un segundo de duda, dejando que una lágrima de pura felicidad resbalara por su mejilla—. Sí, quiero casarme contigo.

Alaric cerró los ojos un instante, soltando un suspiro de alivio que pareció quitarle un peso de años de encima. La atrajo hacia sí en un abrazo feroz, hundiendo el rostro en su cuello mientras la estrechaba contra su pecho.

—Acabas de hacerme el hombre más feliz de las Highlands.

Edith abrió la boca para responder, pero el sonido de un relincho nervioso y el eco de cascos golpeando las piedras del sendero se lo impidieron. El ruido bajaba directamente hacia el claro de la cascada.

Alaric reaccionó al instante. El hombre relajado de hace un segundo desapareció, sustituido por el guerrero que siempre vigilaba el horizonte. Se puso en pie de un salto y corrió hacia su semental, que piafaba nervioso en el roble al que estaba atado.

Sin perder un segundo, alcanzó la empuñadura de la espada que colgaba de la silla de montar. El acero siseó al salir de la vaina, lanzando un destello plateado bajo el vapor de la cascada.

—Ni un sonido —le ordenó a Edith en un susurro gélido, a la vez que la colocaba tras él, protegiéndola con su cuerpo.

—Estamos en tus tierras, tal vez sea Tiernan —dijo ella, desobedeciéndole.

—Reconozco el galope de los caballos de mis guerreros. Este no es uno de ellos —susurró Alaric, mientras el rítmico golpear de los cascos se hacía cada vez más nítido.

—Pero...

Edith intentó moverse, pero Alaric se lo impidió.

—Obedéceme por una vez en tu vida —siseó él, sin apartar la vista del linde del bosque.

El eco de los cascos se hizo más pesado, rompiendo la armonía de la cascada. De entre la espesura de los abedules, emergió un único caballo que avanzaba al paso, cargando con dos figuras.

Alaric frunció el ceño, sus ojos verdes estrechándose con una mezcla de sospecha y reconocimiento. No relajó el agarre sobre su espada, pero su postura cambió sutilmente.

—Finlay MacLaren, ¿cómo te atreves a entrar en mis tierras? —preguntó, sin dejar de empuñar la espada.

El hombre descendió del caballo y ayudó a bajar a la mujer. Una joven de pelo castaño que iba vestida con los colores del clan MacLaren.

—Me ha llegado el rumor de que me estabas buscando, MacFarlane.

—Eso no te da permiso para entrar en mis tierras sin anunciarte —espetó Alaric con voz gélida. Sin embargo, al ver que el otro hombre había dejado su arma en la montura, él también envainó la suya.

—He enviado a un mensajero a la fortaleza —explicó Finlay, extendiendo las manos en un gesto de paz—. Pero pensé en traer a mi mujer a ver la cascada mientras esperábamos respuesta. Siempre he creído que este es el rincón más bello de tus tierras. Veo que tú piensas de la misma forma.

La joven esbozó una tímida sonrisa.

Edith salió de detrás de Alaric.

—¿Es amigo tuyo? —le preguntó.

Finlay soltó una carcajada.

—No lo somos, pero es mi intención que lo seamos —dijo antes de que Alaric pudiese hablar.

—Tal vez podamos sellar la paz, mas nunca seremos amigos —tuvo la necesidad de añadir Alaric, provocando que Edith suspirase.

¿Por qué tenía que ser tan bruto?

—Me conformo con la paz —dijo Finlay.

—No será una posibilidad hasta que tu padre fallezca.

—Mi padre está en su lecho de muerte. La curandera no le augura más de una semana de vida.

—Y en vez de estar junto a él, has venido a mis tierras. Debo suponer que los rumores son ciertos y tu padre no acepta tu boda. Te ha desterrado. Y has venido en busca de que, firmando la paz, consigas el beneplácito de tu clan.

Finlay soltó una carcajada sin humor.

—Mi padre no tiene el poder de desterrarme. Los hombres confían en mí. No necesito sellar la paz para ello.

—¿Y entonces, a qué debo el placer de tenerte en mis tierras?

—Me temo que yo soy la culpable, laird —intervino la mujer que acompañaba a Finlay, dando un paso al frente con una serenidad sorprendente.

—No es necesario que... —comenzó a decir Finlay, pero ella lo acalló con una sonrisa cálida y una mano sobre su brazo.

A Edith le quedó claro que era un matrimonio por amor. Tal vez en esa época eran más comunes de lo que estaba escrito en los libros de historia.

—Sois inglesa —dijo Alaric.

Ella asintió.

—Disculpadme, hablo en inglés, aunque apenas sé unas pocas palabras en gaélico.

Edith se dio cuenta de que ni siquiera había notado que la joven estaba hablando en inglés. En realidad, Edith era incapaz de diferenciar los dos idiomas. Se preguntó si podría volver a hablar su lengua materna.

—Yo también soy inglesa —intervino—. Tenemos eso en común.

La joven la miró y sonrió.

—Es algo refrescante encontrarse con una mujer de mi tierra —dijo, demostrando a Edith que no había olvidado su idioma, aunque a ella ambos le sonaban ahora mismo igual.

Sin duda era la magia del medallón.

—No eres inglesa, ahora eres escocesa —sentenciaron los dos hombres al unísono, provocando que ambas mujeres compartieran una mirada de complicidad y una sonrisa.

—Doy por hecho que a tu padre no le ha gustado que te desposes con una inglesa —dijo Alaric.

—Estás en lo cierto —concordó Finlay, que no parecía en absoluto preocupado.

—Como os iba diciendo, laird —dijo la joven, retomando la conversación—, mi marido me salvó de una muerte segura.

—¿Te intentaron matar? —preguntó Edith, horrorizada.

—Los soldados del rey Juan, que me escoltaban camino de mi nuevo hogar.

Alaric la miró confuso y Edith soltó un pequeño gritito.

—Eso es horrible... —murmuró Edith, tapándose la boca con la mano.

—Lo es. Asesinaron a mi doncella sin piedad. Por fortuna, Finlay estaba cerca; acabó con ellos y me salvó la vida.

Alaric permaneció en silencio, pero su mandíbula se tensó tanto que pareció de piedra. Una sospecha horrible empezaba a tomar forma en su mente, una que desafiaba toda lógica. Miró a la joven y luego a Edith, tratando de encajar las piezas de una historia que no debería estar ocurriendo.

—¿Soldados del rey Juan? —repitió Alaric con voz ronca—. ¿Adónde te escoltaban?

—A tu fortaleza —dijo ella.

Alaric alzó una ceja.

—El rey Juan había ordenado a sus hombres matarla en cuanto llegase a tus tierras y culparte a ti —declaró Finlay —. Así no tendría que cumplir el trato que llegó con el rey Guillermo.

Edith sentía que el aire había cambiado bruscamente, aunque no acababa de entender la razón.

—Te preguntarás qué hacía en tus tierras, por qué me infiltré como un campesino —continuó Finlay, aunque Alaric se estaba haciendo muchas preguntas, pero ninguna era esa—. Antes de que mi padre muriese, quería asegurarme de que eras un laird digno de tu pueblo. No quería firmar la paz con un hombre al que sus miembros no respetaban, pero lo hacen.

—Laird —intervino la mujer de Finlay al ver que Alaric no pronunciaba palabra alguna—. Antes de encontrarme con vos estaba segura de que arderíais de ira al saber que me había casado con Finlay, pero ahora veo cómo miráis a esa joven…

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Alaric, a pesar de que no estaba seguro de querer saber la respuesta.

Porque, en el fondo de su ser, ya la sabía.

—Edith de Lancey.

Alaric se quedó de piedra y Edith sintió que el mundo se desmoronaba. Aquella joven era la verdadera Edith y acababa de demostrar que ella era solo una impostora.

Edith miró a Alaric. El highlander tenía los ojos fijos en la verdadera Edith, aunque Edith sabía que su mente estaba en la traición de ella, ya que pudo ver con claridad el dolor reflejado en el rostro de Alaric, y eso la destrozó.

¿Pero cómo podía explicarle la verdad? ¿Y cómo hacerlo delante de dos desconocidos para ella?

Pensaría que había perdido el juicio, como Davina, o tal vez creería que se estaba riendo de él. ¿Por qué iba a creer a una mentirosa?

El pánico la venció. Actuando por puro instinto cobarde, Edith se lanzó hacia Trueno, que aguardaba sin atar. Montó de un salto y espoleó al animal, alejándose al galope mientras el sonido de la cascada ahogaba cualquier grito que intentara detenerla.

Capítulo 18

El terror nubló su juicio y Edith cabalgó sin rumbo, dejando que el instinto del animal la guiara a través de la espesura. Para su sorpresa, Trueno no intentó derribarla, sino que pareció entenderla y galopó con una nobleza inesperada.

Cuando el cansancio empezó a doblegarla y el semental redujo el paso, Edith levantó la vista y el corazón se le detuvo. Frente a ella, alzándose como centinelas silenciosos bajo la luz crepuscular, se encontraban las piedras. Había regresado al círculo de piedras donde todo había comenzado. Donde unas semanas atrás había intentado regresar sin éxito.

Se bajó de Trueno. Se dirigió hacia el círculo y colocó una mano en una de las piedras.

—No quiero regresar —susurró—. Pero ya no puedo quedarme —dijo con un sollozo.

—¿Quien eres en realidad? —preguntó una voz interrumpiendole.

Edith se giró violentamente. Alaric estaba allí, montado sobre el semental de Finlay. No lo había oído llegar; el silencio del guerrero era tan gélido como su mirada. No había rastro del hombre que le había dicho que la amaba junto a la cascada; solo quedaba el laird traicionado, con los ojos ardiendo en una furia contenida.

—Edith Lancey.

Él enarcó una ceja, pero su expresión no se suavizó. Desmontó con un movimiento brusco, acortando la distancia con una zancada amenazante.

—No te tenía por una mentirosa —siseó Alaric, deteniéndose a pocos centímetros de ella—. He visto a la verdadera Edith de Lancey. Así que dime, antes de que pierda la poca paciencia que me queda:

¿quién eres y qué haces en mis tierras con un nombre que no te pertenece?

—No te he mentido en mi nombre —confesó Edith, retrocediendo hasta chocar con la piedra—. Pero no soy la dama inglesa ni la prometida que esperabas. Soy... soy alguien que no debería estar aquí. Alaric, he viajado a través del tiempo.

Alaric soltó una carcajada seca y amarga, un sonido carente de alegría.

—¡Dime la verdad! —gritó, su rostro a escasos centímetros del de ella—. Merezco la maldita verdad. ¿Quién eres, Edith? ¿Acaso eres una espía enviada para debilitar a mi clan desde dentro?

—No soy una espía, Alaric —logró articular ella, con la voz quebrada—. Jamás te haría daño... ni a ti, ni a tus hijos.

—No te atrevas a nombrarlos —rugió él, dando un paso amenazante que la obligó a retroceder contra la piedra fría—. Los has engañado igual que me has engañado a mí. Les has hecho creer que los querías, que eras parte de esta familia.

—¡Es que los quiero! —gritó Edith, dejando que las lágrimas resbalaran por sus mejillas—. Igual que te amo a ti. Alaric, estoy enamorada de ti...

—¡Deja de mentir! —siseó él, tomándola por las muñecas con una fuerza que denotaba su lucha interna—. ¡Dime quién eres de una maldita vez!

Antes de que pudiese responder, una luz azulina y palpitante comenzó a filtrarse a través de la fina tela del vestido de Edith. El resplandor nacía justo donde descansaba el medallón.

—¿Qué brujería es esta? —preguntó Alaric, retrocediendo un paso, con la mano buscando instintivamente la empuñadura de su espada.

Edith, temblando, sacó el medallón de debajo de su ropa. El metal vibraba y la luz era ahora tan intensa que iluminaba las caras de las piedras circundantes. Al ver que él también podía verlo, Edith comprendió que el portal finalmente estaba despertando.

—No es brujería, Alaric —dijo ella con lágrimas en los ojos—. Es el camino de vuelta. Es el momento de regresar a mi tiempo.

—¡¿A tu tiempo?! —gritó él, pero su voz empezó a sonar lejana, como si le hablara desde el fondo de un pozo—. ¡Qué necedad estás diciendo!

—No pertenezco a esta época, Alaric. Y creo que ya he cumplido mi misión.

—¿Tu misión? —preguntó él, retrocediendo un paso, confundido por el resplandor que emanaba del pecho de Edith y que iluminaba sus rostros con una luz azulada.

—Davina ha sido descubierta. Ella no hará más daño. Tus hijos han recuperado a su padre... y yo —Edith hizo una pausa, luchando contra las lágrimas—, yo he descubierto el verdadero amor.

Alaric abrió la boca, pero ella no pudo escucharle porque el mundo empezó a inclinarse.

El mareo que recordaba de su primer viaje regresó con una fuerza devastadora, una náusea que le revolvió el estómago y empañó su visión. Las piedras rúnicas empezaron a vibrar, emitiendo un zumbido agudo que vibraba en sus propios huesos.

Alaric dio un paso hacia ella, extendiendo una mano desesperada. Su rostro, antes endurecido por la furia, ahora mostraba un terror puro.

—¡Edith, no! —gritó él, pero su figura comenzó a difuminarse, convirtiéndose en sombras y ráfagas de luz verdácea.

Edith intentó alcanzarlo, pero sus dedos solo atraparon el aire frío. El suelo desapareció bajo sus pies y la realidad se fragmentó en mil pedazos. Lo último que vio antes de que la oscuridad la reclamara fueron los ojos azules de Alaric, fijos en ella.

Capítulo 19

El vacío la succionó con una fuerza devastadora. Por un instante, Edith no fue más que oscuridad y un zumbido ensordecedor que le taladraba los oídos.

De repente, el suelo golpeó sus rodillas. El aire ya no olía a brezo y leña, sino a humedad estancada y asfalto lejano. El mareo la obligó a cerrar los ojos mientras el estómago se le revolvía violentamente.

—¿Alaric? —susurró con un hilo de voz, extendiendo la mano hacia la nada.

Esperaba sentir el roce de su *kilt*, la aspereza de su piel o el calor de su cuerpo. Pero sus dedos solo acariciaron la hierba fría y corta. Abrió los ojos con esfuerzo, luchando contra la visión borrosa que le devolvía el mundo en manchas grises.

Buscó su figura, buscó al guerrero que hacía un segundo gritaba su nombre con desesperación. Pero Alaric no estaba.

Claro que no estaba; ella ya no estaba en el año 1200. El círculo de piedras seguía allí, inmutable al paso de los años. Pero era lo único que no había cambiado.

A lo lejos, un sonido metálico y monótono rompió el silencio del valle. No eran caballos ni gritos de guerra. Eran las voces de los ancianos regresando al autobús. Entonces Edith se dio cuenta de que había regresado en el mismo instante en el que había desaparecido.

Por un instante pensó que lo había soñado todo, que tal vez había tenido una alucinación. Pero bajó la cabeza y vio que iba ataviada con la camisa, la falda y el manto de los MacFarlane.

—¿Has podido grabar el vídeo, ricitos de miel?

La voz la sacó de su ensoñación de golpe. Allí estaba su abuela, observándola con una sonrisa tranquila, como si solo hubieran

pasado unos segundos desde que Edith se alejó hacia las piedras.

—Yo... eh... yo... —balbuceó Edith, sintiendo el peso de la lana de los MacFarlane sobre su piel.

La abuela amplió su sonrisa ante la perplejidad de su nieta. Se acercó un paso y le puso una mano en el hombro, con una presión cálida y real.

—Estás diferente, cariño. Has madurado —le dijo, recorriendo con la mirada su ropa antigua sin mostrar la menor sorpresa.

—No lo entiendo. —Edith negó con la cabeza, con la voz quebrada—. Han pasado semanas y yo...

—Aquí tan solo han pasado unos segundos —le explicó su abuela con naturalidad—. Ese es el poder del medallón. El tiempo no corre igual para el corazón.

Edith tragó saliva, sintiendo que el mundo giraba a su alrededor.

—Te vi, abuela. Te vi en el mercado de las Highlands y tú... parecías otra.

—Estaba desolada —terminó ella, con una sombra de recuerdo en los ojos—. Mi vida no tenía sentido alguno en aquel entonces. Pero viajé y conocí a tu abuelo. Él fue mi ancla.

—Pero esta no es tu época, abuela —exclamó Edith, dándose cuenta de la magnitud de lo que estaba escuchando—. Tú también eres...

La anciana soltó una risita suave y llena de sabiduría.

—Estoy donde debo estar, Edith. He echado raíces en este tiempo porque aquí encontré lo que buscaba.

Se hizo un silencio pesado, solo roto por el motor del autobús al pie de la colina. Margaret miró a Edith con intensidad.

—La pregunta es: ¿lo estás tú? ¿Es este tu sitio o solo el lugar donde naciste?

—No entiendo, abuela... ¿Qué quieres decir? —balbuceó Edith, sintiendo el frío asfalto a sus espaldas y el peso de la lana escocesa sobre sus hombros.

—¿Has encontrado el amor? El de verdad, el que te hace sentir que tu alma ha encajado por fin.

Edith no tuvo que pensárselo ni un segundo. La imagen de Alaric bajo la cascada, su confesión y la calidez de su abrazo

inundaron su mente.

—Sí —respondió con una firmeza que la sorprendió a ella misma—. Me he enamorado de Alaric MacFarlane. Me he enamorado como nunca antes lo he hecho y como nunca lo haré, abuela. Porque mi corazón le pertenece a él.

Margaret sonrió y sostuvo las manos de Edith entre las suyas.

—Entonces tu lugar está allí, no aquí, ricitos de miel.

—Pero no fui sincera con él —sollozó Edith, bajando la cabeza —. Me ha descubierto justo antes de marcharme. Debe odiarme, abuela. Lo último que vi en sus ojos fue traición.

Su abuela le acarició la mejilla con una ternura infinita, secándole una lágrima con el pulgar.

—El perdón es la otra cara del amor, Edith. Si su amor es tan grande como el tuyo, entenderá que tu mentira no nació de la malicia, sino del miedo a perderlo.

—Pero él me ha visto desaparecer, debe pensar que soy una bruja.

—¿No hay brujería en el amor? —preguntó su abuela con una sonrisa.

—El abuelo sabía que…

—Como tú, al principio no fui sincera —le interrumpió con una sonrisa nostálgica—. Pero cuando lo fui, él me creyó, como lo hará Alaric.

Edith tragó saliva.

—Pero no puedo desaparecer, abuela. Mi familia, mis amigos…

—No debes preocuparte por eso. Yo me encargaré de todo. Nadie sufrirá por tu ausencia. Recordarán tu vida con alegría, no con dolor. Confía en mí.

Edith asintió. No dudaba de las palabras de su abuela. Sabía que ella tenía el poder de tejer los recuerdos para protegerla.

—Pero no sé cómo regresar —confesó Edith, mirando las piedras silenciosas—. No sé cómo hacerlo funcionar.

La abuela estiró la mano y tocó con un dedo el medallón que Edith llevaba sobre la camisa de lino. Al contacto, el metal soltó un destello azulado.

—Si estás preparada, el medallón te llevará de regreso. Pero escucha bien: si cruzas ahora, ya no podrás volver. Esa época se convertirá en la tuya para siempre. No habrá más viajes. Solo tú y tu destino con los MacFarlane.

Edith miró el medallón y luego el círculo de piedras. El zumbido empezaba a vibrar de nuevo en el aire, llamándola.

Nunca había tenido nada tan claro como aquello.

—Estoy preparada —dijo Edith, y esta vez su voz no tembló.

Su abuela le dio un beso en la mejilla y se alejó unos pasos de ella.

—Sé feliz, Edith.

Edith abrió la boca para despedirse, para darle las gracias por última vez, pero las palabras se deshicieron en el aire. El mareo regresó de golpe, envolviéndola en ese torbellino de luces y sombras que ya conocía. Sin embargo, esta vez la sensación fue distinta. No hubo miedo, ni náuseas, ni resistencia.

Fue una calidez envolvente, una caricia eléctrica que recorrió su cuerpo. Supo, con una certeza que le llenó el pecho de paz, que no estaba huyendo de su mundo, sino regresando al lugar al que realmente pertenecía. Al lugar donde la esperaba su vida, los niños y el hombre que amaba.

Capítulo 20

Edith supo que había regresado incluso antes de abrir los ojos. Lo sintió en el aire, en el olor, en su propio corazón.

Al abrir los párpados, una felicidad inimaginable la inundó. Allí, a pocos pasos, Alaric permanecía inmóvil entre las piedras. Tenía la mirada perdida en el vacío donde ella se había desvanecido apenas unos segundos atrás, con el rostro marcado por una desolación tan profunda que a Edith se le encogió el alma.

—Alaric —susurró ella, haciendo que él girase la cabeza con brusquedad.

—Has vuelto —logró decir él, como si no se atreviera a creer lo que veían sus ojos.

—Claro que he regresado. Mi hogar está a tu lado.

Edith corrió hacia él y Alaric la recibió en sus brazos, alzándola del suelo mientras la estrechaba contra su pecho.

Sin mediar palabra, sus labios se buscaron en un beso desesperado, un beso donde se declaraba todo el amor que sentían el uno por el otro.

—Lo siento —dijo ella cuando el beso se rompió—. Siento…

Él le colocó un dedo en los labios, acallándola.

—No hay nada que sentir.

—¿Me crees? —le preguntó—. ¿Crees que he viajado en el tiempo?

Alaric suspiró.

—No sé qué creer —se sinceró, y por primera vez, Edith vio una vulnerabilidad total en el fiero laird—. Te vi desvanecerte y sentí que el mundo se apagaba conmigo. Lo único que me importa es que has regresado. Pero te lo ruego... —la tomó del rostro con ambas manos —, que no haya más secretos entre nosotros. Nunca más.

Edith asintió, tragando saliva. Era el momento de derribar el último muro.

—Hay algo más que debo confesarte, Alaric... —hizo una pausa, buscando las palabras—. No soy estéril. Nunca lo he sido.

Alaric se quedó helado. Sus ojos bajaron instintivamente hacia el vientre de Edith, y una chispa de asombro cruzó su mirada mientras su mano se posaba allí, con una reverencia casi sagrada.

—¿Estás... llevas a mi hijo ahora mismo? —preguntó con la voz temblorosa.

—No, aún no —dijo ella con una sonrisa—. Llevo un anticonceptivo.

Él la miró, confuso.

—¿Qué?

Ella ladeó la cabeza.

—No importa —respondió con una sonrisa traviesa pero cargada de ternura—. No podré quedarme embarazada hasta dentro de unos meses, pero después... después nada nos detendrá. Lo importante es que ahora sabes que no hay ninguna maldición. Es un nuevo comienzo, ¿no crees?

Alaric sonrió, y por primera vez en mucho tiempo, la sombra de la duda desapareció por completo de sus ojos azules.

—Nada ansío más que tener hijos contigo. Aunque antes debemos casarnos. ¿Sigues deseando ser mi esposa?

—No hay nada que desee más —respondió ella, con los ojos brillando de felicidad—. Ya no hay nada que nos lo impida.

—Entonces regresemos a casa y casémonos.

Regresar al castillo, a su hogar. Edith lo deseaba con todas sus fuerzas, porque ya era incapaz de concebir otro lugar en el mundo que no fuera aquel. Tal vez no había nacido en esa época, pero ahora, sin ninguna duda, era la suya.

Sin embargo, mientras cabalgaban de regreso, una idea fugaz cruzó su mente y le arrancó una sonrisa interna: lo increíble que habría sido poder subir a Instagram su historia de amor con un auténtico highlander.

Epílogo

Dos años después, clan MacFarlane

El aire en la alcoba estaba tan cargado que se podía cortar con una daga. El olor a cera, hierbas secas y el sudor de las criadas que corrían de un lado a otro envolvía a Edith, quien sentía que cada contracción era un viaje de ida y vuelta al infierno.

—¡Alaric! —gritó Edith, con una fuerza que hizo que las vigas de madera parecieran vibrar—. ¡Esto es tu culpa! —le acusó mientras le apretaba la mano.

La comadrona no estaba nada complacida de que el laird permaneciera en la alcoba mientras la señora del clan daba a luz, pero no era como si le hubiesen dado más opciones.

Edith quería a su esposo con ella y él nunca le negaba nada.

—Tú también deseabas tener un hijo —le dijo él, a pesar de que se arrepintió en el mismo momento en que las palabras salieron de su boca.

—Si llego a saber lo que duele, me habría negado. ¡Que alguien me dé la epidural ya!

La comadrona miró confundida ante las exigencias de su señora. En cambio, Mairi y Marsaili, que estaban ayudando en el parto, se limitaron a sonreír, conocedoras de que su amiga soltaba palabras sin sentido muy a menudo.

Edith no les había contado que era una viajera en el tiempo. No porque no desease sincerarse con ellas, sino porque Alaric le había aconsejado que no lo hiciese.

Hay secretos que es mejor guardar para nosotros.

Alaric estaba convencido de que no la creerían; a él mismo le costaba hacerlo. De hecho, después de dos años juntos, había muchas cosas que aún no comprendía ni comprendería nunca, pero

creía en el amor que se tenían y eso era suficiente para él. Porque Alaric no necesitaba nada más.

El rey Guillermo, tras enterarse de lo que Juan había intentado, había dado por válidos los dos matrimonios y entregado dotes a ambos clanes. Avergonzado por haberse dejado engañar, no había pedido más explicaciones. El clan MacFarlane tampoco las había pedido; para lo que a ellos concernía, Edith era su señora y no les importaba su procedencia.

—¡Un último empujón, milady! —le animó la comadrona.

Por una vez en su vida, Edith obedeció, deseosa de que aquel sufrimiento terminase de una vez por todas.

Unos instantes más tarde, un llanto agudo rompió el aire, anunciando la llegada del bebé.

—¡Es una niña, milady! Una niña fuerte y sana —anunció la comadrona.

—Maisie va a tener una compinche en sus travesuras. Van a volver loco a Baird —dijo Edith con voz agotada.

Ella amaba a los dos niños con todo su corazón.

—Gracias —le dijo Alaric, dándole un beso en la mejilla.

—¿Por qué?

—Por darme una hija. Y por hacerme el hombre más feliz de las Highlands.

Edith sonrió.

Tras lavarla con cuidado y envolverla en linos limpios, la mujer se acercó al lecho y la depositó con delicadeza en los brazos de Edith. Alaric se inclinó sobre ambas.

—Se parece a ti —murmuró él, maravillado—. Es preciosa.

—Es pelirroja como tú —dijo Edith, acariciando la suave pelusa de fuego que coronaba la cabecita de la niña.

La niña soltó un bostezo y Edith le acarició la mejilla.

—Margaret —dijo, llamándola por el nombre de su abuela, el que había elegido para ella—. Te amamos con todo nuestro corazón.

Como respuesta, la niña soltó un grito, demostrando que tenía unos pulmones poderosos.

—Tiene tu carácter. —Alaric se rió—. Me apiado del hombre que se enamore de ella.

Edith entornó los ojos, pero esbozó una sonrisa.

—Será el hombre más feliz que exista.

—Lo será. Igual que lo soy yo.

Edith sonrió, sintiéndose la mujer más dichosa de la creación. Había encontrado su hogar en el lugar menos esperado, en una época pasada que ahora era su único presente. Pero, sobre todo, lo había encontrado porque el verdadero amor la había reclamado; ese amor que no entiende de lógica, ni de distancias, ni de siglos.

Allí, bajo el cielo de las Highlands y entre los muros de piedra que una vez le parecieron extraños, con su hija recién nacida en brazos y su esposo observándolas, cerró los ojos sabiendo que estaba en casa.

Agradecimientos

Gracias de corazón por sumergirte en la historia de Edith y Alaric.

Cada página leída y cada momento compartido con estos personajes hacen que este mundo cobre vida y que la aventura continúe más allá de estas páginas.

Si te ha gustado la historia, puedes dejarme una reseña en Amazon o en Goodreads.

Si quieres estar al tanto de nuevas historias, curiosidades sobre los personajes y otras sorpresas, puedes seguirme en mis redes sociales:

Instagram: lexi_thurman03

Facebook: Lexi Thurman

TikTok: lexi.thurman